



**SANDRA BROWN**  
Punto muerto



Lectulandia

La periodista Tiel McCoy suspende sus bien merecidas vacaciones cuando por la radio de su coche oye que un joven llamado Ronnie Davidson ha secuestrado a la adolescente Sabra Dendy, hija de uno de los hombres más ricos del país. Decidida a ocuparse del suceso, la casualidad quiere que se vea envuelta en un atraco con rehenes llevado a cabo por Ronnie y Sabra, cuya verdadera y sorprendente historia pone a prueba su objetividad periodística y sus más arraigadas creencias vitales...

**Lectulandia**

Sandra Brown

# **Punto muerto**

ePub r1.0

Titivillus 28.05.2019

Título original: *Standoff*  
Sandra Brown, 2000  
Traducción: Isabel Murillo Fort

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

# Capítulo 1

—Acabo de oír el boletín de noticias en la radio del coche.

Tiel McCoy no inició la conversación telefónica con palabras superfluas. Fue directa al grano en el instante en que Gully la saludó. No había necesidad de preámbulos. A decir verdad, seguramente él estaría esperando su llamada.

Pero se hizo el tonto de todos modos.

—¿Eres tú, Tiel? ¿Qué tal las vacaciones?

Sus vacaciones habían empezado oficialmente aquella misma mañana, cuando abandonó Dallas y emprendió camino hacia el oeste por la Interestatal 20. Había conducido sin parar hasta Abilene, donde se había detenido para visitar a su tío, que llevaba cinco años instalado allí, en una residencia. Recordaba al tío Pete como un hombre alto y robusto, con un irreverente sentido del humor, capaz de zamparse un costillar entero asado a la barbacoa y de lanzar una pelota de *softball* más allá de los límites del parque.

Aquel día, sin embargo, había compartido con él una comida compuesta por palitos de pescado apelmazados y guisantes de lata, y luego un episodio de la telenovela *Guiding Light*. Le había preguntado si podía hacer alguna cosa por él aprovechando su visita, como escribirle una carta o ir a comprarle una revista. Él le había sonreído con tristeza, le había dado las gracias por ir a verlo y luego había llamado a una auxiliar, quien lo había acomodado en la cama como a un niño para que pudiese echarse su siesta.

En el exterior de la residencia, Tiel había respirado agradecida una buena bocanada de aquel aire abrasador y arenoso del oeste de Texas con la esperanza de erradicar el olor a vejez y resignación que impregnaba el centro. Se sentía aliviada por dejar atrás las obligaciones familiares, aunque culpable de sentirse así. Con un acto de fuerza de voluntad, se sacudió de encima la frustración y se recordó que estaba de vacaciones.

Oficialmente, el verano no había llegado todavía y hacía un calor poco habitual para el mes de mayo. En la residencia no había encontrado ningún lugar a la sombra donde aparcar y el interior del coche estaba tan caliente que podría incluso haber horneado galletas en el salpicadero. Puso el aire

acondicionado a tope y buscó una emisora de radio donde sonara otra cosa que no fueran Garth, George y Willie.

—Voy a pasármelo estupendamente. Este tiempo fuera me irá muy bien. Me sentiré mucho mejor después de esto.

Repetía este diálogo interno como un catecismo, intentando convencerse de la verdad de todo ello. Había abordado las vacaciones como el equivalente a tomarse un laxante con mal sabor.

Las oleadas de calor hacían que la autopista pareciera ondularse y el movimiento resultaba hipnótico. La conducción se hizo automática. Su cabeza empezó a divagar. La radio emitía un ruido de fondo del que Tiel apenas era consciente.

Pero al escuchar el boletín informativo notó como si el asiento empezara a pincharle. Todo se aceleró de repente: el coche, las pulsaciones de Tiel, su cabeza.

Palpó a tientas el interior de su gran bolso de piel hasta dar con el teléfono móvil y marcó el número directo de Gully. Declinando de nuevo cualquier conversación innecesaria, le dijo:

—Dame detalles.

—¿Qué dicen en la radio?

—Que un estudiante de secundaria de Fort Worth ha secuestrado a la hija de Russell Dendy esta mañana a primera hora.

—Ese es el quid de la cuestión —confirmó Gully.

—El quid, sí, pero quiero detalles.

—Estás de vacaciones, Tiel.

—Se acabaron. Voy a dar la vuelta en la siguiente salida. —Consultó el reloj del salpicadero—. Estaré en la emisora hacia las...

—Espera un momento. ¿Dónde estás, exactamente?

—A unos ochenta kilómetros al oeste de Abilene.

—Hmm.

—¿Qué, Gully?

Le sudaban las manos. Empezaba a experimentar aquel conocido cosquilleo en el estómago que sólo notaba cuando seguía la pista de una historia muy interesante. Aquel subidón de adrenalina tan único que no daba pie a confusiones.

—Vas de camino a Angel Fire, ¿no?

—Eso es.

—La región noreste de Nuevo México... Sí, ahí está. —Debía de estar consultando un mapa de carreteras mientras hablaba—. Pero no importa. No

pienses más en este caso, Tiel. Te apartaría de tu camino.

Estaba poniéndole el cebo, y ella sabía que se lo estaba poniendo, aunque en esas circunstancias no le importaba que lo hiciera. Quería una parte del pastel. El secuestro de la hija de Russell Dendy era una gran noticia, y prometía convertirse en una noticia mayor aun antes de que terminara.

—No me importa desviarme. Dime dónde tengo que ir.

—Bien —dijo, andándose con rodeos—, pero sólo si estás segura.

—Estoy segura.

—De acuerdo, entonces. No muy lejos de donde estás encontrarás una salida hacia la autopista dos-cero-ocho. Coge en dirección sur hacia San Angelo. Cuando llegues a la zona sur de San Angelo, vas a cruzarte con...

—Gully, ¿cuántos kilómetros me alejaré de mi camino dando este rodeo?

—Creí que no te importaba.

—Y no me importa. Simplemente me gustaría saberlo. Una aproximación.

—A ver, veamos. Más o menos... unos quinientos kilómetros.

—¿Desde Angel Fire? —preguntó con un hilo de voz.

—Desde donde estás ahora. Sin contar el resto de camino hasta Angel Fire.

—¿Quinientos kilómetros ida y vuelta?

—Sólo ida.

Soltó un prolongado suspiro, aunque tomó las medidas necesarias para que él no lo oyera.

—Has dicho la autopista dos-cero-ocho dirección sur hasta San Angelo, y luego ¿qué?

Sujetaba el volante con la rodilla, el teléfono con la mano izquierda y tomaba notas con la derecha. Había puesto el coche en control de velocidad automático, pero su cerebro iba a toda máquina. Sus jugos periodísticos bombeaban más rápido incluso que los pistones del motor. Las imágenes de agradables y largas veladas en un porche, sentada en una mecedora, se transformaron en cuñas radiofónicas y entrevistas.

Pero estaba anticipándose. Le faltaban los hechos más relevantes. Cuando se los solicitó, Gully, maldita sea, siguió mostrándose terco.

—Ahora no, Tiel. Estoy más ocupado que un empapelador manco, y tú tienes muchos kilómetros que hacer. Cuando llegues a donde tienes que ir, tendré mucha más información.

Frustrada y tremendamente molesta con él por ser tan tacaño con los detalles, le preguntó:

—¿Y cómo dices que se llama la ciudad?

—Hera.

Las autopistas eran rectas como una flecha, flanqueadas a ambos lados por interminables praderas con algún que otro rebaño pastando hierba mantenida con riego artificial. Las siluetas de los pozos petrolíferos se perfilaban contra un horizonte sin nubes. De vez en cuando, se le cruzaban matorrales de hierbas secas en la carretera. Una vez pasado San Angelo, apenas vio más vehículos.

«Es curioso —pensó— cómo resultan a veces las cosas».

Normalmente se habría desplazado a Nuevo México en avión. Pero unos días atrás había decidido ir a Angel Fire en coche, no sólo porque así podría visitar al tío Pete de camino, sino también para ir adoptando una mentalidad de vacaciones. El largo viaje le daría tiempo de desconectar, de olvidarse de los problemas de trabajo, de iniciar el periodo de descanso y relajación antes de llegar al lugar elegido en la montaña, de modo que, cuando pusiera el pie allí, se sentiría de vacaciones.

En casa, en Dallas, se movía a la velocidad de la luz, siempre con prisas, siempre trabajando para cumplir los plazos de entrega. Aquella mañana, una vez superado el límite occidental de Fort Worth y después de haber dejado atrás el caos urbano, cuando las vacaciones se convirtieron en una realidad, había empezado a anticipar los días idílicos que tenía ante ella. Había soñado despierta en riachuelos cantarines y transparentes, caminatas por senderos flanqueados por álamos, aire fresco y limpio, e interminables mañanas perezosas junto a una taza de café y una buena novela.

No habría ninguna agenda que seguir, nada sino horas ociosas, una virtud en sí misma. A Tiel McCoy no le daba vergüenza alguna aburrirse. Ya había retrasado tres veces sus vacaciones.

—O los gastas o los pierdes —le había dicho Gully en referencia a los días de vacaciones acumulados.

Le había soltado un sermón sobre lo mucho que mejoraría su rendimiento y su disposición si se tomaba un descanso. Y eso se lo decía un hombre que en los últimos cuarenta y pico años no había disfrutado más que de unos pocos días de vacaciones..., contando la semana obligatoria para la extirpación quirúrgica de la vesícula biliar.

Cuando ella se lo recordó, él la miró con el ceño fruncido.

—Precisamente. ¿Quieres acabar siendo una antigualla fea, arrugada y patética como yo? —Entonces sí que dio en el clavo—. Que te tomes unas

vacaciones no significa poner en peligro tus oportunidades. Cuando regreses, tendrás todavía todo tu trabajo esperándote.

Al instante dedujo lo que había detrás de sus astutos comentarios. Ofendida porque había dado en el blanco del verdadero motivo de su negativa a abandonar el puesto de trabajo en cualquier momento, había consentido a regañadientes marcharse una semana. Había hecho las reservas, preparado el viaje. Pero todos los programas incluyen un pequeño punto de flexibilidad.

Si alguna cosa exigía flexibilidad, era el presunto secuestro de la hija de Russell Dendy.

Tiel sujetaba con cuidado entre el pulgar y el índice el pegajoso auricular del teléfono público, sin ganas de tocar la superficie más de lo necesario.

—Muy bien, Gully. Ya estoy aquí. Bueno, cerca, al menos. De hecho, me he perdido.

Gully soltó una sonora carcajada.

—¿Demasiado excitada como para concentrarte en las indicaciones?

—Oye, ni que me hubiera pasado una próspera metrópoli. Tú mismo lo dijiste, ese lugar casi ni aparece en los mapas.

Su sentido del humor había ido desapareciendo a medida que perdía sensibilidad en el trasero. Hacía horas que se le habían dormido las posaderas de tanto estar sentada. Desde que había hablado con él se había detenido una única vez y sólo por extrema necesidad. Tenía hambre, sed, estaba cansada, malhumorada, dolorida y adormilada, pues había recorrido una buena parte del viaje con el sol de cara. El aire acondicionado del coche había empezado a concentrar vapor de agua de tanto utilizarlo. Una ducha sería como una bendición.

Gully no mejoró en absoluto su humor cuando le preguntó:

—¿Cómo te las has arreglado para perderte?

—He perdido el sentido de la orientación después de que el sol empezara a ponerse. El paisaje es igual por donde quiera que mires. Y más incluso con el anochecer. Estoy llamándote desde un pequeño supermercado en una ciudad con ochocientos veintitrés habitantes, según reza un cartel en la entrada, y creo que la cámara de comercio falsificó la cifra en su favor. Es el único edificio con luz en kilómetros a la redonda. La ciudad se llama Rojo algo.

—Flats. Rojo Flats.

Naturalmente, Gully conocía el nombre completo de aquel oscuro villorrio. Seguramente sabía también el nombre del alcalde. Gully lo sabía todo. Era una enciclopedia andante. Recopilaba información igual que los responsables de las fraternidades recopilaban los números de teléfono de los alumnos.

La emisora de televisión donde trabajaba Tiel tenía un director de informativos, pero el tipo que ostentaba el cargo dirigía el negocio desde un despacho alfombrado y era más contable y administrador que un jefe con ejercicio práctico.

El hombre de las trincheras, el que trataba directamente con los reporteros, redactores, fotógrafos y editores, el que coordinaba agendas y escuchaba las historias lacrimógenas y pegaba broncas cuando tocaba pegar broncas, el que en realidad dirigía el departamento de informativos, era el jefe de redacción, Gully.

Llevaba en la emisora desde los inicios, a principios de la década de los cincuenta, y había dejado dicho que sólo lo sacarían de allí arrastrándolo con los pies por delante. Moriría antes que jubilarse. Trabajaba una jornada de dieciséis horas y cuando no lo hacía estaba de mal humor. Poseía un vocabulario de lo más pintoresco e innumerables analogías, un extenso repertorio de historias sobre los viejos tiempos en las ondas y, aparentemente, carecía de vida fuera de la sala de redacción. Su nombre de pila era Yarborough, algo que sólo sabían contadas personas. Todos los demás le conocían estrictamente como Gully.

—¿Piensas darme este misterioso trabajo o no?

No tenía ninguna prisa.

—¿Y qué ha pasado con tus planes de vacaciones?

—Nada. Sigo de vacaciones.

—Ya.

—¡De verdad! No he cancelado mi semana libre. Simplemente estoy retrasando su inicio, eso es todo.

—¿Y qué dirá ese nuevo novio?

—Ya te lo he dicho mil veces, no hay ningún novio.

Gully soltó una de aquellas risas imperturbables de fumador empedernido que servía para comunicar que sabía que mentía, y que ella sabía que lo sabía.

—¿Llevas encima la libreta? —le preguntó de repente.

—Sí, claro.

Los gérmenes que pudiera haber pululando por el teléfono debían de haberla asaltado ya. Resignada, afianzó el auricular en el hombro y lo sostuvo

allí con la mejilla mientras extraía del bolso un cuaderno y un bolígrafo y los instalaba en la estrecha repisa de metal situada bajo el teléfono de pared.

—Dispara.

—El chico se llama Ronald Davison —empezó Gully.

—Esa parte ya la he escuchado en la radio.

—Le conocen por Ronnie. Está en el último año, igual que la Dendy. No se graduará con matrícula, pero es un chico de notables. Hasta hoy nunca se había metido en problemas. Después de las clases de primera hora de la mañana, ha salido zumbando del aparcamiento de estudiantes a bordo de su furgoneta Toyota, llevándose a Sabra Dendy a punta de pistola.

—La hija de Russ Dendy.

—Su única hija.

—¿Está el FBI en el tema?

—El FBI. Los Texas Rangers. Cualquier cosa. Todo sirve mientras lleven una placa. La repetición de lo de Waco. Todo el mundo reclama la jurisdicción y quiere entrar en acción.

Tiel necesitó un momento para captar todo el alcance de la historia. El pequeño pasillo donde estaba situado el teléfono público conducía a los servicios. En una de las puertas había un dibujo de color azul que representaba a una vaquera vestida con falda de flecos. En la otra, como cabía esperar, la silueta de un vaquero con zahones y su correspondiente sombrero, haciendo girar un lazo por encima de la cabeza.

Tiel miró por el pasillo y vio que entraba en la tienda un hombre de verdad. Alto, delgado, con el sombrero Stetson calado hasta las cejas. Saludó con un movimiento de cabeza a la cajera del establecimiento cuyo cabello, encrespado por un exceso de permanentes, llevaba teñido de un tono ocre muy poco favorecedor.

Más cerca de donde Tiel se encontraba había una pareja mayor mirando *souvenirs*, sin prisas por volver a subir a su furgoneta Winnebago. O, al menos, Tiel supuso que la Winnebago aparcada junto al surtidor de gasolina era suya. La mujer estaba leyendo los ingredientes de un bote de una de las estanterías a través de sus gafas bifocales. Tiel la oyó exclamar:

—¿Mermelada de pimientos jalapeños? Por Dios.

La pareja se desplazó entonces hacia donde estaba Tiel, rumbo hacia sus respectivos lavabos.

—No te entretengas, Gladys —dijo el hombre. Apenas tenía vello en las piernas, blancas y ridículamente delgadas, con aquellos holgadísimos pantalones cortos color caqui y zapatillas deportivas de suela gruesa.

—Tú encárgate de tus asuntos y yo me encargaré de los míos —le replicó ella con elegancia. Al pasar junto a Tiel le lanzó un guiño como queriéndole decir «los hombres se creen muy listos, pero nosotras lo somos más». En otro momento, aquella anciana pareja le habría parecido a Tiel encantadora y simpática. Pero ahora estaba ocupada leyendo a conciencia las notas que había tomado de Gully, casi palabra por palabra.

—Has dicho que se la ha llevado «a punta de pistola». Una elección de palabras muy especial, Gully.

—¿Puedes guardarme un secreto? —Bajó la voz de forma significativa—. Porque voy a quedar retratado si esto sale a la luz antes de nuestro siguiente boletín. Tenemos la noticia antes que cualquier otra emisora o periódico del estado.

A Tiel empezaba a picarle el cuero cabelludo, lo que solía ocurrirle cuando era consciente de que estaba escuchando algo que ningún otro periodista sabía aún, cuando descubría el elemento que distinguiría su reportaje de todos los demás, cuando su exclusiva tenía el potencial de proporcionarle un premio periodístico o los elogios de sus colegas. O de garantizarle el lugar más privilegiado en el noticiario *Nine Live*.

—¿A quién iba yo a contárselo, Gully? Estoy compartiendo espacio con un vaquero recién salido de la pradera que está comprando una caja de seis cervezas Bud, una abuela insolente y su marido que no son de la zona..., lo que adivino por su acento. Y dos mexicanos que no hablan inglés.

La pareja estaba ya en la tienda cuando ella entró. Los había oído hablar entre sí en español mientras calentaban un paquete de burritos en el microondas.

—Linda... —dijo Gully.

—¿Linda? ¿Le has dado la noticia a ella?

—Tú estás de vacaciones, ¿lo recuerdas?

—¡Unas vacaciones que me recomendaste tomar! —exclamó Tiel.

Linda Harper era otra periodista, una periodista condenadamente buena y la rival no declarada de Tiel. Le dolía que Gully hubiese asignado a Linda una historia tan estupenda que, por derecho propio, debería pertenecerle a ella. Al menos, así lo veía.

—¿Quieres oír esto o no? —le preguntó con un tono avinagrado.

—Adelante.

El hombre mayor salió del lavabo de caballeros. Avanzó hasta el final del pasillo, donde se detuvo para esperar a su esposa. Para matar el tiempo,

extrajo una videocámara de una bolsa de nailon con el logotipo de una compañía aérea y se puso a revisarla.

—Esta tarde —dijo Gully—, Linda ha entrevistado a la mejor amiga de Sabra Dendy. Y ahora, agárrate. La Dendy está embarazada de Ronnie Davison. De ocho meses. Han estado escondiéndolo.

—¡Bromeas! ¿Y los Dendy no lo sabían?

—Según la amiga, nadie lo sabía. Es decir, hasta la pasada noche. Los chicos comunicaron la noticia a los padres, y Russ Dendy se puso hecho una fiera.

La cabeza de Tiel iba por delante, relleno de huecos.

—De modo que no se trata de un secuestro. Sino de una versión contemporánea de Romeo y Julieta.

—No he dicho eso.

—¿Pero...?

—Pero esa sería mi primera conjetura. Un punto de vista que comparte la mejor amiga y confidente de Sabra Dendy. Afirma que Ronnie Davison está loco por Sabra y que no le tocaría ni un pelo. Ha dicho que Russell Dendy lleva más de un año oponiéndose al romance. Nadie es lo suficientemente bueno para su hija, son demasiado jóvenes para saber lo que quieren, la universidad es obligatoria, etcétera. Supongo que te haces una idea de la situación.

—Sí.

Y lo peor era que Tiel McCoy no estaba en ella y Linda Harper sí. ¡Maldita sea! Elegir justo ese momento para ir de vacaciones.

—Regreso esta noche, Gully.

—No.

—Creo que me has hecho perder el tiempo por aquí para que me resulte imposible regresar.

—No es verdad.

—¿A qué distancia estoy de El Paso?

—¿El Paso? ¿Quién ha mencionado El Paso?

—O San Antonio. Lo que quede más cerca. Podría llegar allí en coche esta noche y pillar un vuelo de Southwest por la mañana. ¿Tienes los horarios a mano? ¿A qué hora sale el primer vuelo para Dallas?

—Escúchame, Tiel. Lo tenemos cubierto. Bob está trabajando en la puesta en marcha de la búsqueda de los fugitivos. Linda está con los amigos, los maestros y las familias de los chicos. A Steve lo tengo prácticamente instalado en la mansión de los Dendy, de modo que estará allí por si reciben

alguna llamada pidiendo un rescate, lo que no creo que ocurra. Y, de todos modos, estos chicos aparecerán seguramente antes de que tú puedas regresar a Dallas.

—¿Y entonces qué hago yo aquí en medio de esta condenada nada?

El anciano le lanzó una mirada de curiosidad por encima del hombro.

—Escucha —dijo Gully entre dientes—. ¿Te acuerdas de la amiga? Sabra le mencionó hace unas semanas que cabía la posibilidad de que ella y Ronnie huyeran a México.

Apaciguada por el hecho de que estaba más cerca de la frontera mexicana que de Dallas, Tiel preguntó:

—¿A qué parte de México?

—No lo sabía. O no quiso decirlo. Linda tuvo que retorcerle el brazo para sacarle eso. No quería traicionar la confianza de Sabra. Pero lo que sí dijo es que el padre de Ronnie —su verdadero padre; su madre se volvió a casar— les apoya en su complicada situación. Hace un tiempo les ofreció su ayuda en caso de que la necesitaran. Y te digo que te sentirás muy mal por haberme gritado cuando te explique dónde cuelga el padre cada día su sombrero.

—¿En Hera?

—¿Satisfecha?

Debería haberse disculpado, pero no lo hizo. Gully la comprendió.

—¿Quién más sabe esto?

—Nadie. Pero lo sabrán. Tenemos a nuestro favor que Hera es una ciudad a la que casi sólo se llega a caballo, que no está en ninguna ruta importante.

—Cuéntame más —murmuró ella.

—En cuanto corra la voz, todo el mundo tardará un poco en llegar allí, incluso en helicóptero. Definitivamente, tienes ventaja.

—¡Gully, te quiero! —dijo, excitada—. Dime cómo puedo ir hasta allí.

La mujer mayor salió entonces del baño de señoras y se reunió con su marido. Le regañó por toquetear la videocámara y le ordenó que la guardara de nuevo en la bolsa antes de que la rompiera.

—Como si tú fueras una experta en videocámaras —le replicó el hombre.

—Al menos he dedicado tiempo a leer el libro de instrucciones. Y tú no.

Tiel se tapó el oído con la mano para oír mejor a Gully.

—¿Cómo se llama el padre? Davison, me imagino.

—Tengo dirección y teléfono.

Tiel anotó la información con la misma rapidez con la que él la soltó.

—¿Tengo cita con él?

—Estoy trabajando en ello. A lo mejor no accede a ponerse ante las cámaras.

—Conseguiré que acceda —dijo ella con confianza.

—Te mando un helicóptero con un fotógrafo.

—Mándame a Kip, si está disponible.

—Podéis encontraros en Hera. Puedes hacer la entrevista mañana, tan pronto como esté arreglado lo de Davison. Y luego, sigues con tu feliz viaje.

—A menos que allí continúe la historia.

—Eso es. Esa es la condición, Tiel. —Se lo imaginó sacudiendo la cabeza con terquedad—. Haces esta parte y luego te largas a Angel Fire. Y punto. Fin de la discusión.

—Lo que tú digas. —No le costaba nada acceder ahora y luego, si los acontecimientos lo justificaban, ya discutirían sobre el tema.

—Está bien, veamos. Sales de Rojo Flats... —Debía de tener el mapa en la mesa, pues en cuestión de segundos empezó a darle instrucciones sobre cómo llegar—. No deberías tardar mucho en llegar. No tendrás sueño, ¿verdad?

Nunca estaba más despierta que cuando iba detrás de una historia. Su problema era más bien al contrario, desconectar y dormir.

—Me compraré algo con cafeína para el camino.

—Contacta conmigo en cuanto llegues. Te he reservado una habitación en el motel..., sólo hay uno. No tiene pérdida. Me han dicho que está junto al semáforo intermitente, el único que hay. Te esperarán despiertos para entregarte la llave de la habitación. —Cambió de tema y preguntó—: ¿Crees que se cabreará tu nuevo novio?

—Por última vez, Gully, no hay ningún nuevo novio.

Colgó y efectuó otra llamada... a su nuevo novio.

Joseph Marcus estaba tan enganchado al trabajo como ella. Tenía programado tomar un avión a primera hora del día siguiente, de modo que se imaginó que estaría trabajando en su despacho hasta tarde, poniéndolo todo en orden antes de ausentarse varios días. Tenía razón. Cogió el teléfono del despacho al segundo tono.

—¿Te pagan las horas extras? —le preguntó, bromeando.

—¿Tiel? Hola. Me alegro de oírte.

—Es muy tarde. Temía que no respondieras.

—Un acto reflejo. ¿Dónde estás?

—En medio de la nada.

—¿Va todo bien? ¿Has tenido algún problema con el coche o algo por el estilo?

—No, todo marcha estupendamente. Te llamaba por un par de cosas. Primero, porque te echo de menos.

Era la estrategia a seguir. Dejar claro que el viaje seguía en pie. Dejar claro que se trataba de un retraso, no de una cancelación. Asegurarle que todo era maravilloso, luego informarle del pequeño cambio en sus planes de escapada romántica.

—Si me viste anoche.

—Pero muy poco tiempo, y ha sido un día muy largo. En segundo lugar, llamaba para recordarte que pongas un bañador en la maleta. La sauna de los apartamentos es pública.

Después de una pausa, le dijo él:

—De hecho, Tiel, te agradezco que llames. Necesitaba hablar contigo.

Algo en ese tono de voz impidió a Tiel seguir diciendo tonterías. Dejó de hablar y esperó a que fuese él quien llenase el silencio que se prolongaba entre los dos.

—Podría haberte llamado hoy al móvil, pero no es el tipo de cosas que... El hecho es que... Y estoy fatal por esto. No te imaginas cuánto lo siento.

Tiel estaba con la mirada clavada en las innumerables perforaciones del metal que rodeaba el teléfono.

Permaneció tanto rato mirándolas fijamente que los agujeritos empezaron a juntarse. Absorta, se preguntó para qué servirían.

—Me temo que no puedo escaparme mañana.

Ella había estado conteniendo la respiración. Y soltó el aire, liberada. Aquel cambio de planes le aliviaba la culpabilidad que sentía por tener que ser ella quien los cambiara.

Sin embargo, antes de que pudiera hablar, prosiguió él:

—Sé las ganas que tenías de hacer este viaje. Igual que yo —se apresuró a añadir.

—Permíteme que te lo ponga más fácil, Joseph. —Tímidamente, se confesó—: La verdad es que llamaba para decirte que necesito un par de días antes de llegar a Angel Fire. De modo que no pasa nada si lo retrasamos un poco. ¿Crees que podríamos reunirnos, pongamos... el martes en lugar de mañana?

—No entiendes lo que pretendo decirte, Tiel. No podemos reunirnos.

Los agujeritos volvieron a juntarse.

—¡Oh! Ya veo. ¡Qué desilusión! Bueno...

—La situación es muy tensa. Mi esposa encontró el billete de avión y...

—¿Perdón?

—He dicho que mi esposa encontró...

—¿Estás casado?

—Bueno..., sí. Pensé que lo sabías.

—No. —Notaba los músculos de la cara rígidos e inflexibles—. No habías mencionado la existencia de la señora Marcus.

—Porque mi matrimonio no tiene nada que ver contigo, con nosotros. Hace mucho tiempo que no es un matrimonio *de verdad*. En cuanto te explique mi situación en casa, lo comprenderás.

—Estás casado. —Esta vez era una afirmación, no una pregunta.

—Tiel, escucha...

—No, no, no pienso escuchar, Joseph. Lo que voy a hacer es colgarte, hijo de puta.

Se aferró al auricular que diez minutos antes había sido tan reacia a tocar, y siguió así incluso después de devolverlo a su sitio. Se apoyó en el teléfono, su frente presionaba con fuerza el metal perforado mientras sus manos sujetaban el grasiento auricular.

Casado. Parecía demasiado bueno para ser verdad, y lo era. El guapo, encantador, simpático, ingenioso, atlético, exitoso y económicamente seguro Joseph Marcus estaba casado. De no ser por un billete de avión, habría tenido un romance con un hombre casado.

Reprimió las náuseas y dedicó un momento más a recuperarse. Más tarde mimaría su ego herido, se recriminaría ser tan ingenua y lo maldeciría hasta no poder más. Pero en aquel momento tenía trabajo que hacer.

La revelación de Joseph la había dejado tambaleándose de incredulidad. Estaba inmensamente furiosa. Se sentía terriblemente herida, pero lo que por encima de todo la incomodaba era su candidez. Razón de más para no permitir que aquel hijo de puta influyera en su rendimiento profesional.

El trabajo era su panacea, su apoyo vital. Si estaba feliz, trabajaba. Si estaba triste, trabajaba. Si estaba enferma, trabajaba. El trabajo era la cura de todas sus enfermedades. El trabajo era el remedio para todo..., incluso para una congoja tan profunda que la hacía sentirse como si estuviese a punto de morir.

Lo sabía perfectamente.

Recuperó su orgullo, junto con las notas sobre la historia de Dendy y las instrucciones que Gully le había dado para llegar a Hera, Texas, y se obligó a

ponerse en marcha.

En comparación con la penumbra del pasillo, la iluminación con fluorescentes del supermercado resultaba desmesuradamente brillante. El vaquero se había ido. La pareja de ancianos estaba hojeando las revistas. Los dos hombres de habla hispana comían sus burritos y conversaban entre sí en voz baja.

Tiel intuyó sus miradas abrasadoras al pasar por su lado de camino a las neveras. Uno le dijo algo al otro que le llevó a reírse con disimulo. Era fácil imaginar la naturaleza del comentario. Afortunadamente, su español estaba muy oxidado.

Abrió la puerta de la nevera y seleccionó para el camino un paquete de seis refrescos de cola de alto voltaje. De uno de los estantes con tentempiés eligió una bolsa de pipas de girasol. En la universidad había descubierto que abrir las pipas saladas para extraer de ellas la semilla era un ejercicio manual que la ayudaba a mantenerse despierta mientras estudiaba. Esperaba que el remedio surtiera también efecto mientras conducía aquella noche.

Se debatió entre comprar o no una bolsa de caramelos recubiertos de chocolate. El mero hecho de que el asqueroso hombre con el que llevaba semanas saliendo resultara estar casado no significaba que pudiera utilizarlo como excusa para darse un atracón. Por otro lado, si alguna vez había merecido permitirse un capricho...

La cámara de seguridad situada en la esquina del techo explotó en mil pedazos de vidrio y metal.

Por instinto, Tiel dio un salto hacia atrás para protegerse de aquel ruido ensordecedor. Pero la cámara no había explotado sola. Acababa de entrar un joven y le había disparado con una pistola. El pistolero apuntó a continuación hacia la cajera, que lanzó un grito agudo antes de que el sonido pareciera congelarse en su garganta.

—Esto es un atraco —dijo en un tono melodramático, y en cierto sentido innecesario, ya que estaba claro que lo era.

Y a la joven que lo acompañaba, le dijo:

—Sabra, vigila a los demás. Avísame si alguien se mueve.

—De acuerdo, Ronnie.

«Tal vez muera —pensó Tiel—. Pero al menos tendré mi historia».

Y no tendría que desplazarse hasta Hera para conseguirla. Le había llegado sola.

## Capítulo 2

—¡Usted! —Ronnie Davison apuntó con la pistola en dirección a Tiel—. Venga aquí. Tiéndase en el suelo.

Incapaz de moverse, se limitó a mirarle boquiabierto. Soltó la bolsa de pipas de girasol y el paquete de refrescos, gateó hasta el lugar indicado y se colocó tal y como se le ordenaba. Pasado el susto inicial, se mordió la lengua para no preguntarle por qué estaba complicando el secuestro con un robo a mano armada.

Pero dudaba de que en aquel momento el joven estuviera receptivo a preguntas. Además, hasta que no supiese lo que tenía pensado para ella y los demás testigos, quizá fuera mejor no revelar que era periodista y que conocía su identidad y la de su cómplice.

—Vengan aquí y tiéndanse en el suelo —ordenó a la pareja de ancianos—. Vosotros dos. —Apuntó con el arma hacia los mexicanos—. ¡Venga! ¡Moveos!

Los ancianos obedecieron sin protestar. Los mexicanos permanecieron donde estaban.

—¡Si no venís aquí, disparo! —gritó Ronnie.

Sin levantar la cabeza y dirigiendo sus palabras hacia el suelo, dijo Tiel:

—No hablan inglés.

—¡Cállese!

Ronnie Davison rompió la barrera del idioma y se hizo entender agitando la pistola. Moviéndose lentamente, a regañadientes, los hombres se unieron en el suelo a Tiel y a la pareja de ancianos.

—Las manos detrás de la cabeza.

Tiel y los demás hicieron lo que se les pedía.

Con los años, Tiel había cubierto docenas de noticias en las que transeúntes inocentes, que se habían convertido en testigos de un crimen, acababan encontrándose en el escenario del mismo tendidos bocabajo en el suelo y muertos de un disparo en la nuca, ejecutados sin ningún motivo

excepto el de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Estaría su vida destinada a acabar así?

Curiosamente, más que miedo sentía rabia. ¡No había hecho aún todo lo que quería hacer! Practicar el *snowboard* le parecía una gozada, pero no había tenido todavía tiempo de intentarlo. Mejor dicho: no se *había tomado* el tiempo libre necesario para intentarlo. Nunca había visitado el valle de Napa. Quería ver París otra vez, no como una estudiante de secundaria bajo supervisión estricta, sino por su cuenta, libre para callejear a su antojo por los bulevares.

Había objetivos todavía pendientes de alcanzar.

Cuántas historias le quedarían por cubrir si su vida terminaba en aquel momento. *Nine Live* ficharía a Linda Harper por defecto, y eso no era justo en absoluto.

Además, no todos sus sueños tenían que ver con lo profesional. Ella y otras amigas solteras bromeaban sobre el reloj biológico pero, en privado, su tictac incesante la angustiaba. Si moría aquella noche, lo de tener un hijo pasaría a ser uno más de sus muchos sueños sin cumplir.

Luego estaba lo otro. Lo más importante. Aquel poderoso sentimiento de culpa que alimentaba su ambición. Aún no había hecho lo suficiente como para hacer las paces con ello. No había expiado todavía las duras palabras pronunciadas con rabia e impertinencia y que, trágicamente, habían resultado proféticas. Tenía que vivir para resarcir ese agravio.

Contuvo la respiración, esperando la muerte.

Pero Davison tenía la atención puesta en otra cosa.

—Usted, el del rincón —gritó el joven—. ¡Venga aquí! O mataré a los viejos. Depende de usted.

Tiel levantó la cabeza lo justo para poder ver por el espejo de aumento colocado en una esquina a la altura del techo. Se había equivocado. El vaquero no se había ido. Vio por el espejo cómo, con toda calma, devolvía un libro de bolsillo a su correspondiente lugar en el expositor giratorio. Avanzó despacio por el pasillo, se quitó el sombrero y lo dejó sobre un estante. A Tiel le dio la impresión de que lo conocía, pero lo atribuyó a que lo había visto antes, cuando había entrado en el establecimiento.

Los ojos, que mantenía fijos en Ronnie Davison, tenían en sus extremos el rastro de unas finas arrugas. Su boca, una mueca de gravedad. Una cara que decía «No juegues conmigo» y que Ronnie Davison leyó muy bien. Nervioso, fue pasando la pistola de una mano a otra hasta que el vaquero quedó tendido junto a uno de los mexicanos con las manos enlazadas detrás de la cabeza.

Mientras sucedía todo eso, la cajera había ido vaciando el contenido de la caja en una bolsa de plástico.

Al parecer, aquel remoto establecimiento no estaba equipado con una caja de seguridad nocturna a la que fuera a parar automáticamente el dinero. Por lo que Tiel pudo distinguir, la bolsa que Sabra Dendy cogió de manos de la cajera guardaba una cantidad apreciable de dinero.

—Tengo el dinero, Ronnie —dijo la hija de uno de los hombres más ricos de Fort Worth.

—Muy bien. —Dudó, como si no estuviese seguro de qué hacer a continuación—. Usted —dijo, dirigiéndose a la aterrorizada cajera—. Tiéndase en el suelo con los demás.

Debía de pesar unos cuarenta kilos y desconocer la existencia de la crema de protección solar. La piel que le colgaba de los huesudos brazos era como un pellejo. Tiel se dio cuenta de ello mientras la diminuta mujer se tendía a su lado. El terror le había provocado un hipo espasmódico.

Cada uno tenía su propia manera de reaccionar al miedo. La pareja de ancianos había desobedecido las órdenes de Ronnie de mantener las manos en la nuca. La mano derecha del hombre sujetaba con fuerza la izquierda de su mujer.

«Ya está —pensó Tiel—. Ahora nos matará a todos».

Cerró los ojos e intentó rezar, pero llevaba bastante tiempo sin practicar. No se acordaba de ningún pasaje especialmente poético de la Biblia. Quería que su súplica resultara elocuente y conmovedora, convincente e impresionante, lo bastante atractiva como para distraer a Dios de las demás plegarias que le llegaran en aquel preciso momento.

Pero era probable que Dios no aprobara los motivos puramente egoístas por los que quería seguir con vida, de modo que lo único que se le ocurrió fue: «Padre celestial, no dejes que muera, por favor».

Cuando el grito quebró el silencio, Tiel pensó que procedía de la cajera. Miró rápidamente a la mujer que tenía a su lado para ver la inexplicable tortura a la que había sido sometida. Pero la mujer seguía gimoteando, no gritando.

La que había gritado era Sabra Dendy, y aquel primer sonido sorprendente fue seguido por un «¡Oh, Dios mío! ¡Ronnie!».

El chico corrió hacia ella.

—¿Sabra? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—Creo que es... ¡Oh!, Dios mío.

Tiel no pudo evitarlo. Levantó la cabeza para ver qué sucedía. La chica lloriqueaba y miraba horrorizada el charco de líquido que se había formado a sus pies.

—Ha roto aguas.

Ronnie volvió rápidamente la cabeza y miró fijamente a Tiel.

—¿Qué?

—Que ha roto aguas. —Repitió la afirmación con más aplomo del que en realidad tenía. De hecho, el corazón le martilleaba. Aquello podría ser la chispa que encendiera al chico y le hiciera llevar las cosas a una rápida conclusión, como matarlos a todos, para luego ocuparse de la crisis de su novia.

—Tiene razón, joven. —Sin miedo, la anciana se sentó y se dirigió a él con la temeridad que había demostrado al sermonear a su marido por toquetear la videocámara—. El niño está llegando.

—¿Ronnie? ¿Ronnie? —Sabra se remetió entre los muslos la falda del vestido playero, como pretendiendo impedir el curso de la naturaleza. Dobló las rodillas y fue bajando hasta quedarse sentada sobre sus talones—. ¿Qué podemos hacer?

Era evidente que la chica estaba asustada. Ni ella ni Ronnie parecían expertos en robos a mano armada. Ni en partos tampoco. Haciendo acopio de la misma valentía que había demostrado la anciana, Tiel se sentó también.

—Yo sugeriría...

—¡Cállese! —gritó Ronnie—. ¡Que todo el mundo se calle!

Se arrodilló junto a Sabra sin dejar de apuntar con la pistola.

—¿Tienen razón? ¿Significa esto que llega el bebé?

—Creo que sí. —Sabra movió afirmativamente la cabeza, agitando con ello las lágrimas y dejándolas rodar mejillas abajo—. Lo siento.

—No pasa nada. ¿Cuánto tiempo...? ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que nazca?

—No lo sé. Creo que varía.

—¿Te duele?

Le llegó a los ojos una nueva oleada de lágrimas.

—Lleva doliéndome un par de horas.

—¡Un par de horas! —gritó él, alarmado.

—Pero sólo un poco. No pasa nada.

—¿Cuánto hace que empezó? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Si se ha puesto de parto...

—¡Le he dicho que se calle! —le gritó a Tiel.

—Si se ha puesto de parto hace un rato —insistió ella, empeñada en sostenerle la mirada—, será mejor que pidas asistencia médica. Inmediatamente.

—No —dijo Sabra al instante—. No la escuches, Ronnie. —Le agarró por la manga—. Estoy bien. Estoy...

Le vino un dolor. Estaba desencajada. Respiraba con dificultad.

—¡Oh!, Dios. Dios mío. —Ronnie examinó la cara de Sabra, mordiéndose el labio. La mano que sujetaba la pistola titubeaba.

Uno de los mexicanos —el más bajo de los dos— se puso de pronto en pie y se abalanzó hacia la pareja.

—¡No! —gritó Tiel.

El vaquero intentó agarrar al mexicano por la pierna, pero falló.

Ronnie disparó la pistola.

La bala hizo añicos el cristal del armario refrigerado, lo que provocó un ruido horripilante, y taladró una garrafa de plástico. Todo quedó salpicado por cristales y leche.

El mexicano se detuvo en seco. Pero antes de detenerse del todo, la inercia hizo que su cuerpo se balanceara ligeramente hacia delante, luego hacia atrás, como si las botas se hubiesen quedado pegadas al suelo.

—¡No te muevas o disparo!

Ronnie tenía la cara congestionada. No era necesario hablar el mismo idioma para transmitir el mensaje. El más alto de los dos se dirigió a su amigo en español y en voz baja. El hombre retrocedió hasta llegar a su punto de partida, y entonces volvió a sentarse.

Tiel lo miró de reojo.

—Podría haberte volado esa estúpida cabeza tuya. Guárdate tu machismo para otra ocasión, ¿de acuerdo? No quiero que me maten por eso.

Pese a no comprender nada, el tipo captó por dónde iba. De forma arrogante, su mirada ardía de rencor por verse censurado por una mujer, pero a ella la traía sin cuidado.

Tiel se volvió hacia la joven pareja.

Sabra estaba ahora tendida en el suelo de costado, las rodillas dobladas sobre el pecho. De momento, estaba tranquila.

Sin embargo, Ronnie estaba a punto de perder los nervios. A Tiel le costaba creer que a lo largo de una única tarde un estudiante que nunca había causado problemas se hubiese transformado en un asesino a sangre fría. No creía que el chico tuviera pensado matar a nadie, ni siquiera en defensa propia. De haberle querido dar al hombre que había cargado contra él, lo

habría tenido fácil. Pero, en cambio, parecía más molesto que nadie por haber tenido que disparar la pistola. Tiel suponía que había errado el tiro intencionadamente y que había disparado sólo para acentuar su amenaza.

O podía estar completa y terriblemente equivocada.

Según la información de Gully, Ronnie Davison procedía de un hogar roto. Su verdadero padre vivía lejos, de modo que las visitas no podían haber sido demasiado frecuentes. Ronnie vivía con su madre y su padrastro. ¿Y si todas estas circunstancias hubieran supuesto un problema para el pequeño Ronnie? ¿Y si su personalidad se hubiera visto alterada por la separación forzosa de su padre y llevara años reprimiendo su odio y su desconfianza? ¿Y si hubiera estado ocultando sus instintos asesinos tan bien como él y Sabra habían logrado ocultar el embarazo? ¿Y si la reacción de Russell Dendy a la noticia le hubiera llevado al borde del abismo?

Estaba desesperado, y la desesperación era un elemento motivador muy peligroso.

Seguramente, ella sería la primera en recibir el disparo por haber hablado. Pero no podía quedarse allí en el suelo y morir sin al menos haber intentado evitarlo.

—Si esta chica te importa algo...

—Ya le he dicho antes que se callara.

—Sólo intento evitar un desastre, Ronnie. —Puesto que él y Sabra habían estado hablando entre sí, no le extrañaría que conociese su nombre—. Si no consigues ayuda para Sabra, te arrepentirás de ello durante el resto de tu vida. —La escuchaba, de modo que decidió aprovechar su apreciable indecisión—. Supongo que el niño es tuyo.

—¿Qué demonios se cree? Claro que es mío.

—Entonces estoy segura de que su bienestar te preocupa tanto como el de Sabra. Necesita asistencia médica.

—No le hagas caso, Ronnie —dijo Sabra con voz débil—. El dolor va mejor. Tal vez fuera una falsa alarma y nada más. Estaré bien si puedo descansar un poco.

—Puedo llevarte a un hospital. Tiene que haber alguno por aquí cerca.

—¡No! —Sabra se sentó y le agarró por los hombros—. Lo descubriría. Vendría a por nosotros. No. Esta noche seguiremos conduciendo hasta llegar a México. Podemos conseguirlo, ahora que tenemos algo de dinero.

—Podría llamar a mi padre...

Ella negó con la cabeza.

—A estas alturas, es probable que papá haya ya contactado con él. Que lo haya sobornado o algo por el estilo. Lo haremos solos, Ronnie, lo quiero así. Ayúdame a incorporarme. Vamonos de aquí. —Pero le sobrevino otro dolor mientras luchaba por levantarse y se llevó la mano al abdomen—. ¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío!

—Esto es una locura. —Antes de que a Tiel le diese tiempo de procesar la orden emitida por su cerebro, ya estaba en pie.

—¡Oiga, usted! —gritó Ronnie—. Vuelva al suelo.

Tiel le hizo caso omiso, pasó por su lado y se agachó junto a la chica.

—¿Sabra? —Le cogió la mano—. Apriétame la mano hasta que pase el dolor. Eso te ayudará.

Sabra le cogió la mano con tanta fuerza que Tiel temió que le hiciese picadillo los huesos. Pero lo aguantó, y juntas superaron la contracción. Cuando las facciones de la chica empezaron a relajarse, Tiel susurró:

—¿Mejor ahora?

—Hmm. —Entonces, presa del pánico, preguntó—: ¿Dónde está Ronnie?

—Está aquí.

—No te abandonaré, Sabra.

—Creo —dijo Tiel— que deberías decirle que llamara a urgencias.

—No.

—Pero corres peligro, y también el bebé.

—Nos encontraría. Nos atraparía.

—¿Quién? —preguntó Tiel, aun sabiéndolo. Russell Dendy. Tenía reputación de ser un implacable hombre de negocios. Por lo que sabía de él, Tiel no se lo imaginaba más flexible en sus relaciones personales.

Habló entonces Ronnie, rudamente:

—Vuelva con los demás, señora. Eso no le importa.

—Ha empezado a importarme desde el momento en que me has apuntado con una pistola y has amenazado mi vida.

—Vuelva allí.

—No.

—Mire, señora...

Vaciló al ver que un coche estacionaba en el aparcamiento. La luz de los faros barrió el establecimiento.

—¡Maldita sea! ¡Oiga, señora! —Se acercó a la cajera y la sacudió con la punta del zapato—. Levántese. Apague las luces y cierre la puerta con llave.

La mujer negó con la cabeza, rehusando hacer caso de lo que le decía, a pesar de lo precario de la situación.

—Haga lo que dice —le dijo la anciana, que seguía a su lado—. No nos pasará nada si hacemos lo que nos dice.

—¡Rápido! —El coche acabó deteniéndose junto a uno de los surtidores de gasolina—. Apague las luces y cierre la puerta.

La mujer se puso en pie, tambaleándose.

—Se supone que no debo cerrar hasta las once. Faltan todavía diez minutos.

De no haber sido tan tensas las circunstancias, Tiel se habría reído de su observancia ciega de las reglas.

—Apagúelas ahora mismo. Antes de que salga del coche —dijo Ronnie.

Avanzó hacia el mostrador, con los zuecos golpeándole los talones. Las luces del exterior se apagaron con sólo tocar un interruptor.

—Ahora cierre la puerta.

Sin que cesase su clic-clac, se dirigió hacia otro panel de control situado detrás del mostrador y le dio a otro interruptor. Las puertas se cerraron electrónicamente con un sonoro crujido.

—¿Cómo se abren? —le preguntó Ronnie.

Era un chico listo, pensó Tiel. No quería quedarse atrapado dentro.

—Sólo con darle de nuevo al interruptor —respondió la cajera.

El vaquero y los dos mexicanos seguían tendidos en el suelo bocabajo y con las manos en la nuca. El hombre que se estaba acercando a la puerta no podía verlos. Tiel y Sabra, en un pasillo situado entre dos hileras de estanterías, quedaban también fuera de su campo de visión.

—Que nadie se mueva. —Ronnie se agachó sobre la mujer de más edad y la agarró por el brazo para levantarla.

—¡No! —gritó su esposo—. Déjala en paz.

—¡Cállese! —ordenó Ronnie—. Si alguien se mueve, le disparo.

—No va a dispararme, Vern —le dijo ella a su esposo—. No me pasará nada siempre y cuando todo el mundo conserve la calma.

La mujer siguió las instrucciones de Ronnie y se agazapó junto a él detrás de una nevera de refrescos de forma cilíndrica. El chico controlaba perfectamente la puerta desde detrás de la máquina.

El cliente trató de abrir, descubrió que estaba cerrado y gritó.

—¡Donna! ¿Estás ahí? ¿Cómo es que has apagado las luces?

Donna, llorando detrás del mostrador, permaneció muda.

El cliente atisbo por el cristal.

—Ya te veo —dijo, al descubrirla—. ¿Qué pasa?

—Respóndale —le ordenó Ronnie en un susurro.

—Estoy..., estoy enferma —dijo ella, lo bastante fuerte como para que pudiese oírse al otro lado de la puerta.

—Demonios, no puedes tener nada que no haya tenido yo ya. Abre. Sólo quiero diez dólares de gasolina y un paquete de seis de *Miller Light*.

—No puedo —gritó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Vamos, Donna. Será un momento y me largo. Todavía no son las once. Abre la puerta.

—No puedo —aclaró ella al mismo tiempo que su voz se elevaba hasta el grito—. Tiene una pistola y va a matarnos a todos. —Se dejó caer tras el mostrador.

—¡Mierda!

Tiel no sabía quién había soltado la palabrota, pero reflejaba exactamente lo que ella pensaba. Pensaba también que si Ronnie Davison no disparaba a Donna, la cajera, tal vez ella sí lo habría hecho.

El hombre de la puerta retrocedió, luego dio un traspié, se volvió y salió corriendo hacia el coche. El vehículo dio marcha atrás, derrapando, giró y volvió a la carretera.

El anciano imploraba:

—No le hagas daño a mi mujer. Te lo suplico, no le hagas nada a Gladys. No le hagas daño a mi Gladys.

—Cállate, Vern. Estoy bien.

Ronnie le gritaba a Donna con rabia por haber sido tan estúpida.

—¿Por qué ha hecho esto? ¿Por qué? Ese tipo llamará a la policía. Estaremos atrapados. Por todos los demonios, ¿por qué ha hecho eso?

Se le partía la voz de frustración y miedo. Tiel supuso que estaba tan espantado como todos los demás. Incluso más. Porque, independientemente de cómo acabara solventándose la situación, tendría que enfrentarse no sólo a las consecuencias legales, sino también a la ira de Russell Dendy. Que Dios le ayudara.

El joven ordenó a la cajera que saliese de detrás del mostrador y se situara en un lugar donde él pudiera verla.

Tiel no estaba segura de que ella fuera a obedecerle. Tenía toda la atención centrada en la chica, que sufría una nueva contracción.

—Apriétame la mano, Sabra. Respira. —¿No era eso lo que se suponía que tenían que hacer las mujeres cuando se ponían de parto? ¿Respirar? Era lo que hacían en las películas. Soplaban y resoplaban y... gritaban hasta no poder más—. Respira, Sabra.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó de repente Ronnie—. ¿Adónde piensa usted que va? Vuelva allí y échese al suelo. ¡Lo digo en serio!

No era momento de andar provocando al irritado joven, y Tiel pretendía decirle a quien quisiera que estuviese haciéndolo que lo dejase correr. Levantó la vista, pero se calló los reproches en cuanto el vaquero se arrodilló al otro lado de Sabra.

—¡Aléjese de ella! —Ronnie acercó el cañón de la pistola a la sien del vaquero, un movimiento que fue ignorado al instante, igual que los gritos de amenaza del joven.

Unas manos que parecían acostumbradas a manejar tachuelas y postes de alambradas acabaron posándose sobre el abdomen de la chica. Lo palparon con delicadeza.

—Puedo ayudarla. —Tenía la voz ronca, como si llevara mucho tiempo sin hablar, como si el polvo del oeste de Texas se hubiese acumulado en sus cuerdas vocales. Miró a Ronnie—. Me llaman Doc.

—¿Es usted médico? —preguntó Tiel.

Su mirada calmada se dirigió hacia ella y repitió:

—Puedo ayudarla.

## Capítulo 3

—No la toque —dijo Ronnie con ferocidad—. Aparte sus sucias manos de ella.

El hombre llamado Doc siguió presionando el abdomen de la chica.

—Está en la primera o la segunda fase del parto. Sin saber hasta qué punto está dilatada, es difícil calibrar lo cerca que está del final. Pero los dolores son frecuentes, por lo que supongo que...

—¿Supone?

Sin hacer caso a las palabras de Ronnie, Doc le dio a Sabra una palmadita en el hombro para animarla.

—¿Es tu primer bebé?

—Sí, señor.

—Puedes llamarme Doc.

—De acuerdo.

—¿Cuánto hace que empezaste a notar los primeros dolores?

—Al principio era una sensación rara, ¿sabe? Bueno, me imagino que no lo sabe.

Él sonrió.

—No tengo experiencia personal en el tema, no. Descríbeme qué sientes.

—Como justo antes de la regla. Más o menos.

—¿Una presión aquí abajo? ¿Y unas punzadas muy fuertes?

—Sí. Muy fuertes. Y dolor en los riñones. Creí que simplemente estaba cansada por llevar tanto tiempo seguido sentada en el coche, pero cada vez era peor. No quise decir nada.

Su mirada se trasladó a Ronnie, que asomaba por encima de las anchas espaldas de Doc. Estaba pendiente de todas y cada una de sus palabras, pero sin dejar en ningún momento de apuntar la pistola hacia las personas que seguían tendidas en el suelo como cerillas en fila.

—¿Cuándo empezaron los síntomas? —preguntó Doc.

—Hacia las tres de esta tarde.

—Por Dios, Sabra —gruñó Ronnie—. ¿Ocho horas? ¿Por qué no me lo dijiste?

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Porque habría arruinado nuestros planes. Quería estar contigo pasase lo que pasase.

—Calla. —Tiel le acarició la mano—. Si lloras te sentirás peor. Piensa en el bebé que viene en camino. Ya no puede faltar mucho. —Miró a Doc—. ¿No es eso?

—Cuando se trata de un primer hijo, nunca se sabe.

—¿Qué supone?

—Dos, tres horas. —Se levantó para mirar a Ronnie cara a cara—. El nacimiento será esta noche. Lo fácil o difícil que sean el parto y el nacimiento depende de vosotros. Necesita un hospital, una sala de partos bien equipada y personal médico. Además, el bebé precisará de atención médica inmediata después de nacer. Esta es la situación. ¿Qué piensas hacer?

Sabra gritó con la llegada de otro dolor. Doc se agachó a su lado y monitorizó la contracción poniéndole las manos sobre el abdomen. Su brusca manera de fruncir el entrecejo alertó a Tiel hasta preocuparla.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—No tiene buena pinta.

—¿Qué?

Él hizo un movimiento negativo con la cabeza, indicando con ello que no quería comentarlo delante de la chica. Pero Sabra Dendy no era tonta. Captó su preocupación.

—Algo va mal, ¿verdad?

Hay que decir a favor de Doc que no se anduvo con rodeos.

—No va mal, Sabra. Sólo que es un poco más complicado.

—¿Qué?

—¿Sabes lo que significa un parto de nalgas?

Tiel se quedó sin respiración. Oyó el sonido de lamentación de Gladys.

—Es cuando el bebé... —Sabra hizo una pausa para tragar saliva—. Cuando el bebé está colocado al revés.

Él asintió solemnemente.

—Creo que tu bebé está mal colocado. No tiene la cabeza hacia abajo.

La chica empezó a sollozar.

—¿Qué puede hacer?

—A veces no es necesario hacer nada. El bebé se da la vuelta solo.

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

Doc miró a Ronnie, que era quien había formulado la pregunta.

—Se realiza una cesárea, lo que evita a la madre y el niño un parto penoso y duro. El nacimiento por vía vaginal resulta peligroso y puede poner la vida de ambos en peligro. Sabiendo esto, ¿permitirás que alguien llame a urgencias y consiga ayuda para Sabra?

—¡No! —gritó la chica—. ¡No pienso ir a ningún hospital, no lo haré!

Doc le dio la mano.

—Tu bebé podría morir, Sabra.

—Usted puede ayudarme.

—No tengo el equipo necesario.

—Puede hacerlo de todos modos. Sé que puede.

—Sabra, escúchale, por favor —le aconsejó Tiel—. Sabe de qué habla. Un parto de nalgas podría ser extremadamente doloroso. Además podría poner en peligro la vida del bebé o causarle graves deficiencias. Por favor, pídele a Ronnie que siga el consejo de Doc. Que nos deje llamar a urgencias.

—No —dijo ella, negando con terquedad con la cabeza—. No entienden nada. Mi padre juró que ni yo ni Ronnie volveríamos a ver al bebé después de su nacimiento. Quiere darlo.

—Dudo que...

Pero Sabra no dejó terminar a Tiel.

—Dijo que el bebé no significaría para él más que un cachorro no deseado que se entrega en la perrera. Y cuando dice algo, lo dice en serio. Se llevará a nuestro bebé y nunca volveremos a verlo. Además, nos separará. Dijo que lo haría y lo hará. —Empezó a sollozar.

—¡Oh!, pobre —murmuró Gladys—. Pobrecitos.

Tiel miró a los demás por encima del hombro. Vern y Gladys se habían sentado, estaban acurrucados el uno contra el otro, él abrazándola de modo protector. Ambos contemplaban apesadumbrados la escena.

Los dos mexicanos hablaban entre sí en voz baja, lanzando hostiles miradas a su alrededor. Tiel esperaba que no estuviesen tramando otro intento de vencer a Ronnie. Donna, la cajera, seguía tendida en el suelo bocabajo, pero murmuró:

—Pobrecitos..., lo dudo. Casi me mata.

Ronnie, que acababa de tomar una decisión, miró a Doc y dijo:

—Sabra quiere que la ayude usted.

Doc pareció a punto de rebatirle. Pero entonces, quizá por el factor tiempo, cambió de idea.

—Está bien. Por lo pronto, haré lo que pueda, empezando por una exploración interna.

—Se refiere a...

—Sí. A eso me refiero. Necesito saber hasta qué punto está avanzado el parto. Necesito algo con lo que poder esterilizarme las manos.

—Tengo un producto para lavarse las manos sin agua —le dijo Tiel—. Es antibacteriano.

—Muy bien. Gracias.

Hizo el amago de levantarse, pero Ronnie la detuvo.

—Vaya a buscarlo y vuelva enseguida. Recuerde que la vigilo.

Regresó al punto donde había soltado el bolso, los refrescos y las pipas de girasol. Extrajo del bolso el bote de plástico con el producto para lavar las manos. Entonces, llamando la atención de Vern, hizo ver como si se llevara una videocámara al ojo. De entrada, él se quedó perplejo, pero entonces Gladys le dio un codazo en las costillas y le susurró alguna cosa al oído. Asintiendo, indicó con la barbilla en dirección al expositor de revistas. Tiel recordó que cuando el atraco había empezado ellos estaban deambulando por allí.

Regresó con el bote y se lo entregó a Doc.

—¿No deberíamos ponerle algo debajo?

—En el coche tenemos pañales infantiles.

—¡Gladys! —exclamó Vern, avergonzado por la confesión de su esposa.

—Nos vendrían estupendamente —dijo Tiel, recordando los apositos protectores desechables que había visto en la cama del tío Pete en la residencia. Con ellos, el personal se evitaba tener que cambiar toda la ropa de cama cada vez que un residente sufría un accidente—. Iré a por ellos.

—Y un cuerno —se opuso Ronnie—. Usted no. Que vaya este señor. Ella —dijo, apuntando a Gladys con la pistola—, ella se queda aquí.

Gladys le dio un golpecito cariñoso a la huesuda rodilla de Vern.

—No me pasará nada, cariño.

—¿Estás segura? Si te sucediese cualquier cosa...

—No me pasará nada. Este chico tiene más cosas por las que preocuparse que por mí.

Vern despegó del suelo su raquítico cuerpo, sacudió el trasero de su pantalón corto y se dirigió hacia la puerta.

—Es evidente que no puedo traspasar el cristal.

Ronnie le dio un codazo a Donna, quien al instante empezó a implorarle que le perdonara la vida. Le ordenó que callase y que abriera la puerta, lo que

hizo al momento.

En la puerta, Ronnie y el anciano intercambiaron una mirada llena de significado.

—No te preocupes, volveré —le aseguró el anciano. No haría nada que pusiese en peligro la vida de su esposa. Y, pese a que Ronnie Davison pesaba veinte kilos más que él y le sacaba un palmo de altura, le lanzó una advertencia—. Si le haces daño, te mato.

Ronnie abrió la puerta de un empujón y Vern salió. Su intento de correr un poco fue inintencionadamente cómico. Tiel observó su avance por el aparcamiento hasta llegar a los surtidores de gasolina y subir al Winnebago.

Doc hablaba con Sabra animándola durante otra contracción. Cuando cedió, la chica se relajó y cerró los ojos. Tiel miró a Doc, que observaba a la chica.

—¿Qué más necesitaría?

—Guantes.

—Veré qué puedo encontrar.

—Y un poco de vinagre.

—¿Vinagre destilado normal?

—Hmm. —Después de una breve pausa, comentó—: Se muestra usted tremendamente fría bajo presión.

—Gracias. —Siguieron observando a la chica, quien, por el momento, parecía haberse quedado dormida. Tiel preguntó en voz baja—: ¿Acabará mal?

Los labios del vaquero se comprimieron en una tensa línea.

—No, si puedo evitarlo.

—¿Cómo de mal...?

—¿Qué murmuran ustedes dos?

Tiel miró a Ronnie.

—Doc necesita unos guantes. Iba a preguntarle a Donna si tienen en la tienda.

—De acuerdo, adelante.

Dejó a Sabra para avanzar hacia el mostrador. Donna estaba de pie tras él, esperando para abrir la puerta en cuanto Vern regresara. Miró a Tiel con recelo.

—¿Qué quiere?

—Donna, por favor, mantenga la calma. La histeria no hace más que empeorar la situación. De momento, estamos todos seguros.

—¿Seguros? ¡Ja! Es la tercera vez que me pasa.

—¿Que la atracan?

—Mi suerte está condenada a agotarse. La primera vez eran tres. Llegaron tranquilamente, vaciaron la caja y me encerraron en el congelador. De no haber aparecido el repartidor de leche y yogures, me habrían encontrado muerta. La segunda vez, un tipo enmascarado me aporreó en la cabeza con la culata de la pistola. Sufrí una conmoción cerebral y estuve seis semanas sin trabajar por los fuertes dolores de cabeza. Estaba tan mareada, que me pasaba el día vomitando. —Su estrecho pecho subió y bajó al ritmo de un profundo suspiro de resignación—. Es sólo cuestión de tiempo. Las probabilidades van en mi contra y uno de estos días acabaré muerta. ¿Cree que nos dejarán fumar?

—Si tanto miedo tiene, ¿por qué no lo deja y se busca otro trabajo?

Miró a Tiel como si se hubiese vuelto loca.

—Mi trabajo me gusta.

Si esa era la lógica, tal vez sí fuese verdad que Tiel se estaba volviendo loca.

—¿Tiene guantes de látex en la tienda? De esos que utilizan los médicos.

Movió su cabeza con rizos de permanente.

—De la marca Rubbermaid. Sí. Creo que tengo dos pares más allá, junto a los productos de limpieza del hogar.

—Gracias. Tranquilícese, Donna.

Cuando Tiel pasó junto a Gladys, se inclinó y le dijo en voz baja:

—¿Hay cinta en la videocámara?

La anciana asintió.

—Quedan dos horas. Y está rebobinada. A menos que Vern lo echase todo a perder cuando estuvo toqueteándola.

—Si puedo traérsela...

—¡Eh! —gritó Ronnie—. ¿De qué cuchichean ahora?

—Teme por su esposo. Estaba tranquilizándola.

—Ahí está —dijo Gladys, señalando hacia la puerta.

Donna quitó el pestillo automático y entró Vern, tambaleándose todo él excepto sus piernas de palillo, y oculto detrás de un montón de ropa de cama. Ronnie le ordenó dejar en el suelo la montaña de cojines y mantas, pero el anciano se negó.

—Está todo limpio. Si lo dejo caer, se ensuciará. La señora necesita un lugar confortable y he pensado que estas toallas también podrían ser útiles.

—De hecho, es muy buena idea, Ronnie —dijo Tiel—. Puedes examinar el material cuando lo haya dejado en el lugar adecuado.

Además de los pañales que había ido a buscar a la furgoneta, Vern había cogido dos cojines, dos mantas, dos sábanas limpias y varias toallas de baño. Ronnie no encontró nada escondido entre todo aquello y le dio su aprobación a Tiel para que preparara una camilla improvisada, lo que hizo enseguida mientras Sabra se apoyaba con fuerza contra Doc.

Tiel utilizó una de las sábanas y reservó la otra para después, por si surgía la necesidad. Cuando hubo acabado, Doc acostó a la chica en la improvisada cama. Se instaló en ella agradecida. Tiel le colocó uno de los pañales desechables bajo las caderas.

—No son para lo que piensan —declaró Vern.

Tiel y Doc miraron a la vez al anciano, sorprendidos al ver que se inclinaba para hacerles una confidencia.

—No sufrimos incontinencia.

Tiel apenas pudo reprimir una sonrisa.

—No le hemos preguntado al respecto.

—Estamos de luna de miel —explicó Vern en tono confidencial—. Todas las noches nos ponemos a ello. Y de día también, si nos apura la necesidad. Ya saben lo ardientes que son los novios en luna de miel. Estos pañales no son precisamente lo más cómodo del mundo, pero a ninguno de los dos nos gusta la humedad y así no tenemos que cambiar las sábanas después de cada vez.

El anciano guiñó un ojo, dio media vuelta y obedeció las instrucciones de Ronnie de reunirse con los demás. Se sentó junto a su esposa, quien le abrazó y le estampó un sonoro beso en la mejilla, alabándolo por su valentía.

Tiel, percatándose de que estaba boquiabierta, cerró la boca chocando los dientes. Su mirada se deslizó hacia Doc, empeñado en cronometrar los dolores de parto de Sabra, aunque con una sonrisa dibujada en los labios.

Miró a Tiel levantando las cejas y la sorprendió mirándolo. Emitió un sonido sordo que pasó por una risa.

—¿Los guantes?

—¿Qué?

—¿Ha preguntado por los guantes?

—¡Oh!, sí, hay dos pares de Rubbermaid.

Movió la cabeza.

—Igual de bien que unos guantes de cuero de trabajo. ¿Y qué hay del vinagre?

—Viene de camino.

Y gasas.

Tiel pidió permiso a Ronnie para mirar por los pasillos, donde encontró varias botellas de plástico de vinagre, una caja de gasas esterilizadas y un paquete de pañales infantiles desechables. Lo cogió todo. Cuando ya volvía hacia donde estaba Sabra, hubo algo más que captó su mirada. En un arranque de inspiración, añadió al conjunto dos cajas de tinte para el cabello.

Cuando llegó junto a la chica, Sabra estaba escuchando con atención lo que Doc le explicaba.

—No va a ser agradable, pero intentaré no hacerte daño, ¿de acuerdo?

—La chica asintió y miró a Tiel con aprensión.

—¿Te han realizado alguna vez una exploración ginecológica, Sabra? —le preguntó en voz baja.

—Una vez. Cuando fui a que me recetaran píldoras anticonceptivas. —Tiel levantó la cabeza desconcertada, y Sabra bajó la vista, sintiéndose claramente incómoda—. Dejé de tomarlas porque engordaba.

—Ya veo. Bien, entonces, si has pasado ya por una exploración, sabrás lo que puedes esperar. Seguramente no será peor que esa primera exploración. ¿No, Doc?

—Procuraré que sea lo más leve posible.

Tiel le apretó la mano a la chica.

—Estaré aquí mismo por si...

—No, quédese aquí conmigo. Por favor. —Le indicó a Tiel que se agachara a su lado para consultarle en privado alguna cosa—. Es un hombre muy agradable —dijo, hablándole a Tiel en voz baja directamente al oído—. Actúa como un médico y habla como un médico, pero no lo parece... ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí, sé a lo que te refieres.

—De modo que me siento un poco extraña con él..., ¿sabe? ¿Podría, por favor, ayudarme a quitarme las bragas?

Tiel se enderezó y miró a Doc.

—¿Nos concede un momento, por favor?

—Por supuesto.

—¿Qué sucede? —quiso saber Ronnie en cuanto Doc se levantó.

—La señora necesita un poco de intimidad. Por mi parte. Y también por la tuya.

—Pero yo soy su novio.

—Razón por la cual eres la última persona del mundo que quiere a su lado observándola.

—Tiene razón, Ronnie —dijo Sabra—. Por favor.

El chico se alejó con Doc. Tiel le subió la falda a Sabra y la ayudó mientras ella levantaba las caderas con dificultad y se bajaba la ropa interior.

—Ya estamos —dijo Tiel con delicadeza, cogiendo de las manos de Sabra la empapada prenda que la chica había convertido en un bulto del tamaño de una pelota de ping pong.

—Siento que esté tan pegajosa.

—Sabra, a partir de ahora mismo vas a dejar de pedir perdón por todo. Nunca he pasado por un parto, pero estoy segura de que no lo abordaría ni con la mitad de la dignidad que tú estás mostrando. ¿Estás más cómoda ahora? —Era evidente que no. Por la mueca de Sabra era fácil adivinar que estaba sufriendo una nueva contracción—. ¿Doc?

Apareció en un instante y presionó las manos sobre el abdomen de Sabra.

—Esperemos que se dé la vuelta él solo.

—Me gustaría que fuera niña —le dijo Sabra, entre respiración y respiración.

Doc sonrió.

—¿De verdad?

—A Ronnie también le gustaría una niña.

—Las hijas son estupendas, tiene razón.

Tiel lo miró de reojo. ¿Tendría hijas?, se preguntó. Lo había tomado por un soltero, un solitario. A lo mejor porque su aspecto recordaba al hombre de Marlboro. Nadie se imagina al hombre de Marlboro con una mujer y una familia a cuestas.

¿A lo mejor...? Tiel no podía quitarse de encima la sensación de que había visto antes a Doc. Pero lo que le resultaba vagamente familiar debía de ser su parecido con los duros modelos de los anuncios de tabaco.

Superado el dolor, Doc puso las manos en las rodillas elevadas de la chica.

—Intenta relajarte todo lo posible. Y avísame si te hago daño, ¿de acuerdo?

—¡Oh!, espere. —Tiel cogió una de las cajas de tinte para el cabello y la abrió. Al ver la expresión de curiosidad de Doc, le dijo—: Viene con un par de guantes desechables. No serán estupendos; seguramente ni siquiera serán de su talla —añadió, mirando sus varoniles manos, pero son mejores que nada.

—Buena idea.

Doc separó los guantes de plástico del papel encerado al que estaban pegados y consiguió introducir las manos en ellos. Eran pequeños y no

encajaban bien, pero le dio las gracias a Tiel y volvió a asegurarle a Sabra que intentaría hacer todo lo posible para que la exploración no resultase desagradable.

—Esto te ayudará.

Por cuestión de pudor, Tiel extendió la segunda sábana por encima de las rodillas de la chica.

Doc la miró dándole su aprobación.

—Ahora relájate, Sabra. Terminaré antes de que te hayas dado cuenta.

La chica respiró hondo y cerró los ojos con fuerza.

—Primero voy a lavar la zona con una toallita de estas. Luego aplicaré un poco de vinagre. A lo mejor está frío.

Le preguntó qué tal iba mientras vertía el vinagre y lo secaba con unas gasas.

—Bien —respondió ella, tímidamente.

Tiel se dio cuenta de que también ella aguantaba la respiración.

—Respira hondo, Sabra. Te ayudará a relajarte. Hagámoslo juntas. Respira hondo. Ahora suelta. —Sabra se estremeció con la penetración—. Otra vez. Vuelve a tomar aire con fuerza. Suelta. Eso es. Ya no falta mucho. Todo va muy bien.

Pero no era así. O al menos eso era lo que decía la expresión de Doc. Retiró la manos de entre los muslos de la chica y, escondiendo su preocupación, la felicitó por lo bien que estaba haciéndolo. Se retiró los guantes y cogió la botella de producto para limpiar las manos, con el que se frotó con fuerza manos y antebrazos.

—¿Va todo bien?

Ronnie estaba de nuevo allí. Y pese a que era él quien había formulado la pregunta, Doc dirigió su respuesta a Sabra.

—No estás muy dilatada.

—¿Qué significa eso?

—Significa que el parto es disfuncional.

—¿Disfuncional?

—Es una palabra complicada, pero es el término médico que se aplica a tu situación. Por lo fuertes y frecuentes que son los dolores, deberías tener el cuello de la matriz más dilatado de lo que lo está. El bebé empuja para salir, pero tú no tienes todas las partes de tu cuerpo preparadas aún para el nacimiento.

—¿Qué puede hacer?

—Yo no puedo hacer nada, Ronnie, pero tú sí. Puedes detener toda esta locura y llevar a Sabra a un lugar donde reciba los cuidados médicos que necesita.

—Ya se lo he dicho, no.

—No —repitió Sabra.

El teléfono sonó antes de que la discusión siguiera adelante.

## Capítulo 4

El inesperado y estridente sonido sorprendió a todo el mundo.

Donna era la que estaba más cerca del teléfono.

—¿Qué hago? —preguntó.

—Nada.

—Ronnie, tal vez deberías dejar que respondiera —sugirió Tiel.

—¿Por qué? Seguramente no tiene nada que ver conmigo.

—Podría ser. ¿Pero y si resulta que sí tiene que ver contigo? ¿No preferirías saber a qué te enfrentas?

Lo reflexionó unos segundos, y luego le dio su permiso a Donna para que respondiera.

—¿Diga? —escuchó un momento, y dijo a continuación—: Hola, *sheriff*. No, no estaba borracho. Tal y como le ha dicho, este chico nos tiene retenidos a punta de pistola.

De pronto, la parte delantera del edificio se vio bañada por una fuerte luz. Todo el mundo dentro había estado tan concentrado en la situación de Sabra que nadie había oído la llegada de los tres coches patrulla que acababan de encender los faros delanteros. Tiel dedujo que el *sheriff* llamaba desde una de las unidades, aparcadas un poco más allá de los surtidores de gasolina.

Ronnie se ocultó detrás de un expositor de aperitivos y gritó:

—Dícales que apaguen estas condenadas luces o disparo a alguien.

Donna transmitió el mensaje. Hizo una pausa para escuchar, y dijo a continuación:

—Unos dieciocho, supongo. Se llama Ronnie.

—¡Cállese!

Ronnie le apuntó con la pistola. Ella se estremeció y soltó el auricular.

Se apagaron entonces las luces de los coches, dos pares casi simultáneamente, el tercero unos segundos después.

Sabra gimoteó.

—Escúchame, Ronnie —dijo Doc.

—No. Cállese y déjeme pensar.

El joven estaba aturdido, pero Doc insistió, hablando en voz baja y con impaciencia:

—Si es eso lo que quieres, quédate aquí y arregla esto como te plazca. Pero lo más valiente sería dejar salir a Sabra. Las autoridades la llevarán al hospital, que es donde debería estar.

—No iré —dijo la chica—. No sin Ronnie.

Tiel intentó convencerla.

—Piensa en tu bebé, Sabra.

—Estoy pensando en nuestro bebé —respondió entre sollozos—. Si mi padre le pone las manos encima, nunca volveré a verlo. Y tampoco pienso abandonar a Ronnie.

Viendo que su paciente estaba al borde de una crisis de histeria, Doc retrocedió en su actitud.

—Está bien, está bien. Si no accedes a marcharte, ¿qué te parece esto? ¿Y si pidiésemos que entrase un médico?

—Usted es médico —dijo Ronnie.

—No el tipo de médico que Sabra necesita. No tengo instrumental. No tengo nada que darle para aliviar el dolor. Va a ser un parto difícil, Ronnie. Podrían producirse todo tipo de complicaciones graves y no estoy cualificado para tratarlas. ¿Estás dispuesto a poner en peligro la vida de Sabra y la del niño? Porque esto es lo que estás haciendo si permites que la situación siga tal y como está. Podrías perder a uno de ellos o a los dos. Y entonces, independientemente de cómo acabara esto, no habría valido para nada.

Tiel estaba impresionada. Ni ella podría haberlo dicho con mejores palabras.

El joven reflexionó un momento sobre las palabras de Doc y luego le hizo un ademán a Tiel en dirección al mostrador y al auricular que colgaba del mismo. Después de que Donna lo hubiese soltado, se había oído la voz de un hombre durante un rato, preguntando qué sucedía. Pero ahora permanecía en silencio.

—Usted es buena largando —le dijo Ronnie a Tiel—. Hable usted.

Tiel se puso en pie y se abrió paso entre Sabra y Doc. Pasó junto al expositor de aperitivos y caminó hasta el mostrador. Cuando marcó el número de la policía no perdió el tiempo. Tan pronto como respondió la telefonista, dijo:

—Necesito que me llame el *sheriff*. No haga preguntas. Está al corriente de esta situación de emergencia. Dígale que llame otra vez al supermercado.

Colgó antes de que la telefonista llevara a cabo el interrogatorio rutinario, lo que supondría una preciosa pérdida de tiempo.

Esperaron todos en tenso silencio. Nadie decía palabra. Gladys y Vern estaban sentados y abrazados el uno al otro. Cuando Tiel miró en su dirección, Vern llamó sutilmente su atención hacia la bolsa que tenía en su regazo. De un modo u otro, la había conseguido sin que Ronnie se percatase de ello. Un mañoso Casanova. Sólo esto constituía ya un buen reportaje, pensó Tiel. Excepto que tenía uno mejor aún, en el que no era sólo la periodista, sino también una de las participantes. Gully se pondría eufórico. Si con este reportaje no conseguía garantizarse un puesto en *Nine Live*...

Pese a que esperaba que sonara el teléfono, dio un respingo en cuanto lo hizo. Respondió de inmediato.

—¿Quién es?

Evitó la respuesta directa al decir:

—¿*Sheriff*?

—Marty Montez.

—*Sheriff* Montez, he sido designada portavoz. Soy uno de los rehenes.

—¿Corre algún tipo de peligro inmediato?

—No —respondió, creyendo en su respuesta.

—¿Está siendo coaccionada?

—No.

—Hágame un resumen.

Empezó con un breve y conciso relato del atraco, a partir del disparo de Ronnie a la cámara de seguridad.

—Fue interrumpido cuando su cómplice se puso de parto.

—¿De parto? ¿Quiere decir parto, tener un bebé?

—Eso es exactamente, sí.

Después de una prolongada pausa durante la cual se escuchaba perfectamente la trabajosa respiración de un hombre con sobrepeso, dijo:

—Respóndame si puede hacerlo sin correr peligro, señorita. ¿Son por casualidad estos atracadores un par de chicos de instituto?

—Sí.

—¿Qué pregunta? —exigió saber Ronnie.

Tiel tapó el auricular con la mano.

—Ha preguntado si Sabra tenía dolores y le he respondido.

—¡Dios! —exclamó el *sheriff*. Comunicó en voz baja a sus lugartenientes, o al menos eso fue lo que Tiel se imaginó, que los que habían tomado rehenes

eran los chicos «de Fort Worth». Y entonces le preguntó a ella—: ¿Hay alguien herido?

—No. Estamos todos ilesos.

—¿Quiénes son todos, además de usted? ¿Cuántos rehenes hay?

—Cuatro hombres y dos mujeres, además de mí.

—Habla usted muy bien. ¿No será por casualidad una tal señorita McCoy?

Intentó que Ronnie, que la escuchaba atentamente y controlaba muy de cerca sus expresiones faciales, no se diese cuenta de su sorpresa.

—Correcto. Nadie ha resultado herido.

—Usted es la señorita McCoy pero no quiere que sepan que es reportera de televisión. Comprendo. Su jefe, un tipo llamado Gully, ha llamado dos veces a la oficina diciendo que usted había desaparecido. Dijo que había salido de Rojo Flats y tenía que llamarle...

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ronnie.

Tiel interrumpió al *sheriff*.

—Por el interés de todos, estaría muy bien si pudiese proporcionarnos un médico. Un ginecólogo, a ser posible.

—Dígale que traiga consigo todo lo necesario para un parto difícil.

Tiel transmitió el mensaje de Doc.

—Asegúrese de que está al corriente de que el bebé viene de nalgas —añadió Doc.

Después de que Tiel transmitiera eso, el *sheriff* le preguntó quién le daba aquella información.

—Se hace llamar Doc.

—Me toma el pelo —dijo el *sheriff*.

—No.

«Doc es uno de los rehenes —oyó que comentaba. Doc dice que la chica Dendy necesita un especialista, ¿habéis oído?».

—Eso es, *sheriff*. Y lo antes posible. Nos preocupa tanto ella como el bebé.

—Si se rinden, la llevaremos enseguida al hospital. Se lo garantizo.

—Me temo que esta eventualidad no entra en el plan.

—¿Davison no la deja marchar?

—No —dijo Tiel—. Ella se niega a irse.

—Mierda, vaya lío —dijo, con un potente suspiro—. Está bien, veré qué puedo hacer.

—*Sheriff*, no tengo palabras para expresar lo mal que está pasándolo esta joven. Y...

—Adelante, señorita McCoy. ¿Qué?

—La situación está controlada —dijo lentamente—. De momento, todo el mundo está tranquilo. No tome medidas drásticas, por favor.

—Ya la he captado, señorita McCoy. Nada de exhibiciones, nada de fuegos artificiales, ni equipos especiales, ni nada de eso.

—Exactamente. —Se sintió aliviada al ver que la había entendido—. Hasta el momento, nadie ha resultado herido.

—Y a todos nos gustaría que la cosa siguiese así.

—Me alegra oírle decir eso. Por favor, por favor, consiga un médico lo más rápidamente posible.

—Estoy en ello. Le doy el número del teléfono que llevo conmigo.

Tomó nota del número de memoria. Montez le deseó suerte y colgó. Tiel devolvió el teléfono al mostrador, contenta de ver que se trataba de un modelo antiguo sin manos libres. Ronnie habría querido oír futuras conversaciones.

—Está tratando de conseguir un médico.

—Eso me gusta —dijo Doc.

—¿Cuánto tardará en llegar?

Volviéndose hacia Ronnie, respondió Tiel:

—Llegará lo antes posible. Voy a ser sincera contigo. Ha adivinado tu identidad y la de Sabra.

—¡Oh!, mierda —gruñó el chico—. ¿Qué más puede salirnos mal?

—¡Los han localizado!

Cuando se oyó el grito procedente de la habitación contigua, Russell Dendy casi derriba al agente del FBI que casualmente se interponía en su camino. No pidió perdón por haber derramado el café hirviendo en la mano del agente. Entró a toda prisa en la biblioteca de su casa que, desde aquella mañana, se había convertido en un puesto de mando.

—¿Dónde? ¿Dónde están? ¿Le ha hecho algún daño a mi hija? ¿Está bien Sabra?

El responsable del caso era el agente especial William Calloway. Un hombre alto, delgado, casi calvo que, de no ser por la pistola que llevaba colgada, más parecía un banquero especializado en hipotecas que un agente federal. Su comportamiento tampoco casaba con el estereotipo. Era tranquilo

y de voz suave..., casi siempre. Russell Dendy había puesto a prueba la actitud agradable de Calloway.

Cuando Dendy entró en la habitación lanzando preguntas, Calloway le indicó que se calmara y continuó con su conversación telefónica.

Dendy, impaciente, pulsó una tecla del teléfono y por el altavoz se filtró una voz femenina:

—Se trata de Rojo Flats. Prácticamente en medio de la nada, al sudoeste de San Angelo. Van armados. Han intentado atracar un pequeño supermercado, pero el atraco se ha visto frustrado. Ahora mantienen rehenes en el interior del establecimiento.

—¡Maldita sea, maldita sea! —Dendy hundió el puño de una mano en la palma de la otra—. ¡Ha convertido a mi hija en una delincuente común! Y ella no comprendía por qué no me gustaba.

Calloway volvió a indicarle que bajara la voz.

—Ha dicho que van armados. ¿Hay algún herido?

—No, señor. Pero la chica está de parto.

—En la tienda.

—Afirmativo.

Dendy maldijo profusamente.

—¡La retiene en contra de su voluntad!

La mujer incorpórea dijo:

—Según uno de los rehenes, que habló con el *sheriff*, la joven se niega a irse.

—Le ha lavado el cerebro —declaró Dendy.

La agente del FBI de la oficina de Odessa siguió como si no le hubiese oído.

—Al parecer, uno de los rehenes tiene conocimientos médicos. La está controlando, pero han pedido un médico.

Dendy dio un puñetazo en la mesa del despacho.

—Quiero que saquen a Sabra de allí, ¿me han oído?

—Le hemos oído, señor Dendy —dijo Calloway, cada vez con menos paciencia.

—No me importa si para ello tienen que utilizar una carga de dinamita.

—Pues a mí sí me importa. Según el portavoz, nadie está herido.

—¡Mi hija está de parto!

—Y la llevaremos a un hospital lo antes posible. Pero no haré nada que ponga en peligro la vida de los rehenes, de su hija o del señor Davison.

—Mire, Calloway, si piensa abordar la situación como un pusilánime...

—La forma de abordarla depende de mí, no de usted. ¿Comprendido?

Russell Dendy tenía reputación de ser un verdadero hijo de puta.

Desgraciadamente, conocerlo en persona no había disipado ninguna de esas leyendas ni cambiado la idea preconcebida que Calloway tenía del millonario.

Dendy dirigía de forma despótica diversas empresas. No estaba acostumbrado a ceder el control a nadie, ni siquiera a dar un voto de confianza a otra persona en cuanto a cómo gestionar las cosas. Sus negocios no tenían nada que ver con la democracia, y tampoco su familia. La señora Dendy no había hecho en todo el día otra cosa que sollozar y secundar las respuestas de su marido a las tentativas preguntas de los agentes sobre su vida familiar y su relación con su hija. No había ofrecido ni una opinión que difiriera de la de su marido, ni expresado ningún tipo de observación personal.

Calloway había dudado desde el principio de la acusación de secuestro que había lanzado Dendy. Y se había inclinado hacía la versión más probable: Sabra Dendy había huido de casa con su novio para escapar de un padre dominante.

El rapapolvo de Calloway había dejado a Russ Dendy prácticamente echando espumarajos de rabia por la boca.

—Voy para allá.

—No se lo aconsejo.

—Me importa una mierda lo que usted me aconseje.

—En nuestro helicóptero no hay plaza para más pasajeros —le gritó el agente a la espalda de Dendy.

—Pues iré con mi Lear.

Salió precipitadamente de la habitación y empezó a vociferar órdenes a su banda de omnipresentes lacayos, tan silenciosos y discretos como muebles hasta que las estridentes órdenes de Dendy los ponían en marcha. Salieron en fila detrás de él. La señora Dendy quedó completamente ignorada y sin invitación para acompañarle.

Calloway desconectó el altavoz y cogió el auricular para oír con más claridad a la agente.

—Me imagino que lo habrás oído.

—Veo que estás de lo más ocupado, Calloway.

—Sólo faltaba esto. ¿Qué tal los agentes locales?

—Por lo que tengo entendido, Montez es un *sheriff* competente, pero esto le sobrepasa y es lo bastante listo como para saberlo. Ha buscado el apoyo de

los Rangers y de la patrulla de tráfico.

—¿Crees que les molestará nuestra presencia?

—¿No es así siempre? —le respondió ella secamente.

—Nos ha llegado como un secuestro. Voy a dejarlo así hasta que lo tenga más claro.

—De hecho, seguramente Montez se alegrará de quitarse el problema de encima. Su principal preocupación es que no haya heroicidades. Quiere evitar un derramamiento de sangre.

—Entonces hablamos el mismo idioma. Creo que lo que tenemos aquí es simplemente a un par de chicos asustados que se han visto atrapados en una situación y no saben cómo salir de ella. ¿Qué sabes de los rehenes, si es que sabes algo?

Se los enumeró primero por sexo.

—Uno de ellos ha sido identificado por el *sheriff* Montez como un ranchero local. La cajera es empleada fija del establecimiento. En Rojo Flats la conoce todo el mundo. Y luego está esa tal señorita McCoy que ha hablado con el *sheriff* Montez.

—¿Qué se sabe de ella?

—Trabaja como reportera para un canal de televisión de Dallas.

—¿Tiel McCoy?

—¿La conoces?

La conocía, y se formó una imagen mental de ella: delgada, cabello corto y rubio, ojos claros. Azules, seguramente verdes. Salía por televisión casi todas las noches. Calloway la había visto también fuera de los estudios, entre otros periodistas, con relación a alguno de los casos criminales que investigaba. Era agresiva, pero objetiva. Sus reportajes nunca eran incendiarios o explosivos porque sí. Era guapa y tremendamente femenina, pero su trabajo merecía toda credibilidad.

Saber que una periodista televisiva de su calibre se encontraba en el epicentro de esta crisis no le emocionaba en absoluto. Era un factor adicional del que podía haber prescindido muy fácilmente.

—Estupendo. Ya tenemos una periodista en la escena.

Se pasó la mano por la nuca, en el punto donde empezaba a acumularse la tensión. Sería una noche larga. Predecía que Rojo Flats, un lugar que hasta ahora nadie conocía, se vería pronto inundado por los medios de comunicación, contribuyendo con ello al caos total.

La agente le preguntó:

—Tu intuición, Calloway. ¿Crees que ese chico secuestró a la hija de Dendy?

Calloway murmuró:

—Sólo me pregunto por qué la chica ha tardado tanto en huir.

## Capítulo 5

Mientras esperaban la llegada del médico que se les había prometido, Doc encontró entre las existencias de la tienda unas tijeras y un par de cordones de zapatos. Los puso a hervir en un recipiente que se utilizaba normalmente para hervir el agua que luego se mezclaba con las bebidas calientes instantáneas. Cogió también de las estanterías compresas, esparadrapo y un paquete de bolsas de basura.

Le preguntó a Donna si tenían aspiradores. Viendo que ella le miraba sin comprender nada, le explicó:

—Es como una jeringa con un émbolo de caucho. Sirve para limpiar la mucosidad de la garganta y la nariz de los bebés.

La mujer se rascó el codo.

—De eso no tenemos.

Ronnie se puso nervioso cuando Doc cogió el recipiente con el agua hirviendo. Le ordenó que dejara que fuese Gladys quien vertiera el agua, a lo que la anciana accedió satisfecha.

Después de aquella actividad, la espera se hizo interminable. Todos los que estaban en el establecimiento se daban cuenta de que cada vez iban llegando más vehículos. La distancia entre los surtidores de gasolina y la entrada de la tienda parecía una zona desmilitarizada; seguía despejada. Pero la zona comprendida entre los surtidores y la carretera estaba ocupada por completo por vehículos oficiales y de urgencias. Cuando ese espacio quedó lleno, empezaron a aparcar en la cuneta de la carretera, llenando ambos lados de la vía estatal. No habían llegado corriendo, pero la ausencia de luces y sirenas hacía su presencia aún más inquietante.

Tiel se preguntó si en la parte trasera del edificio se viviría también tanta actividad como enfrente. Era evidente que la posibilidad se le había pasado por la cabeza también a Ronnie, pues acababa de preguntarle a Donna por la existencia de una puerta trasera.

Y ella le respondió:

—¿Ves el pasillo que conduce a los servicios? ¿Ves esa puerta? Detrás está el almacén. También la nevera donde me encerraron aquellos locos.

—He preguntado por una puerta trasera.

—Está cerrada a cal y canto desde el interior. Tiene una barra que la cruza y las bisagras están también por dentro. Pesa tanto que apenas si puedo abrirla cuando me traen entregas.

Si Donna decía la verdad, nadie cruzaría aquella puerta trasera sin hacer ruido. Ronnie se enteraría con tiempo suficiente de cualquier intentona.

—¿Y los lavabos? —quiso saber entonces—. ¿Hay alguna ventana?

Ella negó con la cabeza.

—Es verdad —gorjeó Gladys—. He estado en el de señoras. Y si quieres conocer mi opinión, creo que un poco de ventilación no le iría mal.

Dejando de lado esas preocupaciones, Ronnie pasó entonces a repartir su atención entre Sabra, sus rehenes y el movimiento en el exterior, que iba en aumento, lo cual era más que suficiente para mantenerlo ocupado. Tiel se disculpó por abandonar el lado de Sabra y le preguntó a Ronnie si podía ir a por su bolso.

—Tengo las lentes de contacto secas. Necesito la solución hidratante.

El chico miró de reojo el bolso que estaba sobre el mostrador. Tiel lo había dejado allí después de extraer de él el producto para lavarse las manos que le había pedido Doc. Parecía estar reflexionando sobre la conveniencia de darle permiso cuando ella dijo:

—No tardaré ni un segundo. No puedo alejarme mucho tiempo de Sabra. Le gusta tener a otra mujer a su lado.

—Está bien. Pero la vigilo. No se crea que no lo hago.

La valentía del joven estaba seriamente afectada. Estaba asustado y agotado, pero seguía con el dedo pegado al gatillo de la pistola. Tiel no quería ser la responsable de forzar la situación al límite.

Se acercó hasta el mostrador para que Ronnie pudiera verla cómo buscaba en el bolso el frasquito de la solución. Lo destapó e inclinó la cabeza hacia atrás para echarse unas gotas.

—Maldita sea —maldijo en voz baja, llevándose un dedo al ojo. Se retiró entonces las lentillas, hurgó en el bolso en busca de otro frasco de líquido y empezó a limpiar las lentes de contacto con la pequeña cantidad de solución que había depositado en la palma de la mano.

Sin volverse a mirar a Gladys y Vern, se dirigió a ellos con un susurro.

—¿Hay cinta dentro de la cámara?

Vern, bendito sea, estaba examinando una piel muerta en un dedo de la mano izquierda y tenía un aspecto tan conspirador como el que podría tener un monaguillo.

—Sí, señora.

—Y baterías cargadas —añadió Gladys, como si estuviese enrollando a la altura del tobillo su calcetín de deporte. Lo miró bien y entonces, después de decidir que le gustaba más tal y como estaba antes, volvió a desenrollarlo. Está todo preparado para ponerla en marcha. Prepárese. Tenemos a punto un plan para distraerle.

—Espere...

Antes de que Tiel pudiese terminar la frase, Vern se arrancó a toser. Gladys se levantó de un salto, dejó su bolsa sobre el mostrador al alcance de Tiel y empezó a darle golpes a su esposo en la espalda.

—¡Oh!, Señor. Vern, que no te dé uno de esos ataques de ahogo. Mira que atragantarte ahora con tu propia saliva. ¡Por el amor de Dios!

Tiel echó un vistazo a su costado y vio dónde había quedado la bolsa. Entonces, mientras todo el mundo, incluyendo a Ronnie, observaba al anciano respirando con dificultad y boqueando en un esfuerzo por recuperar el ritmo de su respiración y cómo Gladys lo sacudía como si de una alfombra se tratara, hurgó en la bolsa en busca de la cámara.

Conocía lo bastante bien las videocámaras caseras como para saber dónde estaba el interruptor de encendido. Lo activó y pulsó la tecla de grabación. La depositó entonces en la estantería, encajada entre cartones de tabaco y rezando para que pasase desapercibida. No albergaba grandes esperanzas sobre la calidad de la película, pero pensó que los vídeos de aficionados habían sido de un valor incalculable en el pasado, incluyendo la película de ocho milímetros del asesinato de JFK y el perturbador vídeo de la paliza de Rodney King en Los Angeles.

La tos de Vern fue menguando. Gladys pidió permiso a Ronnie para ir a buscarle una botella de agua.

Tiel guardó en el bolso el líquido limpiador de las lentes de contacto y la solución hidratante y a punto estaba de retirar la mano cuando vio de refilón, en el interior del bolso, su grabadora. A veces, en las entrevistas, utilizaba la minúscula grabadora para complementar la grabación del vídeo. Así, después, si quería escuchar la entrevista para redactar el guión, no tenía que buscar una sala de edición donde poder visionar el vídeo. Podía escucharla de nuevo en la pequeña grabadora.

No la había llevado consigo intencionadamente. Era una herramienta de trabajo, no un objeto de vacaciones. Pero allí estaba, escondida en el fondo del bolso, mirándola como un ídolo a la espera de ser desenterrado. Se la imaginó irradiando una brillante aura dorada.

Palpó el aparato grabador y lo deslizó en el bolsillo de sus pantalones justo en el momento en que Sabra lanzaba un grito agudo. Desesperado. Ronnie miró a su alrededor en busca de Tiel.

—Voy —le dijo.

Después de levantar el pulgar en dirección a los ancianos actores, corrió junto a Sabra.

Doc parecía preocupado.

—Los dolores no son tan frecuentes, pero cuando sufre uno es muy agudo. ¿Dónde demonios está ese médico? ¿Por qué tardan tanto?

Tiel secó la frente sudorosa de Sabra con unas gasas que había humedecido con agua fresca.

—¿Resultará efectivo cuando esté aquí? ¿Qué será capaz de hacer en estas circunstancias?

—Esperemos que tenga cierta experiencia con partos de nalgas. O a lo mejor puede convencer a Ronnie y Sabra de que no hay más remedio que hacer una cesárea.

—Y si no fuera este el caso...

—Pues muy mal —dijo apesadumbrado—. Para todos los implicados.

—¿Se las apañará sin una jeringa de aspiración?

—Espero que el médico traiga una. Debería.

—¿Y si no ha dilatado...?

—Cuento con que la naturaleza siga su curso. A lo mejor el bebé da la vuelta solo. Eso ocurre...

Tiel acarició la cabeza de la chica. Sabra parecía adormilada. No habían empezado aún las fases finales del parto y estaba agotada.

—Suerte que puede echar estas siestecitas.

—Su cuerpo sabe que más tarde necesitará de todas sus fuerzas.

—Me gustaría que no tuviese que sufrir.

—Sufrir es una putada, de acuerdo —dijo, casi para sus adentros—. El médico puede darle una inyección que le alivie el dolor. Algo que no perjudique al feto. Pero sólo hasta cierto punto. Cuanto más cerca esté el momento del parto, mayor riesgo supone la administración de fármacos.

—¿Y la epidural? ¿No la administran en las fases finales del parto?

—Dudo que el médico intente un bloqueo en estas condiciones, a no ser que esté lo bastante seguro.

Después de un momento de reflexión, dijo Tiel:

—Creo que seguir por la vía natural es una locura. Supongo que pensar esto me convierte en una desgracia para la mujer en general.

—¿Tiene hijos?

Cuando sus ojos conectaron con los de ella, notó como si acabaran de pincharla justo debajo del ombligo.

—¡Oh!, no. —Bajó rápidamente la vista—. Sólo digo que si algún día los tengo, cuando los tenga, quiero fármacos con una F mayúscula.

—La entiendo perfectamente.

Y Tiel tuvo la impresión de que así era. Cuando volvió a mirarlo, él volvía a prestar atención a Sabra.

—¿Tiene usted hijos, Doc?

—No.

—Antes hizo un comentario sobre las hijas que me llevó a pensar...

—No. —Rodeaba con la mano la muñeca de Sabra, el pulgar buscando el punto exacto para contar las pulsaciones—. Ojalá tuviese un manguito para conocer la tensión arterial. Y espero que traiga un fetoscopio.

—¿Qué?

—Sirve para controlar el latido fetal. Hoy en día, los hospitales utilizan modernos aparatos de ultrasonidos. Pero con un fetoscopio nos apañaríamos.

—¿De dónde ha sacado toda esta formación médica?

—Lo que de verdad me preocupa —dijo, desoyendo su pregunta— es si le practicaré o no una episiotomía.

Tiel puso mala cara sólo de pensar en la incisión y en la delicada zona donde debía realizarse.

—¿Cómo la haría?

—No será agradable, pero si no la practica, la chica podría rasgarse y eso sería más desagradable si cabe.

—Todo esto que dice no es nada bueno para mis nervios, Doc.

—Me imagino que todos hemos tenido días mejores para nuestros respectivos nervios. —Volvió a levantar la cabeza y la miró—. Por cierto, me alegro de que esté aquí.

La mirada era intensa, sus ojos tan atractivos como antes, pero esta vez ella no se amedrentó y no apartó la vista.

—No estoy haciendo nada constructivo.

—El simple hecho de estar con ella ya es mucho. Cuando le venga un dolor, anímela a no luchar contra él. La tensión de los músculos y del tejido que rodea el útero sólo sirve para aumentar las molestias. El útero está hecho para contraerse. Debería dejar que hiciese su trabajo.

—Eso es muy fácil de decir.

—Sí, es fácil de decir —admitió, con una débil sonrisa—. Respire con ella. Inspire profundamente por la nariz y suelte el aire por la boca.

—A mí también me irán bien esas respiraciones profundas.

—Lo está haciendo usted muy bien. Ella se siente a gusto con usted. Neutraliza su timidez.

—Antes admitió que le daba vergüenza estar con usted.

—Comprensible. Es muy joven.

—Ha dicho que no tiene usted aspecto de médico.

—No, me imagino que no.

—¿Lo es usted?

—Soy ranchero.

—¿Es entonces un vaquero de verdad?

—Crío caballos, tengo un rebaño de reses. Conduzco una furgoneta. Todo eso me convierte en un vaquero.

—Entonces, ¿cuándo aprendió...?

El sonido del teléfono interrumpió su conversación. Ronnie cogió el auricular.

—¿Diga? Soy Ronnie Davison. ¿Dónde está el médico?

Hizo una pausa para escuchar. Tiel adivinó por su expresión que lo que estaba escuchando no le gustaba.

—¿El FBI? ¿Cómo es posible? —Y entonces explotó: ¡Yo no la he secuestrado, señor Calloway! Era una fuga. Sí, señor, ella también es lo que más me preocupa. No. No. Se niega a ir a un hospital.

Escuchó durante más tiempo y luego miró de reojo a Sabra.

—De acuerdo. Si el teléfono alcanza. —Tirando al máximo del cable trasladó el teléfono hasta donde estaba Sabra—. El agente del FBI quiere hablar contigo.

Dijo Doc:

—Levantarse no le irá mal. De hecho, podría hacerle bien.

Él y Tiel sujetaron a Sabra y la ayudaron a incorporarse. Avanzó a pasitos lo suficiente como para coger el auricular que le tendía Ronnie.

—¿Diga? No, señor. Lo que le ha dicho Ronnie es verdad. No pienso irme sin él. Ni siquiera para ir al hospital. ¡Debido a mi padre! Dijo que se llevaría

a mi bebé, y siempre hace lo que dice. —Sorbió por la nariz para contener las lágrimas—. Por supuesto que vine voluntariamente con Ronnie. Yo... —Cogió aire y se agarró a la camisa de Doc.

Él la cogió en brazos y la condujo de nuevo hasta la improvisada cama, depositándola delicadamente en ella. Tiel se arrodilló a su lado y, tal y como Doc le había explicado, aconsejó a Sabra que se relajara, que no luchara contra la contracción y que respirara.

Ronnie seguía hablando ansioso por teléfono.

—Escuche bien, señor Calloway. Sabra no puede seguir hablando. Tiene una contracción. ¿Dónde está el médico que se nos prometió? —Miró a través de la luna del escaparate—. Sí, ya lo veo. Por supuesto que le dejaré entrar.

Colgó el auricular de un golpe y dejó de nuevo el teléfono en el mostrador. Se dirigió entonces hacia la puerta pero, dándose cuenta de lo expuesto que quedaría de ese modo a los posibles francotiradores, volvió a esconderse detrás del expositor de aperitivos.

—Cajera, no abra hasta que esté frente a la puerta. Luego, tan pronto como haya entrado, cierre enseguida. ¿Entendido?

—¿Qué te piensas? ¿Que soy estúpida?

Donna esperó hasta que el médico empujara la puerta para darle al interruptor. En cuanto entró, todo el mundo, incluyendo el joven médico, escuchó el sonido metálico de la puerta al cerrarse de nuevo.

Nervioso, el médico miró por encima del hombro hacia la puerta antes de presentarse.

—Soy..., soy el doctor Cain. Scott.

—Acerquese.

El doctor Scott Cain era un hombre atractivo, de altura y constitución mediana, de unos treinta y cinco años de edad. Con los ojos abiertos de par en par, examinó a las personas acurrucadas formando un grupo justo delante del mostrador. Gladys le saludó con la mano.

Su mirada volvió enseguida a Ronnie.

—Estaba realizando visitas por el condado cuando me han localizado. Nunca me imaginé que me llamarían para asistir una emergencia de este tipo.

—Con todos los debidos respetos, doctor Cain, vamos mal de tiempo.

Tiel compartía la impaciencia de Doc. Era evidente que el doctor Cain estaba muy verde y que le daba pavor verse convertido en actor de aquel drama. No había llegado a comprender del todo la gravedad de la situación.

Doc preguntó si le habían informado acerca de la condición en la que se encontraba Sabra.

—Me han dicho que estaba de parto y que podría haber complicaciones.

Doc le indicó el lugar donde estaba postrada la chica.

—¿Puedo? —le preguntó Cain a Ronnie, mirando asustado la pistola.

—Abra el maletín.

—¿Qué? Ah, sí, por supuesto. —Abrió el maletín negro y lo mantuvo así para que Ronnie lo inspeccionase.

—Está bien, adelante. Ayúdela, por favor. Lo está pasando mal.

—Eso parece —observó el médico, viendo cómo Sabra sufría y gemía ante la llegada de una nueva contracción.

La chica, por instinto, buscó la mano de Tiel. Tiel se la apretó con fuerza y siguió hablándole y dándole ánimos.

—Ha llegado el médico, Sabra. A partir de ahora todo irá mejor. Te lo prometo.

Doc estaba dándole al médico la información pertinente.

—Tiene diecisiete años. Es su primer hijo. Su primer embarazo.

Tomaron posiciones junto a la chica, Doc al lado derecho de Sabra, el doctor Cain a sus pies, Tiel a su izquierda.

—¿Cuánto tiempo lleva de parto?

—Las contracciones preliminares han empezado a media tarde. Ha roto aguas hace dos horas. Después de eso, los dolores han aumentado mucho, y durante la última media hora han ido disminuyendo.

—Hola, Sabra —le dijo el médico a la chica.

—Hola.

Le puso las manos en la barriga y la examinó con presiones ligeras.

—Viene de nalgas, ¿verdad? —preguntó Doc, buscando la confirmación de su diagnóstico.

—Sí.

—¿Cree que podrá darle la vuelta al feto?

—Eso es muy complicado.

—¿Tiene experiencia en partos de nalgas?

—He ayudado en algunos.

No era la respuesta esperada. Preguntó entonces Doc:

—¿Ha traído un manguito para la tensión?

—Lo tengo en el maletín.

El médico siguió examinando a Sabra palpándole con delicadeza el abdomen. Doc le pasó el manguito, pero él se negó a cogerlo. Estaba hablándole a Sabra.

—Relájate y todo irá bien.

La chica miró de reojo a Ronnie y le sonrió esperanzada.

—¿Cuánto falta para que llegue el bebé, doctor Cain?

—Eso es difícil de saber. Los bebés tienen mentalidad propia. Preferiría llevarte al hospital mientras tengamos tiempo para ello.

—No.

—Sería mucho más seguro para ti y para el bebé.

—No puedo ir por culpa de mi padre.

—Está muy preocupado por ti, Sabra. De hecho, está fuera. Me ha dicho que te diga...

El cuerpo de la chica se contorsionó como si sufriera un espasmo muscular.

—¿Que está aquí mi padre? —Su voz era aguda, presa del pánico—. ¿Ronnie?

La noticia le había descompuesto tanto como a Sabra.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Tiel le dio unos golpecitos en el hombro para animarla.

—No pasa nada. Ahora no pienses en tu padre. Piensa en tu bebé. Sólo deberías preocuparte por eso. Todo lo demás se solucionará.

Sabra se puso a llorar.

Doc se inclinó hacia el médico y le susurró enfadado:

—¿Por qué demonios le ha dicho eso? ¿No podía esperar a darle la noticia?

El doctor Cain parecía confuso.

—Pensé que le consolaría saber que su padre estaba aquí. No han tenido tiempo de darme todos los detalles de la situación. No sabía que esta información la pondría así.

Doc parecía dispuesto a estrangularlo, y Tiel compartía su impulso.

Doc estaba tan enfadado que apenas movía los labios al hablar. Pero, consciente de que cualquier exhibición de rabia sólo serviría para empeorarlo todo, siguió centrado en el asunto que tenían entre manos.

—Cuando la exploré no había dilatado mucho. —Y, mirando el reloj, añadió—: Pero ha pasado ya una hora desde entonces.

El médico asintió.

—¿Cuánto? ¿Cuánto había dilatado, quiero decir?

—Unos ocho o diez centímetros.

—Mmmm.

—Eres un hijo de puta.

El gruñido de Doc obligó a Tiel a levantar la cabeza de repente. ¿Lo había oído bien? Pues sí, al parecer, ya que el doctor Cain lo miraba consternado.

—*¡Hijo de puta!* —repitió Doc, esta vez exclamando y rabioso.

Lo que sucedió a continuación quedó, para toda su vida, borroso en la memoria de Tiel. Nunca consiguió recordar exactamente la rápida secuencia de acontecimientos, pero cualquier evocación de los mismos siempre le daba ganas de comer chile.

## Capítulo 6

La camioneta del FBI aparcada en la franja asfaltada que se extendía entre los surtidores de gasolina y la carretera estaba equipada con toda la parafernalia de alta tecnología que solía utilizarse para destacamentos, vigilancias y comunicaciones. Se trataba de un puesto de mando móvil apostado en Midland-Odessa y que había sido movilizado y transportado a Rojo Flats. Había llegado minutos después de que aterrizara el helicóptero de Calloway procedente de Fort Worth.

En la zona no había ninguna pista de aterrizaje capaz de acomodar un aparato mayor que un avión fumigador. Por lo tanto, el jet privado de Dendy había volado hasta Odessa, donde un helicóptero chárter le esperaba para trasladarlo a continuación hasta la pequeña ciudad. A su llegada, había vociferado de camino a la furgoneta exigiendo saber exactamente cuál era la situación y cómo pensaba solucionarla Calloway.

Dendy se había convertido en un engorro y Calloway había tenido ya del millonario todo lo que era capaz de digerir antes incluso de que Dendy empezara a machacarle a preguntas sobre la maniobra que estaba en aquel momento en marcha.

Todos los ojos estaban clavados en el monitor de televisión, que transmitía la imagen en directo recogida por una cámara situada en el exterior. Vieron cómo Cain entraba en el establecimiento y permanecía allí, de espaldas a la puerta, hasta perderse de vista.

—¿Y si no funciona? —preguntó Dendy—. ¿Entonces, qué?

—El «entonces qué» dependerá del resultado.

—¿Se refiere a que no tiene un plan alternativo en marcha? ¿Qué tipo de equipo dirige usted aquí, Calloway?

Estaban a punto de enzarzarse en una pelea. Los demás hombres de la camioneta permanecieron expectantes para ver quién explotaba primero, si Dendy o Calloway. Irónicamente, fue una declaración del *sheriff* Marty Montez la que desactivó la tensión explosiva.

—Puedo ahorrarles el suspense a ambos y decirles directamente que esto no va a funcionar.

Como cortesía —y también como una inteligente maniobra diplomática —, el agente Calloway había invitado al *sheriff* del condado a unirse a aquella conferencia de alto nivel.

—Doc no es tonto —prosiguió Montez—. Enviando a ese novato no está haciendo otra cosa que buscarse problemas.

—Gracias, *sheriff* Montez —dijo secamente Calloway.

Entonces, como si la declaración de Montez hubiese sido profética, se oyeron disparos. Dos se produjeron prácticamente a la vez, y otro varios segundos más tarde. Los primeros dos los paralizaron a todos. El tercero los puso en acción. Todo el mundo se puso en movimiento y empezó a hablar a la vez.

—¡Jesús! —vociferó Dendy.

La cámara no les mostraba nada. Calloway cogió unos auriculares para poder escuchar las comunicaciones que se producían entre los hombres apostados delante del establecimiento.

—¿Han sido disparos? —preguntó Dendy—. ¿Qué sucede, Calloway? ¡Ha dicho que mi hija no correría ningún peligro!

Calloway gritó por encima del hombro:

—Siéntese y estese quieto, señor Dendy, o tendré que pedir que se lo lleven físicamente fuera de la camioneta.

—¡Si la caga, seré yo quien me lo llevaré físicamente de este *planeta*!.

A Calloway se le puso la cara blanca de rabia.

—Cuidado, señor. Acaba de amenazar la vida de un oficial federal.

Dicho esto, ordenó a uno de sus subordinados que se llevara a Dendy. Necesitaba saber de inmediato quién había disparado a quién y si alguien había resultado herido o muerto. Mientras intentaba descubrirlo, lo que menos necesitaba era a Dendy profiriéndole amenazas.

Dendy explotó:

—¡No me voy de aquí ni loco!

Calloway dejó al alterado padre en manos de sus subordinados y regresó a la consola para pedir información a los agentes apostados en el exterior.

Tiel había visto con incredulidad cómo el doctor Scott Cain extraía rápidamente una pistola de una pistolera que llevaba en el tobillo y apuntaba con ella a Ronnie.

—¡FBI! ¡Suelta el arma!

Sabra había gritado.

Doc había seguido maldiciendo a Cain.

—¡Llevamos todo este tiempo esperando un *médico*! —gritó—. ¡Y nos traen esto! ¿Qué tipo de trampa estúpida es esta?

Tiel se había puesto en pie rápidamente y suplicaba:

—No, por favor. No dispare. —Había temido ver caer a Ronnie Davison ante sus propios ojos.

—¿No es médico? —había chillado el desesperado joven—. Nos prometieron un médico. Sabra necesita un médico.

—¡Suelta el arma, Davison! ¡Ahora mismo!

—Maldita sea, qué pérdida de tiempo. —Doc tenía las venas del cuello hinchadas de rabia. De no tener una pistola en las manos, Tiel se imaginaba que Doc le habría saltado al agente al cuello—. Esta chica tiene problemas. Un problema que pone en peligro su vida. ¿Es qué no lo han entendido, federales hijos de puta?

—Ronnie, haz lo que te dice —le había implorado Tiel—. Ríndete. Por favor.

—¡No, Ronnie, no lo hagas! —había sollozado Sabra—. Papá está ahí fuera.

—¿Por qué no dejan los dos las pistolas? —Aunque el pecho de Doc seguía subiendo y bajando por la agitación, había recuperado parte de su compostura—. Nadie tiene por qué resultar herido. Podemos ser razonables, ¿no?

—No. —Ronnie, convencido, había agarrado la pistola con más fuerza si cabe—. El señor Dendy me hará arrestar. Nunca volveré a ver a Sabra.

—Tiene razón —había dicho la chica.

—Tal vez no —había observado Doc—. Tal vez...

—¡Contaré hasta tres para que sueltes el arma! —había gritado Cain. También él parecía resquebrajarse por la presión.

—¿Por qué ha tenido que hacer esto? —le había gritado Ronnie.

—Uno.

—¿Por qué nos ha engañado? Mi novia está sufriendo. Necesita un médico. ¿Por qué nos ha hecho esto?

A Tiel no le había gustado nada la forma con que el dedo índice de Ronnie se tensaba alrededor del gatillo.

—Dos.

—¡He dicho que no! No pienso entregarla al señor Dendy.

Y justo en el momento en que Cain había gritado «Tres» y disparado su arma, Tiel había cogido una lata de chiles de la estantería más cercana y le había aporreado con ella la cabeza.

Había caído como un saco de cemento. El disparo había fallado el blanco, que era el pecho de Ronnie, pero había pasado rozando a Doc antes de estamparse contra el mostrador.

De manera refleja, Ronnie había disparado su pistola. El único daño que la bala había provocado era en una plancha de yeso de la pared opuesta.

Donna había gritado, se había dejado caer al suelo y se había cubierto la cabeza con las manos, para seguir gritando a continuación. Con la confusión resultante, los mexicanos se habían puesto en pie y casi habían derribado a Vern y Gladys con sus prisas.

Tiel, percatándose de que pretendían hacerse con la pistola del agente, la había mandado debajo de un cajón congelador de un puntapié, para que no pudieran alcanzarla.

—¡Atrás! ¡Atrás! —les había gritado Ronnie. Había vuelto a disparar para subrayar sus palabras, pero apuntando muy por encima de sus cabezas. Pese a que la bala había rebotado en el aparato de aire acondicionado, había conseguido impedir su avance.

Todos se encontraban ahora como en una escena congelada, esperando a ver qué sucedía a continuación, quién sería el primero en moverse, en hablar.

Resultó ser Doc.

—Haced lo que os dice —ordenó a los dos mexicanos. Levantó la mano izquierda, con la palma vuelta hacia el exterior, indicándoles con ello que retrocedieran. Tenía la mano derecha protegiendo el hombro derecho. Y apareció sangre entre sus dedos.

—¡Está herido! —exclamó Tiel.

Sin hacerle caso, razonó con los dos mexicanos, que evidentemente se negaban a obedecer.

—Si salís corriendo por esa puerta, seréis responsables de acabar con el estómago lleno de balas.

No comprendían ni el idioma ni la lógica, sólo la insistencia de Doc de que siguieran donde estaban. Le increparon con un trepidante español. Tiel captó varias veces la palabra «madre». Y se imaginaba el resto. Sin embargo, ambos hicieron lo que Doc les pedía y se escondieron de nuevo en su puesto original, murmurando entre sí y lanzando hostiles miradas a su alrededor. Ronnie seguía apuntándoles con la pistola.

Donna alborotaba más que Sabra, que apretaba los dientes para no gritar mientras un nuevo dolor de parto se apoderaba de ella. Doc ordenó a la cajera que dejara de hacer aquel ruido tan terrible.

—No viviré para ver amanecer mañana —gemía.

—Tal como va la suerte, es probable que sí —le espetó Gladys—. Ahora, *cállese*.

Como si le hubiesen puesto un tapón en la boca, los lloros de Donna cesaron al instante.

—Cógete aquí, cariño. —Tiel había regresado a su puesto junto a Sabra y le daba la mano mientras pasaba la contracción.

—Sabía... —Sabra se interrumpió para jadear varias veces—. Sabía que papá no lo dejaría correr. Sabía que nos seguiría la pista.

—No pienses en él ahora.

—¿Cómo está? —preguntó Doc, uniéndose a ellas.

Tiel le miró el hombro.

—¿Está herido?

Él negó con la cabeza.

—La bala sólo me ha rozado. Escuece, eso es todo.

Limpió la herida con una gasa a través del desgarrón de la manga, luego la cubrió con otra gasa y le pidió a Tiel que cortará un trozo de esparadrapo. Mientras él sujetaba la gasa en su lugar, ella la aseguró con el esparadrapo.

—Gracias.

—De nada.

Hasta aquel momento, nadie había prestado atención al hombre inconsciente. Ronnie se le acercó, pasándose la pistola de una mano a otra y secándose las palmas húmedas con los pantalones vaqueros. Movié la barbilla en dirección a Cain.

—¿Y ese?

Tiel pensó que era una muy buena pregunta.

—Seguramente seré condenado a años de prisión por hacer esto.

Doc le dijo entonces a Ronnie:

—Te recomiendo que me dejes arrastrarlo hacia fuera, para que los colegas que tiene en esa condenada camioneta sepan que sigue vivo. Si piensan que está muerto o herido, la cosa podría ponerse fea, Ronnie.

Ronnie miró con aprensión hacia el exterior y se mordió el labio mientras reflexionaba sobre la sugerencia.

—No, no. —Miró a Vern y Gladys, que parecían estárselo pasando tan bien como dos personas en la montaña rusa de un parque temático—.

Busquen cinta aislante —les dijo Ronnie—. Estoy seguro de que la hay por aquí. Átenle de manos y pies.

—Lo único que conseguirás si haces eso es hundirte aún más, hijo —le aconsejó Doc con delicadeza.

—No creo que pueda hundirme ya más.

La expresión de Ronnie era de tristeza, como si sólo ahora empezara a comprender la gravedad de su situación. Lo que parecía una aventura romántica cuando él y Sabra emprendieron la huida se había convertido en un incidente con tiros y el FBI. Había cometido varios delitos. Estaba metido en un grave problema, y era lo bastante inteligente como para saberlo.

La pareja de ancianos se acercó al agente inconsciente. Cada uno de ellos lo cogió por un tobillo. Para ellos suponía un esfuerzo, pero fueron capaces de arrastrarlo lejos de la vista de Sabra, para que Tiel y Doc tuvieran más espacio para actuar.

—Me encerrarán para siempre —continuó Ronnie—. Pero quiero que Sabra esté a salvo. Quiero que su viejo prometa que le permitirá quedarse con nuestro hijo.

—Entonces, acabemos con esto aquí y ahora.

—No puedo, Doc. No sin antes tener esa garantía por parte del señor Dendy.

Doc hizo un ademán en dirección a Sabra, que jadeaba con un nuevo dolor.

—Mientras tanto...

—Nos quedamos aquí —insistió el chico.

—Pero Sabra necesita un...

—¿Doc? —dijo Tiel, interrumpiendo.

—... hospital. Y pronto. Si de verdad te preocupa el bienestar de Sabra...

—¿Doc?

Irritado por la segunda interrupción de su fervoroso discurso, se volvió abruptamente y le dijo impaciente:

—¿Qué?

—Sabra no puede ir a ninguna parte. Veo el bebé.

Doc se arrodilló entre las rodillas levantadas de Sabra.

—Gracias a Dios —dijo, con una carcajada de alivio—. El bebé se ha dado la vuelta, Sabra. Veo la cabeza. Estás coronando. En unos minutos tendrás a tu bebé.

La chica rio, una risa demasiado juvenil para encontrarse en el lío en que estaba metida.

—¿Irá bien?

—Creo que sí. —Doc miró a Tiel—. ¿Me ayudará?

—Dígame qué tengo que hacer.

—Traiga más pañales de estos y repártalos a su alrededor. Tenga una de las toallas a mano para envolver al bebé. —Se había arremangado la camisa por encima de los codos y estaba lavándose a fondo las manos y los brazos con el producto limpiador de Tiel. Luego los bañó en vinagre. Pasó las botellas a Tiel—. Utilícelo con generosidad. Pero rápido.

—No quiero que Ronnie mire —dijo Sabra.

—¿Por qué no, Sabra?.

—Lo digo en serio, Ronnie. Vete.

Doc le habló al chico por encima del hombro.

—Tal vez sea lo mejor, Ronnie.

El chico se apartó a regañadientes.

Doc encontró un par de guantes en el maletín de médico de Cain y se los puso... con mucha destreza, observó Tiel.

—Al menos ha hecho algo bien —murmuró—. Hay una caja entera. Póngase un par.

Acababa de conseguir ponerse los guantes cuando Sabra tuvo otra contracción.

—No empujes si puedes evitarlo —le instruyó Doc—. No quiero que te rasgues. —Colocó la mano derecha en el perineo para aguantar y evitar la ruptura de tejidos, mientras su mano izquierda descansaba con delicadeza en la cabeza del bebé—. Vamos, Sabra. Ahora jadea. Muy bien. Póngase detrás de ella —le dijo a Tiel—. Incorpórela un poco. Apóyete la espalda.

Ayudó a Sabra a superar el dolor y, cuando hubo acabado, la chica se relajó apoyándose en Tiel.

—Ya está casi, Sabra —le dijo Doc con mucha amabilidad. Estás haciéndolo muy bien. Estupendamente, en realidad.

Y Tiel habría dicho lo mismo de él. Era de admirar la forma tranquila y competente con que estaba manejando la situación con una chica tan asustada como Sabra.

—¿Está bien?

Tiel había estado observándolo con franca admiración, pero no se dio cuenta de que se dirigía a ella hasta que él levantó la vista.

—¿Yo? Sí, estoy bien.

—Espero que no se desmaye o algo por el estilo.

—No lo creo. —Entonces, gracias a que su compostura resultaba contagiosa, dijo—: No, no me desmayaré.

Sabra gritó, se sacudió hasta quedar medio sentada y refunfuñó por el esfuerzo de expulsar al bebé. Tiel le acarició la zona lumbar de la espalda, deseosa de poder hacer más para aliviar el sufrimiento de la chica.

—¿Está bien? —El ansioso padre estaba completamente ignorado.

—Intenta no empujar —le recordó Doc a la chica—. Todo saldrá bien sin necesidad de aplicar ningún tipo de presión adicional. Libera ese dolor. Bien, bien. La cabeza ya está casi fuera.

La contracción había dejado abatida a Sabra, cuyo cuerpo se derrumbó de agotamiento. Estaba llorando.

—Duele.

—Lo sé. —Doc hablaba con voz tranquilizadora pero, sin que lo viese Sabra, su rostro registraba una profunda preocupación. Sabra sangraba profusamente porque el tejido se había rasgado—. Vas muy bien, Sabra —dijo mintiendo—. Pronto tendrás a tu bebé.

Muy pronto, resultó ser. Después de toda la preocupación que había provocado el lento progreso del bebé, los segundos finales de la llegada al mundo fueron de pura impaciencia.

Durante la siguiente contracción, casi antes de que Tiel fuese capaz de asimilar el milagro del que estaba siendo testigo, vio emerger la cabeza del bebé bocabajo. La mano de Doc la guio sólo un momento antes de que, instintivamente, se puso de lado. Cuando Tiel vio la cara del recién nacido, sus ojos abiertos de par en par, murmuró:

—¡Oh!, Dios mío —y lo dijo literalmente, como una plegaria, porque era un fenómeno de visión sobrecogedora, casi espiritual.

Pero allí se detuvo el milagro, porque los hombros del bebé seguían sin poder salir al exterior.

—¿Qué sucede? —preguntó Ronnie al oír a Sabra gritar.

Sonó el teléfono. Donna era la que más cerca estaba y fue quien respondió.

—¿Diga?

—Sé que duele, Sabra —dijo Doc—. Con dos o tres contracciones más deberíamos estar, ¿de acuerdo?

—No puedo —sollozó ella—. No puedo.

—Ese tipo que se llama Calloway quiere saber quién ha recibido los tiros —les informó Donna. Nadie le prestó atención.

—Lo estás haciendo estupendamente —decía Doc—. Prepárate. Jadea. — Miró a Tiel de reojo y le dijo—: Ayúdela.

Tiel se puso a jadear con Sabra mientras veía las manos de Doc manipulando el cuello de la criatura. Al darse cuenta de lo alarmada que estaba, dijo Doc en voz baja:

—Sólo compruebo que el cordón no esté enrollado.

—¿Está bien? —preguntó Sabra, apretando los dientes.

—Hasta el momento es un nacimiento de libro.

Tiel oyó que Donna le decía a Calloway:

—No, no ha muerto, pero merecería estarlo, igual que el condenado loco que lo ha mandado aquí. —Y colgó el auricular de golpe.

—Ya estamos, ya estamos. Tu bebé está aquí, Sabra. —A Doc le caía el sudor desde el nacimiento del pelo hasta las cejas, pero parecía no darse cuenta de ello—. Eso es. Sigue así.

Aquel grito obsesionaría los sueños de Tiel durante muchas noches. Los hombros del bebé aparecieron rasgando más tejido. Una pequeña incisión con anestesia local le habría evitado aquella agonía, pero no había remedio.

La única bendición de todo aquello fue el bebé, que se abrió paso y acabó deslizándose en las manos de Doc.

—Es una niña, Sabra. Una belleza. Ronnie, tienes una hija.

Donna, Vern y Gladys lanzaron vítores y aplaudieron. Tiel se tragó las lágrimas mientras veía a Doc poniendo bocabajo a la recién nacida para limpiarle las vías respiratorias, ya que carecían de aspirador. Afortunadamente, la niña lloró de inmediato. Una amplia sonrisa de alivio inundó sus graves facciones.

Tiel no pudo quedarse maravillada durante mucho tiempo, pues Doc le pasó enseguida a la recién nacida. Era tan resbaladiza que temía que se le cayera de las manos. Pero consiguió acunarla y envolverla en una toalla.

—Colóquela sobre el vientre de su madre. —Tiel siguió las órdenes de Doc.

Sabra se quedó mirando asombrada a su llorona recién nacida y preguntó, con un amedrentado susurro:

—¿Está bien?

—Los pulmones lo están, desde luego —dijo Tiel, riendo. Hizo un inventario rápido—: Tiene todos los dedos en pies y manos. Parece que tendrá el pelo claro, como el tuyo.

—Ronnie, ¿quieres verla? —Sabra le llamó.

—Sí. —El chico dividía su mirada entre ella y los mexicanos, que parecían totalmente desencantados ante la maravilla del nacimiento—. Es preciosa. Bueno, quiero decir que lo será en cuanto esté limpia. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien —respondió Sabra.

Pero no era así. La sangre había saturado rápidamente los pañales. Doc intentaba cortar la hemorragia con compresas.

—Pídale a Gladys que me traiga más. Me temo que vamos a necesitarlo.

Tiel llamó a Gladys y le dio el recado. En medio minuto estaba de vuelta con una nueva bolsa de pañales.

—¿Han conseguido atar a ese hombre? —preguntó Tiel.

—Vern sigue en ello, pero no irá a ninguna parte.

Mientras Doc continuaba trabajando en Sabra, Tiel intentó distraerla.

—¿Qué nombre le pondrás a tu hija?

Sabra examinaba a la recién nacida con evidente adoración y con un amor incondicional.

—Katherine. Me gustan los nombres clásicos.

—También a mí. Y creo que Katherine le quedará muy bien.

De pronto, el rostro de Sabra se contorsionó de dolor.

—¿Qué sucede?

—Es la placenta —explicó Doc—. El lugar donde ha estado viviendo Katherine durante estos nueve meses. Tu útero se contrae para expulsarla igual que hizo con Katherine. Dolerá un poco, pero nada que ver con tener el bebé. Una vez fuera, te limpiaremos y te dejaremos descansar. ¿Qué te parece?

Y dirigiéndose a Tiel, dijo:

—Prepare, por favor, una de esas bolsas de basura. Tendré que guardar esto. La examinarán más adelante.

Hizo lo que se le pedía y volvió a distraer a Sabra hablándole del bebé. En un breve espacio de tiempo, Doc había envuelto la placenta para retirarla lejos de la vista, aunque seguía unida al bebé por el cordón. Tiel quería preguntar por qué no lo había cortado todavía, pero él seguía ocupado.

Cinco minutos después, Doc se quitó los ensangrentados guantes, cogió el manguito de la tensión arterial y se lo colocó a Sabra en el bíceps.

—¿Cómo vas?

—Bien —respondió, aunque tenía los ojos hundidos y ojerosos. Y una débil sonrisa—. ¿Qué tal lo lleva Ronnie?

—Deberías hablar con él para terminar con esto, Sabra —le dijo Tiel con delicadeza.

—No puedo. Ahora que tengo a Katherine, no puedo correr el riesgo de que mi padre la entregue en adopción.

—No puede hacerlo sin tu consentimiento.

—Mi padre puede hacer cualquier cosa.

—¿Y tu madre? ¿De parte de quién está?

—De mi padre, naturalmente.

Doc leyó el medidor y soltó el manguito.

—Trata de descansar un poco. Estoy haciendo todo lo posible para minimizar la hemorragia. Más adelante te pediré un favor, de modo que ahora me gustaría que echases un sueñecito si puedes.

—Me duele. Aquí abajo.

—Lo sé. Lo siento.

—No es culpa suya —dijo débilmente. Se le empezaron a cerrar los ojos—. Lo ha hecho superbién, Doc.

Tiel y Doc vieron que su ritmo de respiración se regularizaba y que los músculos empezaban a relajarse. Tiel separó a Katherine del pecho de su madre. Sabra murmuró unas palabras de protesta, pero estaba demasiado agotada como para oponer resistencia.

—Sólo voy a limpiarla un poco. Cuando te despiertes, podrás volver a tenerla contigo. ¿De acuerdo?

Tiel aceptó el silencio de la chica como su permiso para llevarse al bebé.

—¿Y el cordón? —le preguntó a Doc.

—He estado esperando por seguridad.

El cordón había dejado de latir y ya no tenía un aspecto fibroso, sino más fino y más plano. Lo ató por dos puntos con los cordones de zapatos, dejando un par de centímetros entre ellos. Tiel volvió la cabeza cuando lo cortó.

Con la placenta ya totalmente separada del bebé, Doc pudo cerrar herméticamente la bolsa de basura y, confiando de nuevo en la ayuda de Gladys, le pidió que guardase la bolsa en la nevera antes de seguir con los cuidados de la madre.

Tiel abrió la caja de toallitas húmedas.

—¿Cree que son seguras para el bebé?

—Me imagino. Para eso son —respondió Doc.

Pese a que Katherine hizo algún que otro puchero de protesta, Tiel la limpió con las toallitas, que olían agradablemente a polvos de talco. Sin

experiencia previa con recién nacidos, la tarea la puso nerviosa. Entre tanto, siguió controlando el suave ritmo de la respiración de Sabra.

—Aplaudo su coraje —observó—. No puedo evitar sentir compasión por ella. Por lo que sé de Russell Dendy, yo también habría huido de él.

—¿Lo conoce?

—Sólo a través de los medios de comunicación. Me pregunto si habrá contribuido a que nos mandaran a Cain.

—¿Por qué le ha dado ese golpe en la cabeza?

—¿Se refiere a mi ataque contra el agente federal? —preguntó, haciendo de ello una triste broma—. Intentaba evitar un desastre.

—Elogio su rápida intervención y me gustaría haber pensado antes en ello.

—Tenía la ventaja de estar a sus espaldas. —Envolvió a Katherine en una toalla limpia y la presionó contra su pecho para darle calor—. Me imagino que el agente Cain cumplía simplemente con su deber. Y meterse en una situación como esta exige cierto grado de valentía. Pero no quería que disparase a Ronnie. Y, con la misma intensidad, no quería tampoco que Ronnie le disparara. Actué por impulso.

—¿Y no estaba un poco cabreada al descubrir que Cain no era médico?

Tiel le miró y le lanzó una sonrisa conspiradora.

—¿Eso le pareció?

—Se lo prometo.

—¿Cómo sabía que no era médico? ¿Qué fue lo que le delató?

—Las constantes vitales de Sabra no le preocuparon de entrada. Por ejemplo, no le tomó la tensión arterial. No parecía comprender la gravedad de su estado, de modo que empecé a sospechar de él y puse a prueba sus conocimientos. Cuando el cuello de la matriz está dilatado entre ocho y diez centímetros, significa que todo está a punto. Cateó el examen.

—Es posible que a los dos nos sentencien a años de trabajos forzados en la prisión federal.

—Mejor que dejarle que disparara a Ronnie.

—Desde luego. —Miró de nuevo a la niña, dormida ahora—. ¿Y el bebé? ¿Está bien?

—Echémosle un vistazo.

Tiel puso a Katherine en su regazo. Doc desplegó la toalla y exploró a la diminuta recién nacida, cuya altura no alcanzaba ni la medida de su antebrazo. Sus manos se veían grandes y masculinas en contraste con el color

rosado del bebé, pero su forma de tocarla estaba llena de ternura, sobre todo cuando palpó el cordón que colgaba de su barriguita.

—Es pequeña —comentó—. Me imagino que unas dos semanas prematura. Pero parece estar bien. Respira correctamente. De todos modos, debería estar en la unidad de neonatos de un hospital. Es importante que la mantengamos caliente. Intente cubrirle la cabeza.

—De acuerdo.

Estaba inclinado muy cerca de Tiel. Lo bastante cerca como para que ella pudiese distinguir cada una de las pequeñas arrugas que marcaban los extremos de sus ojos. El iris era de un color gris verdoso, las pestañas muy negras, varios tonos más oscuras que su cabello castaño. La barbilla y la mandíbula mostraban una barba incipiente que resultaba muy atractiva. A través del desgarramiento de la manga de la camisa se dio cuenta de que la sangre había traspasado el improvisado vendaje.

—¿Le duele el hombro?

Cuando él levantó la cabeza sus narices estuvieron a punto de chocar. Sus miradas permanecieron unidas durante unos segundos antes de que él volviese la cabeza para observar la herida del hombro. Parecía como si se hubiese olvidado de su existencia.

—No. Está bien —y añadió rápidamente—: mejor que le ponga uno de esos pañales y luego vuelva a tapparla.

Tiel, con poca maña, le puso el pañal al bebé mientras Doc iba a comprobar el estado de la madre.

—¿Toda esta sangre...? —Tiel, expresamente, dejó la pregunta sin concluir, temerosa de que Ronnie pudiera oírla. Tiel no había presenciado nunca un nacimiento y por lo tanto no sabía si la cantidad de sangre de Sabra era normal o motivo de alarma. A ella le parecía una cantidad fuera de lo común y, si había interpretado bien la mirada de Doc, él también estaba preocupado.

—Mucha más de la que debería ser. —No alzó la voz por el mismo motivo que ella. Cubrió las piernas de Sabra con la sábana y empezó a masajear su abdomen—. A veces, así se consigue detener la hemorragia —dijo para responder la muda pregunta de Tiel.

—¿Y si no lo consigue?

—Pues no tardaremos en enfrentarnos a un problema de verdad. Me gustaría haberle podido practicar una episiotomía, haberle ahorrado todo esto.

—No se culpe de ello. En estas circunstancias y dadas las condiciones, lo ha hecho maravillosamente bien, doctor Stanwick.

## Capítulo 7

Le salió antes de que pudiera recordarlo. No pretendía que Doc se enterase de que lo había reconocido. Todavía no, al menos.

Aunque, tal vez, su desliz hubiera sido subconscientemente intencionado. Tal vez se había dirigido a él por su apellido sólo para ver su reacción. Su deseo ardiente, típico de una reportera, de provocar una respuesta a una pregunta o de conseguir una declaración inesperada la había incitado a pronunciar su nombre para ver cuál sería su reacción espontánea, improvisada y, por lo tanto, cándida.

Su reacción espontánea, improvisada y cándida fue contundente. En orden secuencial, pareció primero asombrado, luego desconcertado, luego fastidiado. Finalmente, fue como si sus ojos hubiesen desaparecido tras una persiana.

Tiel le sostuvo la mirada, prácticamente desafiándole a negar que era el doctor Bradley Stanwick. O que lo había sido en una vida anterior.

El teléfono volvió a sonar.

—Demonios —gruñó Donna—. ¿Qué les digo esta vez?

—Déjeme responder a mí. —Ronnie cogió el teléfono—. ¿Señor Calloway? No, tal y como le ha dicho la señora, no está muerto.

Sabra se había espabilado con el sonido del teléfono. Pidió que le dejaran a la niña. Tiel depositó el bebé entre sus brazos. La nueva madre arrulló a su pequeña diciéndole lo encantadora que era, lo bien que olía.

Tiel se puso en pie y estiró los músculos. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo abrumadora que había sido la última hora del parto y el nacimiento. Su fatiga no podía compararse con la de Sabra, naturalmente, pero de todos modos estaba agotada.

Físicamente agotada, pero mentalmente con las pilas cargadas. Evaluó la situación. Gladys y Vern estaban sentados juntos, en silencio, cogidos de la mano. Parecían cansados pero satisfechos, como si los acontecimientos de la noche fuesen una representación cuyo objetivo era mantenerlos entretenidos.

Donna se abrazaba su huesudo pecho con sus flacuchos brazos y jugueteaba con los pellejos que se suponía que eran los codos. El mexicano más alto y delgado estaba concentrado en Ronnie y el teléfono. Su amigo observaba al agente del FBI, que mostraba signos de estar recuperando el conocimiento.

Vern había dejado al agente Cain sentado con la espalda apoyada en el mostrador y las piernas estiradas. Le había atado los tobillos con cinta adhesiva de color plateado. Las muñecas habían seguido el mismo camino y estaban atadas a la espalda. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y de vez en cuando intentaba levantarla, gimoteando cada vez que lo hacía.

—Lo tenemos atado —le explicaba Ronnie a Calloway por teléfono—. Hemos disparado casi al mismo tiempo, pero el único herido ha sido Doc. No, está bien. —Ronnie miró a Doc de reojo y este asintió indicándole que estaba de acuerdo con sus palabras—. ¿Quién es la señorita McCoy?

—Yo —dijo Tiel, dando un paso adelante.

—¿Cómo es posible? —Ronnie le echó a Tiel una rápida mirada de perplejidad—. Supongo que no pasa nada. ¿Cómo ha sabido su nombre? De acuerdo, espere un momento. —Mientras le pasaba el auricular a Tiel, le preguntó—: ¿Es usted famosa o algo así?

—No, si lo fuera, te habrías dado cuenta. —Cogió el auricular—. ¿Diga? La voz sonaba oficial: clara y concisa.

—Señorita McCoy, le habla Bill Calloway, agente especial del FBI.

—Hola.

—¿Puede hablar libremente?

—Sí.

—¿Está sufriendo algún tipo de intimidación?

—No.

—¿Cuál es la situación ahí?

—Exactamente tal y como Ronnie se la ha descrito. El agente Cain ha estado a punto de provocar un desastre, pero hemos podido evitarlo.

Pillado por sorpresa, el agente tardó un poco en responder.

—¿Perdón?

—Enviarlo aquí ha sido muy mala idea. La señorita Dendy necesitaba un ginecólogo, no la caballería.

—No sabíamos...

—Pues ahora ya lo saben. Esto no es ni Mount Carmel ni Ruby Ridge. Y no pretendo decirle con esto cómo debe hacer su trabajo...

—¿De verdad? —dijo él, secamente.

—Pero le animo a que coopere con el señor Davison a partir de ahora.

—La política de la agencia es no negociar con quien toma rehenes.

—No se trata de terroristas —exclamó ella—. Son una pareja de niños que están confusos y asustados y que creen haber agotado todas sus alternativas.

Se oían voces alteradas de fondo. Calloway tapó el micrófono para poder hablar con alguien. El agente Cain levantó la cabeza y miró a Tiel con ojos legañosos. ¿La habría reconocido como la que le había dejado grogui con una lata de chile?

—El señor Dendy está muy preocupado por el bienestar de su hija —dijo Calloway cuando volvió a entrar en línea—. La cajera..., ¿Donna?, me ha dicho que Sabra ha dado a luz.

—Una niña. Las dos están... estables. —Tiel miró de reojo a Doc y él le respondió con un pequeño movimiento afirmativo con la cabeza—. Puede asegurarle al señor Dendy que su hija no corre un peligro inmediato.

—El *sheriff* Montez me informa de que está con ustedes un hombre del lugar que posee cierta formación médica.

—Tiene razón. Ha atendido a Sabra durante el parto y el nacimiento.

Doc entrecerró un poco los ojos..., el pistolero a punto de desenfundar.

—El *sheriff* Montez no recuerda su apellido. Dice que lo conocen por Doc.

—Correcto.

—¿Sabe cómo se apellida?

Tiel consideró las distintas alternativas. Había estado totalmente involucrada en el parto y el nacimiento, pero no sabía muy bien qué estaba sucediendo fuera. Había oído el sonido de rotores de helicópteros. Podría tratarse de aparatos de la policía y de asistencia médica, pero apostaría a que aquel ruido indicaba también la llegada de medios de comunicación procedentes de Dallas —Fort Worth, Austin, Houston—. Emisoras importantes. Cadenas de televisión.

El papel activo que estaba desempeñando en aquella historia había aumentado automáticamente su valor en los medios. No era lo que podría calificar como famosa, pero, con toda humildad, tampoco era una desconocida. Dentro de su mercado televisivo aparecía casi cada noche en las noticias. Aquellos noticiarios se emitían también en canales más locales de Texas y Oklahoma, lo que se traducía en varios millones de telespectadores. Era la chispa de sabor en una historia ya jugosa de por sí. Si a la mezcla se le añadía el ingrediente del doctor Bradley Stanwick, que había desaparecido tres años atrás de la escena pública envuelto en un gran escándalo, aparecía

un sabroso potaje que provocaría un hambriento frenesí entre las filas de la prensa.

Pero Tiel quería que fuese *su* potaje.

Si proporcionaba la identidad de Doc en aquel momento, podía despedirse de la exclusiva. Todo el mundo informaría antes que ella. La historia estaría en antena antes de que ella hubiera podido publicar su primer reportaje. Cuando llegara el momento de producir su relato personal del suceso, la reaparición del doctor Stanwick se habría convertido ya en una noticia del pasado.

Seguramente, Gully nunca la perdonaría por esta decisión, pero, de momento, conservaría su precioso bocado como su ingrediente secreto.

De modo que evitó darle a Calloway una respuesta directa.

—Doc ha hecho un trabajo increíble bajo circunstancias muy arduas. Sabra le responde favorablemente. Confía en él.

—Tengo entendido que resultó herido durante el tiroteo.

—Un rasguño, nada más. Todos estamos bien, señor Calloway —dijo, impaciente—. Estamos agotados pero, por lo demás, ilesos, y no me cansaré de subrayarlo.

—¿No está siendo forzada a decir esto?

—Por supuesto que no. Lo último que quiere Ronnie es que alguien resulte herido.

—Eso es verdad —dijo el chico—. Sólo quiero poder salir de aquí con Sabra y mi hija, libres para seguir nuestro camino.

Tiel transmitió su deseo a Calloway, quien dijo:

—Señorita McCoy, ya sabe que no puedo permitir que eso suceda.

—Siempre se pueden hacer excepciones.

—No tengo autoridad para...

—Señor Calloway, ¿está *usted* en posición de hablar libremente?

Después de una pausa momentánea, dijo:

—Adelante.

—Si ha tenido usted algún tipo de interacción con Russell Dendy comprenderá perfectamente por qué estos dos jóvenes están desesperados hasta el punto de haber hecho lo que han hecho.

—No puedo hacer comentarios sobre lo que acaba de decir, pero entiendo por dónde va.

Al parecer, Dendy podía oírle.

—Ese hombre es un tirano, sin lugar a dudas —continuó Tiel—. No sé si está al corriente de esto, pero ha dado su palabra de separar a la fuerza a la

pareja y de entregar al bebé en adopción. Lo único que quieren Ronnie y Sabra es libertad para decidir su futuro y el de su hija. Se trata de una crisis familiar, señor Calloway, y como tal debería gestionarse. A lo mejor el señor Dendy consentiría la actuación de un mediador que les ayudara a solucionar sus diferencias y alcanzar un acuerdo.

—Ronnie Davison tiene aún muchas cosas por las que responder, señorita McCoy. Atraco a mano armada, para empezar.

—Estoy segura de que Ronnie está dispuesto a aceptar la responsabilidad de sus acciones.

—Déjeme hablar con él. —Ronnie le cogió el auricular—. Escuche, señor Calloway, no soy un delincuente. No lo he sido hasta hoy, quiero decir. Ni siquiera me han puesto nunca una multa por exceso de velocidad. Pero no pienso permitir que el señor Dendy dicte el futuro de mi hija. En la situación en la que me encuentro, no veo otra manera de alejarme de él.

—Cuéntale lo que hemos decidido, Ronnie —gritó Sabra.

La miró, allí tendida con la recién nacida entre sus brazos, y su rostro adquirió una expresión de dolor.

—Hable con el padre de Sabra, señor Calloway. Convénzale de que nos deje tranquilos. Entonces soltaré a todo el mundo.

Se quedó a la escucha por un momento y dijo:

—Sé que las dos necesitan un hospital. Cuanto antes mejor. De modo que tiene una hora para darme la respuesta. —Otra pausa—. ¿O qué? —dijo, evidentemente repitiendo la pregunta de Calloway. Ronnie volvió a mirar a Sabra. Ella apretó el bebé con más fuerza contra su pecho y movió afirmativamente la cabeza—. Se lo diré en una hora. —Colgó en seco.

Entonces, dirigiéndose a los rehenes, dijo:

—Muy bien, ya lo han oído. No quiero hacer daño a nadie. Quiero que todos salgamos de aquí. De modo que pido a todo el mundo que se relaje. —Miró el reloj colgado en la pared—. Sesenta minutos y todo podría haber terminado.

—¿Y si el viejo no accede a dejaros tranquilos? —preguntó Donna—. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—¿Por qué no se sienta y se calla? —le dijo Vern, en tono quejumbroso.

—¿Por qué no se va a la mierda, viejo? —le replicó—. Usted no es mi jefe. Quiero saberlo. ¿Viviré o moriré? ¿Empezará a dispararnos de aquí a una hora?

Un incómodo silencio se apoderó del grupo. Todas las miradas se volvieron hacia Ronnie que, terco, se negaba a reconocer la pregunta muda de

aquellos ojos.

El agente Cain o bien había vuelto a quedar inconsciente, o bien no levantaba la cabeza avergonzado por su fracaso al no haber dado por concluida aquella situación. En cualquier caso, tenía todavía la barbilla pegada al pecho.

Donna seguía rascándose los codos.

Vern y Gladys mostraban signos de fatiga. Ahora que la emoción del nacimiento había acabado, su vivacidad se había desvanecido. Gladys tenía la cabeza apoyada en el hombro de Vern.

Tiel se puso en cuclillas junto a Doc, que se ocupaba de nuevo de Sabra. La chica tenía los ojos cerrados. La pequeña Katherine dormía en brazos de su madre.

—¿Cómo está?

—Esta condenada hemorragia..., y la tensión arterial está cayendo.

—¿Qué puede hacer?

—Lo he intentado con masajes en la zona del útero, pero en lugar de detener la hemorragia la ha aumentado. —Tenía la frente arrugada de pura consternación—. Hay algo más.

—¿Qué?

—La lactancia.

—¿Podría la niña empezar a mamar tan pronto?

—No. ¿Ha oído hablar alguna vez de la oxitocina?

—Supongo que es algo de mujeres.

—Es una hormona que ayuda a producir leche materna. Y sirve también para que el útero se contraiga, lo que a su vez reduce la hemorragia. La succión estimula la liberación de la hormona.

—¡Oh! Entonces, ¿por qué no ha...?

—Porque pensé que a estas alturas estaría ya de camino al hospital. Además, la chica ya tenía bastantes cosas a las que enfrentarse.

Permanecieron un momento en silencio, ambos mirando a Sabra y su preocupante palidez.

—Temo también una infección —dijo él—. Maldita sea, las dos necesitan hospitalización. ¿Qué tal es ese Calloway? ¿El típico tipo duro de pelar?

—Sólo piensa en su trabajo, eso está claro. Pero parece razonable. Dendy, por otro lado, es un maniaco delirante. Lo he oído de fondo profiriendo amenazas y ultimátums. —Miró de reojo a Ronnie, que dividía su atención entre el aparcamiento y el dúo de mexicanos, que cada vez parecían más nerviosos—. No nos ejecutará, ¿verdad?

Sin prisas por responder a su pregunta, Doc acabó de cambiar los pañales que Sabra tenía debajo de su cuerpo, se acomodó de nuevo junto al cajón frigorífico y levantó una rodilla. Apoyó en ella un codo y se pasó la mano por el pelo. En la ciudad necesitaría un buen corte. Pero en aquel entorno, ese aspecto descuidado encajaba estupendamente.

—No sé qué hará, señorita McCoy. El misterio de lo que el ser humano es capaz de infligir a sus semejantes es algo que siempre me ha fascinado y me ha repelido a la vez. No creo que el chico tenga en la cabeza ponernos en fila y empezar a matarnos, pero no hay nada que garantice que no lo haga. En cualquier caso, hablar sobre ello no influirá en el resultado.

—Una perspectiva bastante fatalista.

—La que ha preguntado ha sido usted. —Se encogió de hombros con indiferencia—. No tenemos por qué hablar de ello.

—¿Entonces de qué quiere que hablemos?

—De nada.

—Y una mierda —dijo ella, con la esperanza de sorprenderle y consiguiéndolo—. Usted quiere saber cómo lo he reconocido.

Apenas la miró, y no dijo nada. Se había construido una armadura, pero parte del trabajo de ella consistía en atravesar armaduras invisibles.

—Cuando lo vi pensé que me resultaba familiar, pero no lo ubiqué. Entonces, durante el parto, justo antes del nacimiento, caí en quién era. Creo que la pista definitiva fue su forma de tratar a Sabra.

—Tiene una memoria excelente, señorita McCoy.

—Tiel. Y tal vez mi memoria sea mejor que la del ciudadano medio. ¿Sabe? Fui yo quien llevó su noticia. —Recitó la identificación del canal de televisión para el que trabajaba.

Murmuró él una palabrota.

—¿De modo que estuvo entre las hordas de periodistas que convirtieron mi vida en un infierno?

—Soy buena en mi trabajo.

Soltó él una carcajada de desprecio.

—Estoy seguro de que lo es. —Colocó mejor sus largas piernas sin dejar de mirarla ni un instante—. ¿Le gusta lo que hace?

—Mucho.

—¿Le gusta aprovecharse de la gente que ya está en lo más bajo, exponer sus tribulaciones al escrutinio público, hacer que les resulte imposible recoger los pedazos de una vida hecha pedazos?

—¿Culpa a los medios de sus dificultades?

—En gran parte, sí.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el hospital se derrumbó bajo el peso de la mala publicidad. La mala publicidad generada y alimentada por gente como usted.

—Usted generó su propia publicidad negativa, doctor Stanwick.

Enfadado, volvió la cabeza y Tiel se dio cuenta de que le había tocado la fibra sensible.

El doctor Bradley Stanwick había sido un oncólogo de renombre que dirigía uno de los centros de tratamiento del cáncer más avanzados del mundo. Acudían al mismo pacientes de todas partes, normalmente en un último intento esperanzado de salvar la vida. Su clínica no podía salvarlos a todos, por supuesto, pero mantenía un excelente historial en cuanto a aliviar los estragos de la enfermedad y prolongar la existencia, además de proporcionar al paciente una calidad de vida que hacía que mereciese la pena vivir durante más tiempo.

De ahí la cruel ironía que se produjo cuando la joven, bella y vivaz esposa de Bradley Stanwick se vio sorprendida por un cáncer de páncreas inoperable.

Ni él ni sus brillantes colegas pudieron retardar su rápida diseminación. Semanas después del diagnóstico quedó confinada en la cama. Ella misma optó por un tratamiento agresivo con quimioterapia y radiaciones, pero los efectos secundarios fueron casi tan letales como la enfermedad que el tratamiento pretendía combatir. Su sistema inmunitario se debilitó; desarrolló una neumonía. Uno a uno, los demás sistemas empezaron a flaquear, luego a fallar.

Se negó a que le administraran analgésicos porque no quería tener los sentidos embotados. Sin embargo, durante sus últimos días de vida, su sufrimiento se hizo tan intenso que finalmente consintió en que le dieran un fármaco que ella misma podía administrarse por vía intravenosa.

Todo esto lo averiguó Tiel investigando. El doctor y la señora Bradley no se convirtieron en noticia hasta después del fallecimiento. Hasta su muerte, no fueron más que una triste estadística, las víctimas de una penosa enfermedad.

Pero después del funeral, los contrariados suegros empezaron a hacer correr el rumor de que su yerno podía haber acelerado el fallecimiento de su esposa. Concretamente, de que le había permitido quitarse la vida poniendo una dosis tan elevada en el mecanismo de administración que en realidad ella había sucumbido bajo los efectos de una cantidad letal de narcóticos. Alegaron que el motivo de querer acelerar las cosas no era otro que una cuantiosa herencia.

Tiel había considerado desde el principio que aquellas alegaciones eran pura tontería. De antemano se sabía que la esperanza de vida de la señora Bradley era cuestión de días. Un hombre que esperaba heredar una fortuna podía permitirse esperar a que la naturaleza siguiera su curso. Además, el doctor Stanwick era adinerado por derecho propio, aunque destinaba gran parte de sus ingresos a la clínica oncológica en forma de fondos para la investigación y para el cuidado de pacientes indigentes.

Aun habiéndole practicado la eutanasia a su esposa, Tiel no estaba dispuesta a tirar la primera piedra. La controversia en torno a la eutanasia la ponía en un dilema moral para el que no tenía una solución satisfactoria. En lo que a aquel tema se refería, tendía a coincidir con el orador más vehemente.

Pero, desde un punto de vista estrictamente práctico, dudaba mucho que Bradley Stanwick arriesgara su reputación, ni siquiera por su querida esposa.

Desgraciadamente para él, sus suegros insistieron hasta que la oficina del juez del distrito ordenó una investigación..., que resultó ser una pérdida de tiempo y de personal. No se encontraron pruebas que sustentaran los cargos de acto criminal que había interpuesto la familia de la fallecida. No había indicios de que el doctor Stanwick hubiera hecho alguna cosa para acelerar la muerte de su esposa. El juez del distrito declinó incluso presentar el caso al gran jurado, afirmando que no había base para ello.

Pero la historia no terminó aquí. Durante las semanas que los investigadores pasaron interrogando al doctor Stanwick, sus colegas, su personal, amigos, familia y antiguos pacientes, todos los aspectos de su vida fueron extensamente examinados y debatidos. Vivía bajo una sombra de sospecha que era especialmente incómoda, pues la mayoría de sus pacientes estaban considerados enfermos terminales.

El hospital donde ejercía su práctica se convirtió también pronto en el centro de atención. En lugar de apoyarle, los administradores votaron por unanimidad revocar sus privilegios en el centro hasta que quedara libre de toda sospecha. Bradley Stanwick, que no era tonto, sabía que nunca quedaría libre de *toda* sospecha. En cuanto se siembra una semilla de duda en la opinión pública, suele encontrar terreno fértil y florecer.

Quizá la traición definitiva llegó por parte de sus socios en la clínica que había fundado. Después de haber estado trabajando juntos durante años, de formar equipo en investigaciones y casos de estudio, de combinar sus conocimientos, habilidades y teorías, de entablar amistades además de alianzas profesionales, le pidieron la dimisión.

Vendió su parte de la clínica a sus antiguos socios, pagó la hipoteca de su finca en Highland Park por una mínima parte de su valor y, con una actitud de «Que os jodan a todos», abandonó Dallas con rumbo desconocido. Y allí terminó la historia. Si Tiel no se hubiese perdido y acabado en Rojo Flats, seguramente nunca habría vuelto a pensar en él.

Le preguntó entonces:

—¿Es Sabra la primera paciente que trata desde que abandonó Dallas?

—No es una paciente, y no la he tratado. Yo era oncólogo, no ginecólogo. Esta ha sido una situación de emergencia y he respondido a ella. Igual que lo ha hecho usted. Igual que lo ha hecho todo el mundo.

—Eso es falsa modestia, Doc. Ninguno de nosotros podría haber hecho por Sabra lo que usted ha hecho.

—Ronnie, ¿puedo beber algo? —le gritó de repente al chico.

—Claro. Por supuesto. Tal vez los demás también quieran beber alguna cosa.

Doc se inclinó para coger de la estantería una caja con botellas de agua. Después de coger dos de las botellas para él y para Tiel, pasó el resto al chico, que le pidió entonces a Donna que las repartiese.

Se bebió de un solo trago prácticamente la mitad de la botella. Tiel giró el tapón y bebió de su botella, suspirando después de beber un buen trago.

—Buena idea. ¿Intentando cambiar de tema?

—Lo ha adivinado.

—¿Ya no practica la medicina en Rojo Flats?

—Ya se lo dicho. Soy ranchero.

—Pero por aquí le conocen como Doc.

—En una pequeña ciudad, todo el mundo lo sabe todo de todos.

—Pero debe habérselo dicho a alguien. Si no, ¿cómo habría corrido la voz...?

—Mire, señorita McCoy...

—Tiel.

—No sé cómo corrió la voz de que en su día practiqué la medicina. E incluso sabiéndolo, ¿qué le importa a usted?

—Simple curiosidad.

—Ya. —Tenía la mirada fija al frente, lejos de ella—. Esto no es una entrevista. No conseguirá ninguna entrevista de mí. ¿De modo que por qué no se ahorra saliva? Tal vez la necesite después.

—Antes del..., del episodio, llevaba usted una vida muy activa. ¿No echa de menos ser el centro de las cosas?

—No.

—¿No se aburre aquí?

—No.

—¿No se siente solo?

—¿Por qué?

—¿No le falta compañía?

Él volvió la cabeza y se acomodó en su posición de tal manera que sus hombros y su torso quedaron prácticamente frente a ella.

—A veces. —Bajó la vista, la miró—. ¿Se presenta voluntaria para ayudarme al respecto?

—¡Oh!, por favor.

Y cuando ella respondió aquello, él se echó a reír, haciéndole saber que no lo había dicho en serio.

Se odiaba por haber caído en aquella trampa.

—Pensaba que estaba por encima de las majaderías sexistas.

Y de nuevo serio, le dijo:

—Y yo esperaba que en un momento como este estuviera por encima de formular preguntas, especialmente preguntas personales. Justo cuando empezaba usted a gustarme.

Curiosamente, su forma de observarla ahora, con aquella mirada intensa de querer indagar, tuvo un efecto mayor que la insinuación sexual más zalamera. Aquello era falso. Esto era real. Sentía cosquillas en el estómago.

Pero un estruendo en el otro extremo de la tienda hizo que ambos se levantaran de un salto.

## Capítulo 8

Tiel había bautizado con el nombre de Juan al mexicano más bajo y robusto. Era él quien había causado aquella conmoción. Estaba inclinado sobre el agente Cain, maldiciéndolo con ganas..., o se imaginaba que era eso lo que estaba haciendo. No dejaba de gritarle en español.

Cain gritaba todo el rato «¿Qué demonios?» y luchaba en vano por liberarse de la cinta adhesiva.

Ante la consternación de todos, Juan cogió otro trozo de cinta y le tapó la boca al agente del FBI para acallarle. Mientras, el compañero más alto de Juan disparó un corrido de palabras en español con lo que parecían reproches por el repentino ataque de Juan sobre el agente.

Ronnie, pistola en mano, gritó:

—¿Qué sucede? ¿Qué hacéis ahí? ¿Qué ha pasado, Vern?

—Maldita sea si lo sé. Estaba medio dormido. Me he despertado cuando han empezado a pelearse y a gritarse entre ellos.

—Le ha saltado encima —aportó Gladys, con sus remilgados modales—. Sin motivo aparente. No me fío de él. Ni tampoco de su amigo, la verdad.

—¿Qué pasa? —preguntó Doc.

Los mexicanos se quedaron de repente en silencio, sorprendidos de que hablara español. Juan era el que más sorprendido parecía. Volvió la cabeza y se quedó mirando fijamente a Doc. Impertérrito ante aquella mirada abrasadora, Doc repitió de nuevo la pregunta.

—*Nada* —murmuró Juan, casi para sus adentros.

Entonces Doc se levantó e intercambió miradas con el mexicano.

—¿Y bien? —preguntó Tiel.

—¿Y bien qué? Mi vocabulario en español no llega más allá de decir hola, adiós, por favor, gracias y mierda. Y nada de ello se aplica a esta situación en particular.

—¿Por qué le has saltado encima? —le preguntó Ronnie al mexicano—. ¿A ti qué te pasa?

—Está medio chiflado —dijo Donna—, eso es lo que le pasa. Lo supe en el momento en que le puse los ojos encima.

Juan respondió en español, pero Ronnie negó con la cabeza, impaciente.

—No te entiendo. Quítale eso de la boca. ¡Hazlo! —le ordenó, viendo que Juan no le obedecía de inmediato. Ronnie se hizo entender representando a modo de pantomima la acción de arrancarle la cinta a Cain, que escuchaba y observaba los sucesos con los ojos como platos y asustado.

El mexicano se agachó, tiró de un extremo de la cinta adhesiva y se la arrancó. El agente dio un brinco de dolor y luego gritó:

—¡Eres un hijo de puta!

Juan parecía satisfecho consigo mismo. Miró de reojo a su compañero y ambos se echaron a reír, como si les divirtiesen las circunstancias incómodas en las que se encontraba el agente.

—Vais a ir todos a la cárcel. Todos y cada uno. —Cain miró con odio a Tiel—. Especialmente usted. Usted es la culpable del lío en el que estamos metidos.

—¿Yo?

—Usted ha bloqueado a un oficial federal y le ha impedido llevar a cabo su deber.

—Le he impedido acabar innecesariamente con una vida humana a cambio de ganarse medallas, quedarse a gusto, o lo que sea que le motivara a entrar aquí y complicar aún más una situación ya complicada de por sí. Bajo el mismo conjunto de circunstancias, volvería a machacarle.

La mirada hostil del agente pasó de un rehén a otro, hasta aterrizar finalmente en el mexicano que le había atacado.

—No lo entiendo. ¿Qué demonios les pasa a ustedes? —Hizo un ademán en dirección a Ronnie—. El enemigo es él, no yo.

—Lo único que pretendemos es que esta situación no termine en desastre —dijo Doc.

—La única manera de que así sea es con una rendición total y con la liberación de los rehenes. La política de la agencia es de no negociar.

—Eso ya nos lo ha dicho Calloway —le explicó Tiel.

—Si Calloway me cree muerto...

—Ya le hemos contado que no lo está.

El agente se mofó de Ronnie.

—¿Y qué te hace pensar que va a creerte?

—El que yo se lo haya confirmado —dijo Tiel.

Doc, que estaba de nuevo con Sabra, dijo:

—Necesito otro paquete de pañales.

No podían ser para el bebé, pensó Tiel razonando. Katherine no podía haberse mojado tanto. Una sola mirada le bastó para comprender que los recambios eran para Sabra. La hemorragia seguía sin decrecer en intensidad. Más bien había aumentado.

—Ronnie, ¿podría coger otro paquete de pañales?

—¿Qué sucede? ¿Va algo mal con la niña?

—El bebé está bien, pero Sabra no para de sangrar.

—Dios mío.

—¿Puedo coger los pañales?

—Claro, claro —dijo, sin pensarlo.

—Vaya clase de héroe eres, Davison —observó Cain en tono sardónico—. Estás dispuesto a dejar que tu novia y el bebé mueran con tal de salvar el pellejo. Sí, para dejar que una mujer se desangre hasta la muerte se necesita ser valiente de verdad.

—Ojalá ese mexicano le hubiese dejado la boca tapada —gruñó Donna—. La tiene de lo más sucia, agente.

—Por una vez tiene usted razón, Donna —dijo Gladys. Y dirigiéndose a Cain, añadió—: Lo que ha dicho es despreciable.

—¡Ya está bien, a callarse todos! —dijo Ronnie. Todo el mundo se quedó en silencio al instante, excepto los dos mexicanos, que seguían dialogando en voz baja.

Tiel corrió al lado de Doc con el paquete de pañales desechables. Lo abrió como pudo y desplegó un pañal para dárselo. Doc se lo colocó a Sabra debajo de las caderas.

—¿Qué le ha hecho pensar en esto?

—La hemorragia traspasa las compresas enseguida. Y estos pañales están recubiertos de plástico.

La conversación era un murmullo. Ninguno de los dos quería asustar a la chica ni aturullar más a Ronnie, que no dejaba de mirar el reloj de pared colgado detrás del mostrador. La larga aguja de los minutos daba vueltas con terrible lentitud.

Doc se instaló junto a Sabra y le cogió la mano.

—Sigues sangrando un poco más de lo que me gustaría.

Los ojos de la chica se clavaron en los de Tiel, que le había posado una mano en el hombro para consolarla.

—No es necesario alarmarse. Doc piensa por adelantado. No quiere que las cosas empeoren hasta el punto de luego no poder mejorar.

—Tiene razón. —Se colocó a su lado y le habló en voz baja—. ¿Podrías, por favor, replantearte lo de ir al hospital?

—¡No!

Siguió suplicándole:

—Antes de decir que no, escúchame un minuto. Por favor.

—Por favor, Sabra. Deja que Doc se explique.

Los ojos de la chica se movieron de nuevo hacia Doc, pero lo miraron con cautela.

—No sólo pienso en ti y la pequeña —dijo—, sino también en Ronnie. Cuando antes dé todo esto por finalizado, mejor será para él.

—Mi padre lo matará.

—No, no lo hará. No, si tú y Katherine estáis a salvo.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

—No lo comprenden. Sólo simula querernos a salvo. Anoche, cuando le explicamos lo del bebé, amenazó con matarlo. Dijo que de poder, me abriría para quitármelo allí mismo y luego lo estrangularía con sus propias manos. Odia a Ronnie hasta este punto, odia que estemos juntos.

Tiel lanzó un grito sofocado. Jamás había oído una palabra de elogio sobre Russell Dendy, pero aquel testimonio de su crueldad resultaba escalofriante. ¿Cómo era posible tener tan poco corazón? Los labios de Doc quedaron reducidos a una fina línea.

—Así es mi padre —continuó Sabra—. Odia que le lleven la contraria. Nunca nos perdonará haberle desafiado. Mandará a Ronnie a la cárcel para siempre, y se asegurará de que nunca jamás yo vuelva a ver a mi niña. No me importa lo que me haga. Me da lo mismo lo que me ocurra si no puedo estar con ellos.

Agachó la cabeza y descansó la mejilla sobre la recién nacida. La pelusilla de color melocotón de la cabecita se empapó de las lágrimas que rodaban por las mejillas de Sabra.

—Los dos han sido estupendos conmigo. De verdad. Odio defraudarlos. Pero no me harán cambiar de idea. Me quedaré aquí hasta que permitan que Ronnie y yo salgamos con la promesa de mi padre de dejarnos tranquilos. Además, Doc, confío en usted más que en cualquier médico del hospital donde me mandara mi padre.

Doc se limpió el sudor de la frente con la mano y suspiró. Miró a Tiel, que se encogió de hombros, derrotada.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Haré lo que pueda.

—Eso no lo dudo. —Sabra hizo una mueca de dolor. ¿Tan mal estoy, de verdad?

—Con la hemorragia provocada por el desgarro no puedo hacer nada. Pero en cuanto a la hemorragia vaginal... ¿Te acuerdas cuando antes te dije que descansaras porque a lo mejor después te pediría que hicieses algo por mí?

—Sí.

—Bien, pues me gustaría que dieses de mamar a Katherine.

La chica miró asombrada a Tiel.

—Amamantarla hará que el útero se contraiga y reducirá la hemorragia — le explicó.

Doc sonrió a Sabra.

—¿Lista para intentarlo?

—Me imagino —respondió, aunque no parecía estar muy segura.

—Te ayudaré. —Tiel buscó las tijeras, que estaban ya limpias—. ¿Por qué no las utilizas para recortar la costura de los hombros del vestido? Así no tendrás que desnudarte y después ya lo volveremos a coser.

—Eso estaría bien. —Parecía aliviada de dejar parte de la toma de decisiones en manos de Tiel.

—Dejaré a las señoras un poco de intimidad. ¿Señorita... Tiel...?

Doc le hizo un ademán para que se pusiera en pie y mantuvieron una breve conversación privada.

—¿Sabe algo del tema?

—Ni idea. Mi madre dejó de darme el pecho cuando yo tenía tres meses. No lo recuerdo.

Él sonrió débilmente.

—Me refiero a haber estado en otro lado que no sea el receptor.

—Ya sabía a lo que se refería. Era un chiste. Pero la respuesta sigue siendo no.

—Bien, entonces Katherine será quien más sepa de las tres. Posiciónela correctamente y actuará por instinto. Al menos espero que así lo haga. Unos minutos en cada pecho.

—De acuerdo —dijo Tiel, asintiendo rápidamente.

Se arrodilló junto a Sabra y empezó a cortar con las tijeras el hombro del vestido playero.

—A partir de ahora, te sugiero que empieces a vestir partes superiores que se abrochen por delante. O algo suelto que puedas levantarte para tapar a Katherine. En una ocasión, en un vuelo largo hacia Los Angeles, me senté

junto a una madre y su bebé. Ella estuvo todo el tiempo amamantando a su hijo, y nadie excepto yo se dio cuenta. Y si yo me di cuenta fue porque iba sentada a su lado. Permaneció todo el rato tapada.

Aquella charla era intencionada, pensada para distraer a Sabra y aliviar su pudor. Cuando las costuras estuvieron cortadas, Tiel bajó uno de los lados de la parte superior del vestido.

—Ahora bájate el tirante del sujetador y la copa. Trae, ya te sujeto yo a Katherine. —Sabra miró cohibida a su alrededor—. Nadie puede verte —le garantizó Tiel.

—Lo sé. Pero me resulta extraño.

—Claro que lo es.

Cuando Sabra estuvo lista, Tiel le devolvió a Katherine. La recién nacida había estado dando grititos, pero, en el momento en que sintió la plenitud del pecho de Sabra junto a la mejilla, su boca empezó a buscar el pezón. Lo encontró, intentó aferrarse a él pero no pudo. Después de varios intentos, el bebé se puso a sollozar. Agitó las manitas cerradas en dos puños y se puso colorado.

—¿Va todo bien? —gritó Doc.

—Sí —mintió Tiel.

Sabra lloraba frustrada.

—No me sale bien. ¿Qué es lo que hago mal?

—Nada, cariño, nada —dijo Tiel, consolándola—. Katherine sabe tanto de ser bebé como tú de ser mamá. Aprenderéis juntas vuestros papeles. Esto es lo que lo hace tan maravilloso. He oído decir que el bebé intuye la frustración de su madre. Cuanto más relajada estés, más fácil resultará. Respira hondo unas cuantas veces, luego vuelve a intentarlo.

El segundo intento no fue más exitoso que el primero.

—¿Sabes qué? Creo que es la postura —observó Tiel—. Es incómoda para ti y para ella. A lo mejor podrías sentarte.

—No puedo. Me duele mucho el trasero.

—¿Y si Doc te sujetara la espalda? Te aliviaría la presión abajo y te permitiría acunar a Katherine con más comodidad.

—Entonces me verá —protestó, llorando.

—Lo arreglaré para que no te vea. Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Había visto un expositor con camisetas de recuerdo. Antes de que Ronnie tuviera tiempo incluso de preguntarle qué hacía, corrió hacia él y arrancó una. Se dio cuenta de que estaba llena de polvo, pero era inevitable. Y casi cuando iba a darse la vuelta, arrancó una segunda camiseta del expositor.

Cuando regresó con las camisetas, Katherine estaba en plena rabieta. Todos los presentes en el establecimiento mantenían un respetuoso silencio. Tiel extendió una de las camisetas de talla supergrande sobre la madre y el bebé.

—Ya está. Así no podrá ver nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Doc?

Apareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Sí?

—¿Podría colocarse detrás de Sabra y sujetarla por la espalda, tal y como yo hice durante el parto?

—Por supuesto.

Se arrodilló detrás de la chica y la ayudó a colocarse medio sentada.

—Ahora recuéstate en mi pecho. Vamos, relájate, Sabra. Ya está. ¿Estás cómoda?

—Sí, estoy bien. Gracias.

Tiel levantó un extremo de la camiseta lo suficiente para fisgonear por debajo. Katherine había dejado de llorar y había iniciado de nuevo su búsqueda instintiva.

—Ayúdala, Sabra —le instruyó en voz baja. Sabra actuó también por instinto. Con sólo una pequeña maniobra y un poco de astucia, el bebé succionó y la niña empezó a mamar con fruición.

Sabra rio encantada. También Tiel. Dejó caer la camiseta y le sonrió a Doc.

—Supongo que todo va bien.

—Son profesionales. —El elogio de Tiel generó una amplia sonrisa en los secos labios de Sabra. Tiel le preguntó—: ¿Habías pensado en darle el pecho?

—La verdad es que ni me lo había planteado. Estaba tan preocupada con que alguien descubriese el embarazo, que apenas tuve tiempo de pensar en nada más.

—Puedes probarlo, y luego, si no te funciona, puedes pasar al biberón. Alimentar con biberón no es ninguna vergüenza.

—Pero he oído decir que la lactancia materna es lo mejor para el bebé.

—Eso es lo que he oído yo también.

—¿Tiene niños?

—No.

—¿Está casada?

Parecía que Sabra hubiese olvidado la presencia de Doc. Estaba de espaldas a él, de modo que para ella era casi como un mueble. Tiel, sin embargo, lo tenía de frente y era muy consciente de que no se perdía ni una palabra.

—No. Soltera.

—¿Lo ha estado alguna vez?

Después de dudar un poco, respondió:

—Hace años. Por poco tiempo.

—¿Qué sucedió?

Su mirada gris verdosa no titubeó.

—Seguimos direcciones distintas.

—¡Oh! Qué mal.

—Sí, la verdad.

—¿Cuántos años tenía entonces?

—Era joven.

—¿Y cuántos tiene ahora?

Tiel rio nerviosa.

—Soy más mayor. Cumplí treinta y tres el mes pasado.

—Mejor que se apesure para encontrar a alguien. Si es que quiere familia, claro.

—Pareces mi madre.

—¿Quiere?

—¿Si quiero qué?

—¿Quiere tener esposo e hijos?

—Algún día. A lo mejor. He estado muy ocupada con mi carrera.

—Podría ser madre soltera.

—Me lo he planteado, pero no estoy muy segura de que fuera a querer eso para mi hijo. No lo sé todavía.

—No me imagino no querer formar una familia —dijo la chica, sonriendo con cariño a Katherine—. Ronnie y yo sólo hablamos de esto. Queremos tener una casa grande en el campo. Con muchos niños. Yo soy hija única. Ronnie tiene un hermanastro menor que él, se llevan doce años. Queremos una familia grande.

—Una ambición muy admirable.

Sin interrumpir la conversación, Doc le indicó con un movimiento de barbilla a Tiel que había llegado el momento de cambiar de lado. Tiel ayudó a Sabra, y Katherine empezó, feliz y sin dilación, a succionar el otro pecho.

Entonces, la chica les sorprendió echando la cabeza hacia atrás y preguntando:

—¿Y usted, Doc?

—¿Yo, qué?

—¿Que si está casado?

—Mi esposa murió hace tres años.

A Sabra le cambió la cara.

—¡Oh!, lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Cómo murió? Si no le importa que se lo pregunte.

Comentó lo de la enfermedad de su esposa sin mencionar el conflicto que siguió a su desaparición.

—¿Tiene hijos?

—Por desgracia, no. Justo empezábamos a hablar de iniciar una familia cuando cayó enferma. Igual que la señorita McCoy, ella tenía su carrera profesional. Era microbióloga.

—Caramba, debía de ser inteligente.

—Brillante, de hecho. —Sonrió, aunque Sabra no pudo verlo—. Mucho más inteligente que yo.

—Debían de quererse mucho.

La sonrisa fue apagándose poco a poco. Lo que Sabra no podía imaginarse, pero que Tiel sí sabía, era que aquel matrimonio había sido irregular y problemático. Durante la investigación de las circunstancias que rodearon la muerte de Shari Stanwick, se descubrió que ella había tenido un romance extramatrimonial. Bradley Stanwick conocía la infidelidad de su mujer y asumió generosamente su parte de culpa. Su horario laboral era tremendamente exigente y le mantenía alejado de casa.

Pero los dos se querían y estaban empeñados en que el matrimonio continuase adelante. Cuando se diagnosticó la enfermedad, estaban siguiendo terapia matrimonial y planeaban seguir juntos. De hecho, la enfermedad les había unido más. Al menos, fue lo que él explicó a quienes le acusaban.

Tiel se dio cuenta de que, incluso después de tanto tiempo, el recuerdo del adulterio de su esposa seguía doliéndole.

La expresión pensativa de Doc cambió en cuanto se dio cuenta de que Tiel lo miraba.

—Ya hay bastante por el momento —dijo, con más brusquedad de la que seguramente pretendía.

—De todos modos, ya ha dejado de succionar —dijo Sabra—. Creo que se ha dormido.

Mientras Sabra volvía a arreglarse la ropa, Tiel cogió a la pequeña y la cambió. Doc acomodó de nuevo a la chica y verificó el pañal que le había colocado.

—Mejor. Gracias a Dios.

Tiel acunó al bebé y le besó la cabecita antes de devolverlo a los brazos de su madre.

Sonó el teléfono. Había pasado una hora.

Todo el mundo dio un respingo y prestó atención. Aunque esperado, el sonido del teléfono resultó enervante porque representaba el curso de su futuro. Ahora que el desenlace de los acontecimientos era inminente, todos parecían aborrecer la idea de tener que oír la respuesta de Calloway a las exigencias de Ronnie. Especialmente este último, quien parecía incluso más nervioso que antes.

Miró a Sabra e intentó sonreír, aunque no pudo mantener la expresión durante mucho tiempo.

—¿Estás segura, Sabra?

—Sí, Ronnie. —Lo dijo en voz baja pero con resolución y dignidad—. Totalmente segura.

El chico se secó el sudor de las manos en el pantalón antes de coger el auricular.

—¿Señor Calloway? —Entonces, después de una pausa momentánea, exclamó—: ¡Papá!

## Capítulo 9

—¿Quién es este?

Cuando el recién llegado fue escoltado hasta la camioneta del FBI, Calloway había ignorado la maleducada pregunta de Russell Dendy y se había levantado para estrecharle la mano a aquel hombre.

—¿Señor Davison?

—Esto debe de ser una broma —había soltado Dendy con cara de asco—.

¿Quién le ha invitado?

Calloway había hecho como si Dendy no estuviese allí.

—Soy el agente especial Bill Calloway.

—Cole Davison. Me gustaría poder decir que es un placer conocerlo, señor Calloway.

A juzgar por su aspecto, se diría que Davison era un ranchero. Iba vestido con unos pantalones Levi's descoloridos y botas de vaquero. Su camisa blanca almidonada lucía cierres nacarados en lugar de botones. Al entrar en la camioneta, se había despojado educadamente de un sombrero de paja que le había dejado una marca en el pelo y una señal rosada en la frente, varios tonos más pálida que los dos tercios inferiores de su bronceado rostro. Era de complejión fuerte y caminaba con las piernas arqueadas.

Pero no era ranchero, sino el propietario de cinco restaurantes franquiciados de comida rápida, y vivía en Hera sólo para huir de «metrópolis» como Tulia y Floydada.

Calloway le había dado la bienvenida con un «Gracias por venir tan rápidamente, señor Davison».

—Habría venido independientemente de que me lo hubiese pedido o no. En cuanto me enteré de que estaba aquí mi chico, quise venir enseguida. Cuando llamó usted estaba ya saliendo por la puerta.

Dendy, que estaba furioso en un segundo plano, había agarrado a Davison por el hombro y le había obligado a volverse. Le clavó el dedo índice en la cara.

—La culpa de que mi hija esté metida en este lío es suya. Si le sucede alguna cosa, es usted hombre muerto, igual que ese bribón que ha engendrado...

—Señor Dendy —le había interrumpido Calloway, muy serio—. Estoy de nuevo a punto de hacerle desaparecer físicamente de esta camioneta. Una palabra más y lo echo.

El millonario, haciendo caso omiso de la advertencia de Calloway, había continuado con su arenga.

—Su hijo —había dicho— ha seducido a mi hija, la ha dejado embarazada y luego la ha secuestrado. A partir de ahora, la misión de mi vida será que nunca vuelva a ver la luz del día ni a respirar un ápice de libertad. Pienso asegurarme de que pase en la cárcel cada segundo de su miserable vida.

Cabe decir que Davison mantuvo su frialdad.

—Me parece, señor Dendy, que usted tiene parte de culpa en todo esto. Si no hubiese sido tan duro con estos chicos no habrían sentido la necesidad de huir. Sabe tan bien como yo que Ronnie no se llevó a la chica en contra de su voluntad. Se quieren y han huido de usted y de sus amenazas. Eso es lo que yo pienso.

—Me importa una mierda lo que usted piense.

—Pues a mí no —había dicho gritándole Calloway a Russell Dendy—. Quiero saber lo que opina el señor Davison de la situación.

—Puede llamarme Cole.

—De acuerdo, Cole. ¿Qué sabe usted de todo esto? Cualquier cosa que pueda decirnos sobre su hijo y su estado de ánimo nos resultará útil.

A lo que Dendy había dicho:

—¿Por qué no apostamos francotiradores? ¿Un equipo de fuerzas especiales? Eso sí que sería útil.

—El uso de la fuerza pondría en peligro la vida de su hija y de su bebé.

—¿Bebé? —había exclamado Davison—. ¿Ha nacido ya?

—Por lo que tenemos entendido, hace dos horas que ha tenido una niña —le había comunicado Calloway—. Nos informan de que ambas están bien.

—Nos informan —había dicho Dendy en tono de mofa—. Por lo que yo sé, mi hija está muerta.

—No está muerta. No, según la señorita McCoy.

—Tal vez estuviera hablando para salvar su propio pellejo. ¡Ese lunático podría estar apuntándola con una pistola en la cabeza!

—No creo, señor Dendy —había dicho Calloway, luchando por mantener la calma—. Y tampoco lo cree nuestro psicólogo, que ha estado escuchando

mi conversación con la señorita McCoy. Ella parece controlar perfectamente sus actos, no como una persona coaccionada en algún sentido.

—¿Quién es esta señorita McCoy? —había querido saber Davison.

Calloway se lo había explicado, y luego había observado a Davison con atención.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Ronnie?

—Anoche. Él y Sabra estaban a punto de ir a casa de los Dendy para explicarles lo del bebé.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía el embarazo?

—Unas cuantas semanas.

Dendy estaba rojo como un tomate.

—¿Y no consideró usted adecuado decírmelo?

—No, señor. Mi hijo confió en mí. No podía traicionar su confianza, aunque le animé a que se lo explicara. —Luego le había vuelto la espalda a Dendy y había dirigido a Calloway el resto de sus comentarios.

—Hoy he tenido que ir corriendo a Midkiff porque se había estropeado una freidora. No he vuelto a casa hasta última hora de la tarde. He encontrado una nota de Ronnie en la mesa de la cocina. Decía que habían venido con la esperanza de verme. Decía que habían huido juntos y que se dirigían a México. Decía que cuando supiesen dónde iban a parar, me lo harían saber.

—Me sorprende que decidieran visitarle. ¿No tenían miedo de que intentara convencerlos de que regresaran a casa?

—La verdad, señor Calloway, es que le dije a Ronnie que siempre que necesitaran mi ayuda, se la ofrecería gustoso.

Dendy había atacado tan rápidamente que nadie lo vio venir, y menos Davison. Dendy cayó con todo su peso sobre la espalda de Davison. Este se habría derrumbado hacia delante de no ser porque Calloway le cogió para evitar la caída. Ambos hombres chocaron entonces contra la pared de la camioneta, que estaba cubierta de ordenadores, monitores de televisión, videocámaras y equipos de vigilancia. El *sheriff* Montez agarró a Dendy por el cuello de la camisa y le obligó a retroceder, aplastándolo contra la otra pared.

Calloway había ordenado a uno de sus subordinados que de una vez por todas se llevara a Dendy de allí.

—¡No! —Dendy se había quedado sin aire y luchaba por respirar. Aun así, consiguió decir—: Quiero oír lo que tenga que decir. Por favor.

Algo más apaciguado, Calloway había accedido.

—Se ha terminado esta mierda, Dendy. ¿Me ha entendido?

Dendy estaba sofocado y furioso, pero asintió.

—Sí. Ya me ocuparé más tarde de este hijo de puta. Pero ahora quiero saber qué sucede.

Restaurado el orden, Calloway le había preguntado a Davison si se encontraba bien. Davison había recogido del suelo su sombrero de vaquero y lo había sacudido contra la pernera del pantalón para limpiarlo.

—No se preocupe por mí. Lo que importa son esos chicos. Y también el bebé.

—¿Cree que Ronnie venía a verlo por cuestión de dinero?

—Podría ser. Independientemente de lo que opine el señor Dendy, no les ofrecí mi ayuda para huir. De hecho, justo lo contrario. Les aconsejé que se enfrentaran a él. —Los dos padres intercambiaron miradas cargadas de intención—. De todos modos —continuó Davison—, calculo que podrían tener ahorrado algo de dinero. Ronnie trabaja, al salir del instituto, en prácticas en un campo de golf y gana para sus gastos, pero su sueldo no alcanzaría para financiar un traslado a México. Hoy no lo he visto, pero imagino qué es lo que tenía decidido.

Hizo un ademán en dirección al establecimiento, con una expresión llena de remordimiento.

—Mi chico no es un ladrón. Su madre y su padrastro han hecho un buen trabajo con él. Es un buen chaval. Supongo que estaba desesperado y quería ocuparse de Sabra y del bebé.

—Ya se ha ocupado bien de ella, sí. Le ha arruinado la vida.

Sin prestar atención a Dendy, Davison le había preguntado a Calloway:

—¿Cuál es el plan? ¿Tiene algún plan?

Calloway había puesto al corriente al padre de Ronnie Davison. Y mirando el reloj, había añadido:

—Hace cuarenta y cinco minutos nos concedió una hora para convencer al señor Dendy de que los dejara tranquilos. Quieren su palabra de que no interferirá en sus vidas, que no entregará el bebé. Que...

—¿Entregar el bebé? —Davison había mirado a Dendy con evidente repugnancia—. ¿Les ha amenazado con quitarles el bebé? —Su expresión de desdén hablaba por sí sola. Movi6 la cabeza con tristeza y se volvió hacia Calloway—: ¿Qué puedo hacer yo?

—Comprenda, señor Davison, que Ronnie tendrá que enfrentarse a cargos criminales.

—Supongo que él ya lo sabe.

—Pero cuanto antes libere a los rehenes y se rinda, mejor para él. Nadie ha resultado herido hasta el momento. Nada grave. Me gustaría que todo siguiera así, por el bien de Ronnie, así como por el de los demás.

—¿Sufrirá algún daño?

—Tiene mi palabra de que no.

—Dígame qué quiere que haga.

Aquella conversación había acabado con Cole Davison realizando una llamada al establecimiento en el momento en que expiraba el plazo.

—¡Papá! —exclamó Ronnie—. ¿Desde dónde llamas?

Tiel y Doc se habían adelantado para escuchar con detalle lo que Ronnie hablaba por teléfono. A juzgar por la reacción del chico, no esperaba que la llamada fuera de su padre.

Por lo que Gully le había contado anteriormente, Tiel sabía que estaban muy unidos. Se imaginó que Ronnie sentiría una mezcla de vergüenza y azoramiento, como experimenta cualquier niño sorprendido por un padre a quien respeta haciendo alguna cosa mal. A lo mejor el señor Davison conseguía convencer a su hijo de que entendiera el problema en el que se había metido y le influyera para dar por terminada aquella situación.

—No, papá, Sabra está bien. Ya sabes lo que siento por ella. No haría nada que le hiciese daño. Sí, ya sé que debería estar en un hospital, pero...

—Dile que no pienso abandonarte —le gritó Sabra.

—No soy sólo yo, papá. Sabra dice que no irá. —Mientras escuchaba, tenía la mirada clavada en ella y el bebé—. Parece que también está bien. La señorita McCoy y Doc se han encargado de ellas. Sí, ya sé que es muy serio.

El joven tenía las facciones tensas de tanta concentración. Tiel miró a los demás rehenes. Todos, incluyendo los mexicanos, que ni siquiera entendían el idioma, permanecían inmóviles, en silencio y alerta.

Doc sintió su mirada cuando cayó sobre él. Se encogió levemente de hombros y luego volvió de nuevo su atención a Ronnie, que sujetaba el auricular con tanta fuerza que los nudillos de la mano se le habían quedado blancos. Tenía la frente empapada de sudor. Sus dedos apretaban nerviosos la empuñadura de la pistola.

—A mí también me parece que el señor Calloway es un hombre decente, papá. Pero lo que diga o garantice carece de importancia. No huimos de las autoridades. Huimos del señor Dendy. No pensamos donar a la niña para que la adopten unos desconocidos. ¡Sí que lo haría! —subrayó el chico, con la voz rota por la emoción—. Lo *haría*.

—No lo conocen —dijo Sabra, con una voz tan rota como la de Ronnie.

—Te quiero, papá —le dijo Ronnie al auricular—. Y siento haber hecho que te avergüences de mí. Pero no puedo ceder. No hasta que el señor Dendy prometa que dejará que Sabra se quede con el bebé.

Fuera lo que fuese lo que escuchara Ronnie, le hizo mover la cabeza y sonreír con tristeza a Sabra.

—Hay una cosa más que tú, el señor Dendy, el FBI y todos los demás deberíais saber, papá. Nosotros, Sabra y yo, hicimos un pacto antes de dejar Fort Worth.

Tiel sintió una presión en el pecho.

—¡Oh!, no.

—No queremos vivir separados. Creo que sabes lo que quiero decir, papá. Si el señor Dendy no deja de controlar nuestra vida, nuestro futuro, no queremos ningún futuro.

—¡Oh!, Dios. —Doc se pasó la mano por la cara.

—Sí, papá —insistió el chico. Miraba a Sabra, quien asintió solemnemente—. No viviremos el uno sin el otro. Díselo al señor Dendy y al señor Calloway. Si no nos dejan marchar y seguir nuestro propio camino, nadie saldrá vivo de aquí.

Colgó rápidamente. Nadie se movió ni dijo nada durante unos momentos. Entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, todos empezaron a hablar a la vez. Donna se puso a gimotear. El agente Cain siguió con su letanía de «Nunca saldrás de esta». Vern le declaró su amor a Gladys, mientras esta le suplicaba a Ronnie que pensase en el bebé.

Ronnie se dirigió entonces a ella.

—Mi padre se encargará de Katherine y la criará solo. No permitirá que el señor Dendy le ponga las manos encima.

—Lo hemos decidido todo con antelación —dijo Sabra—. Anoche.

—No puedes decirlo en serio —le dijo Tiel—. No puedes.

—Sí. Es la única forma de que comprenda lo que sentimos el uno por el otro.

Tiel se arrodilló a su lado.

—Sabra, el suicidio no es una manera viable de hacer entender una cosa o de salir ganando en una discusión. Piensa en tu niña. Nunca te conocería. Ni a Ronnie.

—Igualmente, nunca sabría de nosotros. No, si mi padre se saliese con la suya.

Tiel se incorporó y se situó junto a Doc, que intentaba convencer también con urgencia a Ronnie.

—Llevándote tantas vidas por delante, la vida de Sabra, sólo conseguirías validar la baja opinión que Dendy tiene de ti. Tienes que ser más listo que él, Ronnie.

—No —dijo el chico, testarudo.

—¿Es ese el legado que quieres dejarle a tu hija?

—Lo hemos pensado mucho —dijo Ronnie—. Le dimos al señor Dendy una oportunidad para que nos aceptara y se negó. Es nuestra única salida. Lo he dicho en serio. Sabra y yo preferiríamos morir...

—No creo que estén convencidos.

—¿Qué? —Miró a Tiel, que era quien le había interrumpido. Doc se volvió también hacia ella, igualmente sorprendido por su declaración.

—Te apuesto a que piensan que estás tirándote un farol.

Antes, cuando Ronnie estaba intentando convencer a Calloway de que todos los rehenes, incluyendo el agente Cain, estaban sanos y salvos, se le había ocurrido una idea. La había aparcado temporalmente mientras ayudaba a Sabra a amamantar a su hija. Pero la idea volvía a aferrarse con fuerza a su cabeza e iba ampliándose incluso mientras la expresaba.

—Para que sientan el impacto de tu decisión, necesitan comprender que vas totalmente en serio.

—Es lo que les he dicho —dijo Ronnie.

—Pero ver es creer.

—¿Qué está sugiriendo? —dijo Doc.

—Ahí fuera están los medios de comunicación. Estoy segura de que entre ellos hay algún cámara de mi canal. Deja pasar al cámara para que te filme. —El chico la escuchaba. Ella siguió convenciéndolo—. Nosotros estamos viéndolo —dijo, haciendo un gesto hacia todos los allí congregados—. Pero por teléfono es imposible transmitir tu sinceridad. Si Calloway pudiera verte mientras le hablas, ver que Sabra está totalmente de acuerdo, entonces creo que él, tu padre y el señor Dendy darían más credibilidad a tus palabras.

—¿Se refiere a que saldría por televisión? —preguntó Donna, satisfecha con el plan.

Ronnie estaba machacándose el labio inferior con los dientes.

—¿Qué opinas, Sabra?

—No lo sé —dijo, insegura.

—Otra cosa —prosiguió Tiel—. Si el señor Dendy pudiese ver a su nieta, es posible que se retractara. Dices que le tienes más miedo a él que al FBI.

—Así es. Es mucho más despiadado.

—Pero es un ser humano. Las imágenes de Katherine podrían resultar tremendamente convincentes. Hasta ahora no ha sido más que «el bebé», un símbolo de vuestra rebelión contra él. Si la filmásemos se convertiría en algo real, podría hacer que se replantease su postura. Y con tu padre y el agente Calloway trabajando con él, creo que se debilitaría y capitularía.

—El agente Calloway no va a poner la política de la agencia en un compromiso. —Cain podría haberse ahorrado saliva, nadie hizo caso ni de él ni de su comentario.

—¿Qué me dices? —preguntó Tiel—. ¿No merece la pena intentarlo? Tú no quieres matarnos, Ronnie. Y tampoco quieres matarte a ti ni a Sabra. El suicidio es una solución permanente para un problema temporal.

—¡No voy de farol!

Tiel se aprovechó de su explosión emocional.

—¡Bien! Eso es exactamente lo que tienen que ver y oír. Utiliza el vídeo para convencerlos de que no pretendes retractarte.

El chico luchaba contra su indecisión.

—¿Qué piensas, Sabra?

—A lo mejor deberíamos probarlo, Ronnie. —Miró a la pequeña que dormía en sus brazos—. Lo que ha dicho Doc del legado que le dejamos a Katherine... Si existe otra salida a todo esto, ¿no crees que al menos merece la pena intentarlo?

Tiel contuvo la respiración. Estaba lo bastante cerca de Doc como para darse cuenta de que también él estaba tenso como la cuerda de un piano.

—Está bien —dijo escuetamente Ronnie—. Que pase un tipo de esos. Y mejor que les diga que no tiendan trampas como nos hicieron con él —dijo, señalando a Cain.

Tiel soltó el aire, temblorosa.

—Y aunque lo intentaran, yo no les dejaría. En el caso de que no haya llegado aún nadie de mi canal, esperaremos a que llegue. A menos que yo reconozca al cámará, no lo dejaremos pasar, ¿de acuerdo? Te doy mi palabra. —Se volvió hacia Cain—. ¿Cómo puedo contactar con Calloway?

—No...

—No me venga con pamplinas. ¿Qué número tiene?

## Capítulo 10

Tiel estaba lavándose el pecho con una de las toallitas de bebé cuando intuyó un movimiento a sus espaldas. Se dio rápidamente la vuelta y sería difícil afirmar quién quedó más desconcertado, si ella o Doc. Los ojos de él cayeron involuntariamente sobre su sujetador de blonda de color lila. Tiel notó que la inundaba un sofoco.

—Lo siento —murmuró él.

—Estaba hecha un asco —le explicó ella, devolviendo el tirante a su lugar para esconder su delantera. La blusa se le había quedado tiesa al secarse el líquido sanguinolento con el que se había empapado al coger a la recién nacida y apretarla contra su pecho. Doc estaba hablando con Ronnie, de modo que Tiel había aprovechado aquel momento de intimidad para quitarse la blusa y lavarse. Pero Doc había vuelto antes de lo esperado—. He pensado que era mejor que me aseara un poco antes de aparecer ante la cámara.

Tiró la toallita y cogió la camiseta sobrante que antes había arrancado del expositor. Se la puso y entonces extendió los brazos. La parte frontal de la camiseta estaba estampada con la bandera del estado de Texas y debajo de ella aparecía la palabra «HOGAR».

—No es precisamente alta costura —comentó con tristeza.

—Por aquí sí lo es.

Fue a ver a Sabra y luego se reunió otra vez con Tiel cuando esta se sentó con la espalda apoyada en el cajón frigorífico. Ella le pasó una botella de agua que él bebió sin remordimiento.

—¿Cómo está? ¿Mejor?

Doc movió la cabeza en un dudoso gesto afirmativo, pero manteniendo la frente fruncida de preocupación.

—Ha perdido mucha sangre. Ha coagulado, pero necesita unos puntos de sutura.

—¿No había sutura en el maletín de médico?

Él negó con la cabeza.

—Ya lo he mirado. De todos modos, aunque la hemorragia ha menguado, la infección me preocupa de verdad.

Sabra y el bebé dormían. Después de la conversación telefónica de Tiel con el agente Calloway para preparar la filmación, Ronnie había regresado a su puesto. Lo que más le preocupaban eran los mexicanos y Cain. Los vigilaba con atención. Vern y Gladys dormitaban con las cabezas una al lado de la otra. Donna hojeaba una revista de cotilleo, más o menos lo que debía de hacer cuando tenía poco trabajo.

De momento, todo estaba tranquilo.

—¿Y la niña? —le preguntó Tiel a Doc.

—Va aguantando. —Había auscultado a Katherine con el estetoscopio del maletín de médico—. El latido cardiaco es fuerte. Los pulmones suenan bien. Pero me sentiré mucho mejor cuando reciba cuidados neonatales de manos expertas.

—Tal vez no falte mucho para eso. Mi amigo Gully dirige nuestra sección de noticias. Lleva varias horas al corriente de que me encuentro entre los rehenes. Estoy casi segura de que el personal de nuestro canal ya está ahí fuera. Calloway está comprobándolo y me ha prometido decirme algo lo antes posible. Tengo toda la confianza depositada en la efectividad del vídeo. Esto acabará pronto.

—Eso espero —dijo él, echando una mirada de preocupación a la joven madre y a su hija.

—Ha hecho usted un trabajo estupendo, Doc. —Él la miró receloso, como a la espera de ver qué sucedía a continuación—. Lo digo sinceramente. Es usted muy bueno. A lo mejor debería haber elegido la obstetricia o la pediatría en lugar de la oncología.

—A lo mejor —dijo, triste—. Mi porcentaje de éxito en la lucha contra el cáncer no fue muy espléndido.

—Tuvo un porcentaje de éxito estupendo. Muy por encima de la media.

—Sí, bueno...

«Sí, bueno, pero no pude curar a quien de verdad importaba. A mi propia esposa». Tiel acabó mentalmente la frase por él. No tenía sentido discutir lo dignos de elogio que habían sido sus esfuerzos por conquistar la enfermedad cuando, desde su perspectiva, la única baja le había hecho perder toda la guerra.

—¿Qué fue lo que le llevó a la oncología?

Al principio no parecía dispuesto a responder. Pero al final dijo:

—Mi hermano pequeño murió de un linfoma a los nueve años.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Cuántos años tenía usted?

—Doce o trece.

—Pero su muerte tuvo un impacto duradero sobre usted.

—Recuerdo lo duro que fue para mis padres.

Había perdido a dos seres queridos a manos de un enemigo que no había podido derrotar, pensó Tiel.

—Se sintió impotente para salvar a su hermano o a su esposa —comentó en voz alta—. ¿Por eso lo dejó?

—Usted estaba allí —dijo él, secamente—. Sabe por qué lo dejé.

—Lo único que sé es que no estaba dispuesto a compartirlo con los periodistas, lo que es muy poco.

—Y seguirá siendo muy poco.

—Estaba amargado.

—Estaba cabreado. —Levantó la voz hasta el nivel de un susurro encendido, pero fue lo suficiente como para que Katherine se estremeciera en brazos de su madre.

—¿Con quién estaba cabreado? —Sabía que estaba tentando demasiado la suerte. Si le presionaba demasiado fuerte, demasiado rápido, acabaría cerrándose del todo. Pero estaba dispuesta a correr ese riesgo—. ¿Estaba enfadado con sus suegros por haberle interpuesto una alegación infundada? ¿O con sus socios por haberle retirado su apoyo?

—Estaba enfadado con todo el mundo. Con todos. Con el maldito cáncer. Con mi incompetencia.

—De modo que se limitó a tirar la toalla.

—Eso es. Pensé: «¿Y para qué sirve todo eso?».

—Ya entiendo. De modo que desapareció en esta tierra de nadie donde *realmente* podía ser útil.

El sarcasmo de sus palabras no pasó inadvertido a Doc. Sus facciones se tensaron, cada vez más molesto.

—Mire, no necesito que ni usted ni nadie analice mi decisión. Ni que la cuestione. Ni que la juzgue. Si decidí convertirme en ranchero, o en bailarina, o en holgazán, no le importa a nadie.

—Tiene razón.

—Y hablando de tópicos —añadió, con el mismo tono mordiente—, esa idea suya de la grabación...

—¿Qué le pasa?

—¿Es estrictamente en beneficio de Ronnie y Sabra?

—Naturalmente.

La miró con total desconfianza, y eso le dolió a ella. Incluso rio entre dientes, escéptico.

—Pienso que todo lo que podamos hacer para persuadir a Dendy ayudara a terminar con esta situación. —La explicación sonaba a la defensiva incluso para sus propios oídos, pero continuó de todos modos—. No tengo la impresión de que el agente Calloway se lo esté pasando bien con esta situación. Diga lo que diga Cain, Calloway parece un hombre decente que está haciendo su trabajo, pero al que no le gusta pensar en disparos y derramamiento de sangre. Creo que está dispuesto a probar y negociar un acuerdo pacífico. Simplemente he ofrecido mis servicios, que creo que facilitarán una resolución pacífica.

—Lo que también le generará un reportaje sensacional.

Su voz cálida e intuitiva, así como su penetrante mirada, la hicieron culpablemente consciente de la grabadora que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—De acuerdo, sí —admitió, incómoda—, será un gran reportaje. Pero me siento personalmente implicada con estos chicos. Les he ayudado a traer a su hija al mundo, de modo que mi idea no es del todo egoísta. No es usted objetivo, Doc. No le gustan los periodistas en general y, dada la experiencia que ha tenido con los medios, su aversión es comprensible. Pero no tengo el corazón tan frío, ni carezco de sentimientos como usted evidentemente supone. Me importa mucho lo que les suceda a Ronnie y a Sabra y a Katherine. Me importa lo que nos suceda a todos nosotros.

Después de una prolongada pausa, dijo él muy despacio:

—Eso lo creo.

Su mirada era tan penetrante como antes, pero el contenido era distinto. El calor de la vejación que la había ido sofocando se intensificó gradualmente hasta convertirse en un calor de otro estilo.

—Ha estado estupenda, ¿sabe? —dijo él—. Con Sabra. Podía haberme dejado solo. Asustarse. Vomitar. Desmayarse. Cualquier cosa. Pero ha sido una influencia tranquilizadora. Una verdadera ayuda. Gracias.

—De nada. —Rio en voz baja—. Estaba tremendamente nerviosa.

—Y yo.

—¡No! ¿De verdad? Nadie lo diría.

Él exploró su corazón, como si le hiciera una radiografía.

—Pues lo estaba. No tenía mucha experiencia en partos. Observé unos cuantos en mi época de estudiante. Asistí un par cuando estaba de residente, pero siempre en un hospital bien equipado, esterilizado, y con más médicos y enfermeras. Prácticamente había olvidado todo lo que pude aprender. Ha sido una experiencia espeluznante para mí.

Antes de volver a mirarlo, ella se quedó por un instante con la mirada perdida.

—Yo estuve nerviosa hasta el momento en que vi a la pequeña coronando. Entonces, la magia de todo aquello me superó. Fue... tremendo. —La palabra se quedaba corta para definir la memorable experiencia, pero no estaba segura de que una sola palabra fuera capaz de abarcarlo o capturar sus innumerables dimensiones—. De verdad, Doc. Tremendo.

—Sé a lo que se refiere.

Entonces, por lo que pareció un momento interminable, estuvieron mirándose fijamente.

Al final, dijo él:

—Si alguna vez vuelvo a encontrarme con un parto de urgencias...

—Ya sabe a quién llamar para ayudarlo. Socio.

Tiel extendió la mano y él se la tomó. Pero no la estrechó como para confirmar con ello la sociedad que pretendían constituir. No la soltó. La retuvo con la fuerza suficiente como para que no resultase incómodo, pero sí con la necesaria presión como para convertirlo en algo personal, casi íntimo.

Exceptuando el momento en que ella le había colocado la gasa sobre la herida del hombro —y eso había sido tan pasajero que en realidad no contaba—, era la primera vez que se tocaban. La conexión de piel contra piel resultó eléctrica. Generó un hormigueo que llevó a Tiel casi a querer retirar la mano de inmediato. O a seguir allí para siempre.

—¿Podría hacerme un favor? —le preguntó él en voz baja.

Ella asintió, sin decir nada.

—No quiero aparecer en pantalla.

Ella retiró la mano a regañadientes.

—Pero usted forma parte integral del reportaje.

—Ha dicho que el reportaje era algo secundario.

—También he admitido que era un reportaje estupendo.

—No quiero salir en pantalla —repitió—. Manténgame fuera de ella.

—Lo siento, Doc, no puedo. Ya está en ella. Está metido hasta el cuello en esta historia.

—Para los que estamos aquí sí que lo estoy. No tenía otra elección que la de verme implicado. Pero no le debo absolutamente nada a nadie de ahí fuera, y menos aún diversión a costa de mi privacidad. ¿De acuerdo?

—Veré qué puedo hacer. —La grabadora secreta pesaba cada vez más en el bolsillo del pantalón—. No puedo hablar por boca del cámara.

Le lanzó una mirada que le suplicaba que no se burlase de su inteligencia.

—Por supuesto que puede. Usted es quien manda. Manténgame lejos de la cámara. —Subrayó sus palabras, para que no hubiera malos entendidos en cuanto a su significado.

Se levantó para ir a ver cómo seguía Sabra. Cuando se alejó de ella, Tiel se preguntó si sus cumplidos y aquella manera de tomarle la mano habrían sido calculados con la intención de romper sus defensas, el estilo de un hombre guapo de camelarla. ¿Habría mostrado a propósito su lado más suave en lugar de adoptar una postura beligerante? ¿La estrategia agridulce, por decirlo de algún modo?

Se preguntó también qué haría cuando se enterara de que la cinta que estaba a punto de grabarse no sería el único vídeo que tuviera disponible cuando preparase su reportaje. Lo había grabado ya en vídeo y él no lo sabía.

Pero ya se preocuparía por esto más adelante. En aquel momento sonaba el teléfono.

Calloway se puso rápidamente en pie en cuanto se abrió la puerta de la camioneta. Entró primero el *sheriff* Montez, a quien Calloway había llegado a respetar como un hombre de ley listo, con experiencia e intuitivo. Invitó a pasar a un hombre de piernas arqueadas, barrigudo y calvo que olía igual que el paquete de Camel que asomaba por el bolsillo de su camisa.

—Me llamo Gully.

—Agente especial Calloway. —Y mientras se daban la mano, añadió—: A lo mejor tendríamos que hablar fuera. Aquí empieza a estar muy lleno.

En el interior de la camioneta había ya tres agentes del FBI además de Calloway, el psicólogo del FBI, Russell Dendy, Cole Davison, el *sheriff* Montez y el recién llegado, que dijo:

—Entonces eche a alguien, porque yo me quedo hasta que Tiel esté sana y salva.

—Usted es el jefe de redacción de informativos, ¿es eso correcto?

—Va por el medio siglo. Y esta noche he dejado mi despacho en manos de un novato inexperto con cabello decolorado y tres aretes en la ceja, un sabelotodo recién salido de la universidad con una licenciatura en televisión. —Resopló con mofa ante la presunción de que el periodismo televisivo era

algo que podía aprenderse en las aulas—. Rara vez abandono mi puesto, señor Calloway. Y nunca lo dejo en manos de incompetentes. Que lo haya hecho esta noche le da una pista de la alta estima en la que tengo a Tiel McCoy. Así que no, señor Calloway, mi culo estará permanentemente sentado en esta camioneta hasta que el asunto esté acabado. Usted es Dendy, ¿verdad? —Se volvió de pronto hacia el millonario de Fort Worth.

Dendy no se dignó ni a responder a un saludo tan brusco como aquel.

—Sólo quiero que sepa —le explicó Gully— que si algo le sucede a Tiel, le arrancaré sus malditas entrañas. Para mí, usted es la causa de todo esto. — Dejando a Dendy echando humo, Gully se dirigió de nuevo a Calloway—. Y bien, ¿qué pretende hacer Tiel? Cuando se empeña en algo, siempre lo consigue.

—He accedido a su solicitud de enviarles un cámara.

—Está fuera, equipado y dispuesto a pasar.

—Primero, necesito establecer unas cuantas reglas de juego para la grabación.

Gully entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Como cuáles?

—Esta cinta debe servir también para nuestros propósitos.

Cole Davison dio un paso al frente.

—¿Qué propósitos?

—Quiero tener una visión de todo el interior del establecimiento.

—¿Para qué?

—Estamos en punto muerto, señor Davison. Hay rehenes retenidos a punta de pistola. Necesito saber qué sucede ahí para responder en consecuencia.

—Me ha prometido que mi hijo no sufriría ningún daño.

—Y así será. Igual que los demás. Siempre que pueda evitarlo.

—Tal vez el chico se asuste si piensa que está usted concentrándose en el estado de las cosas en lugar de en su mensaje —apuntó Gully.

—Quiero saber quién es quién allí dentro. —Calloway habló con autoridad, cerrando con eso cualquier discusión sobre el tema. No le importaba si había alguien a quien no le gustaba su idea; era una condición no negociable.

—¿Es eso todo? —preguntó con impaciencia Gully.

—Eso es todo. Ahora voy a llamar a la señorita McCoy.

Gully empujó a Calloway hacia el teléfono.

—Vamos. Si estaba esperándome, ya han llegado los refuerzos.

En otras circunstancias, Calloway se habría reído ante la insolencia de aquel hombre. Pero cuando empezó a hablar con Ronnie, su voz era totalmente formal.

—Soy el agente Calloway. Déjame hablar con la señorita McCoy.

—¿Nos va a permitir rodar el vídeo?

—De eso quiero hablar con ella. Que se ponga, por favor.

En un segundo, la reportera estaba al teléfono.

—Señorita McCoy, su cámara...

—Kip —apuntó Gully.

—Kip está esperando.

—Gracias, señor Calloway.

—No estamos filmando un documental. Voy a limitar la grabación a cinco minutos. El reloj empezará a contar tan pronto el cámara cruce la puerta de la tienda. Estas serán sus instrucciones.

—Creo que serán aceptables. Ronnie y Sabra pueden transmitir su mensaje en ese tiempo.

—Voy a decirle a Kip que...

—No, no —le interrumpió ella rápidamente—. La pequeña está bien. Ya me ocuparé de que Kip le tome unos primeros planos.

—¿Insinúa que no grabe el interior de la tienda?

—Eso es. Es preciosa. Ahora está durmiendo.

—Yo... ya... —Calloway no estaba muy seguro de lo que Tiel intentaba comunicarle. Después de la debacle de Cain, no podía permitirse más errores.

—¿Qué dice? —quiso saber Gully.

—No quiere que filmemos el interior del establecimiento. —Y luego—: Señorita McCoy, voy a conectar el altavoz. —Pulsó la tecla.

—Tiel, soy Gully. ¿Cómo estás, niña?

—¡Gully! ¿Estás aquí?

—¿Puedes creerlo? Yo, que nunca me alejo más de quince kilómetros de la emisora, perdido en este país de liebres. Me he trasladado en helicóptero. El armatoste más condenadamente ruidoso en el que he tenido la desgracia de volar en mi vida. No me dejaron fumar durante el vuelo. Un día de lo más jodido. ¿Y tú cómo estás?

—Estoy bien.

—En cuanto salgas de aquí, te invito a unas margaritas.

—Te tomo la palabra.

—Calloway está confuso. ¿No quieres que Kip filme el interior de la tienda?

—Eso es.

—¿Porque espantaría a la gente?

—Posiblemente.

—Está bien. ¿Y qué tal una toma general?

—Eso es muy importante, sí.

—Entendido. Una toma general, pero que nadie se dé cuenta de ello. Simulando que son primeros planos. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Siempre puedo contar contigo, Gully. Estaremos esperando a Kip. — Colgó.

—Ya la ha oído —dijo Gully, dirigiéndose a la puerta de la camioneta para dar órdenes al fotógrafo que aguardaba en el exterior—. Tendrá su toma del interior, señor Calloway, pero por la razón que sea, Tiel no quiere que los demás sepan que se los está filmando.

## Capítulo 11

Tiel se miró en el espejito que llevaba en el bolso, pero lo cerró sin retocarse.

Pensó que cuanto más desarreglada estuviera, mayor impacto tendría el vídeo. La única concesión que haría sería la de cambiar la blusa manchada por la camiseta. Si los telespectadores la veían como siempre —bien peinada, bien vestida y maquillada—, el vídeo perdería parte de su vigor.

Quería que fuese un gran golpe. No sólo para los telespectadores en sus casas, sino también para los poderes fácticos del canal de televisión. Se le había presentado aquella oportunidad y quería capitalizarla. Pese a que ya tenía un trabajo maravilloso y era muy respetada por su instinto periodístico y sus conocimientos, su carrera daría un giro drástico si conseguía el codiciado puesto de presentadora de *Nine Live*.

El magacín diario de noticias llevaba meses en fase de planificación. Al principio se creía que era sólo un rumor, el sueño imposible de la directiva de la emisora, algo en su lista de deseos para un futuro inconcreto.

Pero por fin parecía que acabaría haciéndose realidad. El programa de media hora saldría al aire entre *Jeopardy!* y la primera edición de las noticias de la noche. Los directores artísticos empezaban a presentar diseños a revisión. Se habían celebrado reuniones para discutir el concepto del programa, su profundidad y su enfoque. El departamento de promociones estaba trabajando en un logotipo exclusivo y fácilmente identificable. Se había cerrado el presupuesto para llevar a cabo una campaña publicitaria a gran escala. *Nine Live* sería pronto una realidad.

Tiel quería que fuese su realidad, su futuro.

Aquel reportaje beneficiaba sus oportunidades de conseguir el puesto. Aquella situación se convertiría al día siguiente en una gran noticia y seguramente continuaría siéndolo durante unos días. Los reportajes de seguimiento sobre los implicados aparecerían indefinidamente y las posibilidades serían interminables: cómo iba Katherine; el juicio y la sentencia de Ronnie; el punto muerto entre Davison y Dendy: una retrospectiva un año después.

Podría entrevistar al agente especial Calloway, a los Dendy, al padre de Ronnie y al *sheriff* Montez. Y al esquivo doctor Bradley Stanwick.

Por supuesto, quedaba por ver si Doc accedería a una entrevista, pero todo era posible y Tiel era optimista por naturaleza.

Durante los días y las semanas siguientes, sería el foco de atención de los medios de comunicación. Sin duda alguna, recibiría también mucha cobertura en las revistas y los periódicos. La emisora de televisión se beneficiaría de su exposición a nivel nacional. Los índices de audiencia subirían como la espuma. Sería la niña mimada de la sala de prensa y su popularidad se extendería hasta los despachos alfombrados de las plantas superiores.

Te corroerá la envidia, Linda Harper.

Ronnie interrumpió sus ensoñaciones.

—¿Señorita McCoy? ¿Es él?

El responsable de filmar el vídeo se materializó entre las sombras que había más allá de los surtidores de gasolina. El peso de la cámara le forzaba el brazo derecho, pero era también como una extensión del mismo. Rara vez se le veía sin ella.

—Sí, es Kip.

Ensayó mentalmente lo que iba a decir como introducción. «Les habla Tiel McCoy desde el interior de un supermercado en Rojo Flats, Texas, donde desde hace varias horas se está desarrollando un drama en el que están implicados dos adolescentes de Fort Worth. Tal y como se ha informado ya, a primera hora de hoy, Ronnie Davison y Sabra Dendy...».

¿Qué era lo que estaba sintiendo? ¿Un remordimiento de conciencia? Lo ignoró. Era su trabajo. Se dedicaba a aquello. Igual que el doctor Stanwick había aplicado sus habilidades al parto de urgencias, ella iba a aplicar ahora a la situación sus habilidades particulares. ¿Qué había de malo en ello? No era explotación.

*¡No lo era!*

Si Sam Donaldson se encontrara en el interior de un avión secuestrado y tuviese la oportunidad de brindar un reportaje a su canal, ¿rechazaría la oferta sólo porque las vidas de otras personas corrían peligro? Por supuesto que no. ¿Le diría al jefe de su canal que no quería realizar el reportaje porque suponía el riesgo de invadir la intimidad de los demás rehenes? No me hagas reír.

Era la gente quien hacía las noticias. Los reportajes más atractivos eran sobre personas cuya vida estaba en peligro. Cuanto más inmediato fuera el peligro, más apasionante era el reportaje. Ella no había creado aquella

situación para mejorar su carrera. Simplemente informaba sobre ella. Era evidente que su carrera saldría beneficiada, pero aun así, se limitaba simplemente a hacer su trabajo.

«A primera hora de hoy, Ronnie Davison y Sabra Dendy huyeron de su instituto desafiando la autoridad paterna... y acabaron desafiando la ley. Estos dos jóvenes están metidos ahora en un callejón sin salida con el FBI y otros cuerpos de seguridad. Soy uno de sus rehenes».

Kip estaba en la puerta.

—¿Cómo sé que no lleva un arma? —preguntó nervioso Ronnie.

—Es un genio de la videocámara, pero dudo que sepa por qué extremo de una pistola se dispara. —Era cierto. Kip parecía tan amenazador como un bombón. A través de un visor, era capaz de captar la iluminación y los ángulos que le proporcionarían las imágenes más bellas. Pero era tremendamente miope en lo que a mirarse en el espejo se refería. O así parecía. Siempre iba vestido de cualquier manera y despeinado.

Ronnie le indicó a Donna que activara la cerradura electrónica. Kip empujó la puerta. La puerta volvió a cerrarse a sus espaldas.

El chico dio un salto de nerviosismo al oír el sonido metálico.

—Hola, Kip.

—Tiel. ¿Estás bien? No puedes imaginarte lo tenso que está Gully.

—Ya ves que estoy bien. No perdamos tiempo. Te presento a Ronnie Davison.

Era evidente que Kip esperaba encontrarse con un tipo duro, no con el pulcro y típico chico americano que Ronnie personificaba.

—Hola.

—Hola.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Kip.

—Está allí acostada.

Miró en dirección a Sabra y levantó la barbilla a modo de saludo.

—Hola.

Katherine dormía en brazos de su madre. Tiel vio que Doc seguía sentado en el suelo con la espalda apoyada en el congelador, desde donde podía controlar fácilmente a Sabra y a la vez permanecer oculto gracias a un expositor giratorio de aperitivos.

—Mejor que empecemos —dijo Kip—. Ese Calloway no ha dejado de remarcar que esto no podía llevar más de cinco minutos.

—Tengo algunos comentarios que hacer a modo de introducción y luego filmas la declaración de Ronnie. Reservaremos a Sabra y el bebé para el final.

Kip entregó a Tiel el micrófono sin cables, se subió la cámara al hombro y se ajustó el visor al ojo. Se encendió entonces la luz instalada en la parte superior de la cámara. Tiel se colocó en el lugar que había pensado, desde donde, a sus espaldas, podía verse la práctica totalidad del establecimiento.

—¿Está bien así?

—Por mí, bien. Volumen ok. Estoy grabando.

—Les habla Tiel McCoy. —Realizó los breves comentarios de apertura que había ensayado. Su enunciado de los hechos fue apasionado pero no sensiblero, con la mezcla justa de empatía y despego profesional. Se resistió a la tentación de embellecerlos, creyendo que los comentarios de Ronnie y Sabra serían más conmovedores que cualquier cosa que ella pudiera decir.

Cuando terminó, le indicó a Ronnie que avanzara. Parecía reacio a ponerse bajo la luz del foco.

—¿Cómo sé que no van a dispararme?

—¿Mientras estás frente a la cámara y sin suponer una amenaza inminente? El FBI tiene ya suficientes problemas de relaciones públicas sin las protestas que eso acarrearía.

Comprendió la lógica de la argumentación de Tiel. Se colocó en el lugar indicado y tosió para aclararse la garganta.

—Dígame cuándo estoy en pantalla.

—Ya lo estás —dijo Kip—. Adelante.

—No he secuestrado a Sabra Dendy —espetó—. Huimos juntos. Tan simple como eso. He hecho mal atracando este establecimiento. Lo admito. —Continuó explicando que el motivo de su huida había sido la amenaza del señor Dendy de separarlos para siempre, a ellos y a su bebé—. Sabra y yo queremos casarnos y vivir con Katherine como una familia. Eso es todo. Señor Dendy, si no nos permite vivir nuestra propia vida, acabaremos con ella aquí mismo. Esta noche.

—Dos minutos —musitó Kip, recordándole el límite de tiempo.

—Muy bien, Ronnie. —Tiel le cogió el micrófono y le indicó a Kip que la siguiese hasta donde estaba acostada Sabra. Rápidamente se colocó para obtener el mejor ángulo de cámara posible.

—Asegúrese de sacar también al bebé —le dijo Sabra.

—Sí, señora. Estoy rodando.

Ronnie había adoptado el enfoque típicamente masculino: agresivo, beligerante, desafiante. La declaración de Sabra fue quizá más elocuente, pero igual y escalofriantemente resolutiva. Los ojos se le inundaron de lágrimas, pero no vaciló al concluir con:

—Es imposible que comprendas cómo nos sentimos, papá, porque tú no sabes lo que es querer a nadie. Dices que sólo quieres lo mejor para mí, pero eso no es cierto. Lo que quieres es lo mejor para ti. Estás dispuesto a sacrificarme, estás dispuesto a entregar a tu nieta en adopción, simplemente para salirte con la tuya. Es muy triste. No te odio. Me das pena.

Acabó en cuanto Kip dijo:

—Se ha acabado el tiempo. —Apagó la cámara y la bajó del hombro—. No quiero superar el límite de tiempo y ser la causa de que todo se vaya al traste.

Mientras él y Tiel se encaminaban hacia la puerta, dijo:

—Un tipo llamado Joe Marcus ha llamado varias veces a la sala de redacción.

—¿Quién?

—Joe Mar...

—¡Oh!, Joseph.

—Se puso tan pesado que al final me lo pasaron aquí.

—¿Cómo se ha enterado de esto?

—Igual que todo el mundo, supongo —respondió Kip—. Lo habrá oído en las noticias. Quería saber si estabas bien. Dijo que estaba tremendamente preocupado por ti.

En las horas que habían transcurrido desde la conversación telefónica que había mantenido con él, prácticamente se había olvidado de la mentirosa rata infiel con quien tenía planeado disfrutar de una escapada romántica. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde que Joseph Marcus la había conquistado. Apenas recordaba su aspecto.

—Si vuelve a llamar, le cuelgas el teléfono.

El imperturbable fotógrafo se encogió de hombros lacónicamente.

—Lo que tú quieras.

—Y Kip, asegúrate de decirle a Calloway y compañía que el agente Cain y todos nosotros estamos bien.

—Eso lo dirá por usted —dijo Cain—. Dile a Calloway que he dicho...

—¡Cállese! —le gritó Ronnie—. O dejaré que el mexicano vuelva a taparle la boca.

—Vete al infierno.

Kip parecía reacio a abandonar a Tiel en un entorno tan hostil como aquel, pero los focos delanteros de un coche le hicieron ráfagas un par de veces.

—Es mi señal —explicó—. Tengo que irme. Cuídate, Tiel.

Cruzó la puerta y Ronnie indicó a Donna que volviera a cerrarla.

Cain se echó a reír.

—Eres un tonto, Davison. ¿Crees que ese vídeo es coser y cantar? Lo único que ha visto Calloway con esto ha sido una manera de prolongarlo un poco más, de reunir más hombres aquí.

Los ojos de Ronnie pasaron del agente del FBI a Tiel, quien negó con la cabeza.

—No lo creo, Ronnie. Ya has hablado con Calloway. Parece sinceramente preocupado por todo el mundo. No creo que fuera a engañarte.

—Entonces usted no es más lista que él. —Cain rio con disimulo—. Calloway tiene un psicólogo ahí fuera que le apoya en la gestión de los sucesos. Saben cómo suavizar las cosas. Saben qué teclas deben pulsar. Calloway lleva veinte años en la agencia. Esta situación es como migajas para él. Podría manejarla incluso dormido.

—¿Por qué no se calla? —dijo Ronnie, rabioso.

—¿Por qué no te vas a la mierda?

Vern, que se había despertado para aparecer en televisión, dijo:

—Oiga, controle su lenguaje en presencia de mi esposa.

—No importa, Vern —dijo Gladys—. Es un cabrón.

—Tengo que ir al lavabo —gimoteó Donna.

—¡Que todo el mundo pare quieto y se calle! —gritó Ronnie.

Estaba demacrado. Había conseguido mantener la compostura delante de la cámara, pero sus nervios volvían a quebrarse. El cansancio, el nerviosismo y la pistola cargada creaban una combinación mortal.

Tiel habría estrangulado a Cain por incitarlo. Desde su punto de vista, el FBI estaría mejor sin el agente Cain.

—Ronnie, ¿qué tal si nos permites ir al baño? —sugirió. Son muchas horas para todos. Podría ayudar a relajarnos un poco mientras esperamos noticias de Calloway. ¿Qué dices?

Se lo pensó.

—Las señoras. De una en una. Los hombres no. Si tienen que ir, pueden hacerlo aquí.

Donna fue la primera en ir. Luego Gladys. Tiel fue la última. Una vez en el baño, rebobinó la cinta de la grabadora que llevaba en el bolsillo y le hizo un chequeo rápido. Se oía la voz de Sabra, apagada pero lo bastante clara, diciendo sobre su padre: «Así es mi padre. Odia que le lleven la contraria». La pasó hacia delante, volvió a pararla, pulsó la tecla «Play» y escuchó la potente voz de barítono de Doc: «... con todo el mundo. Con todo. Con el maldito cáncer. Con mi incompetencia».

¡Sí! Tenía miedo de que la cinta se hubiese terminado antes de aquella conversación confidencial. Sería un invitado fantástico para *Nine Live*. Si es que podía convencerle de que lo fuera. Tendría que conseguirlo, eso era todo. Empezaría el programa con imágenes de archivo sobre sus dificultades después de la muerte de su esposa, luego pediría una opinión actualizada sobre aquellos infelices acontecimientos que le habían cambiado la vida. Podían seguir con una discusión sobre los sueños destrozados. Podría unirse a ellos un psicólogo, también un sacerdote, para profundizar en el tema: ¿Qué le sucede al alma cuando el mundo se derrumba a tu alrededor?

Excitada ante aquella perspectiva, guardó la grabadora en el bolsillo, fue al baño y se lavó la cara y las manos.

Cuando salió, Vern se dirigía hacia el baño de caballeros para vaciar el cubo que habían utilizado los hombres. Cuando Vern pasó junto a Cain, le preguntó a Ronnie:

—¿Y él?

—No. A menos que usted se preste voluntario para bajarle la cremallera y hacer los honores.

Vern rio y continuó su camino.

—Parece que tendrá que hacérselo encima, agente.

Los mexicanos, captando el tono del intercambio, rieron ante el ridículo.

Tiel se reunió de nuevo con Doc, que tenía los ojos clavados en los dos hombres sentados junto a la nevera con la puerta de cristal hecha añicos. Tiel siguió la dirección de su pensativa mirada.

—Me pregunto sobre eso —murmuró él.

—¿El qué?

—Esos dos.

—¿Juan y Dos?

—¿Qué?

—Al más bajo lo he bautizado como Juan. Al más alto...

—Dos. Entendido.

Se volvió para seguir controlando a Sabra. Tiel lo miró perpleja al sentarse a su lado.

—¿Qué le preocupa de ellos?

Doc se encogió de hombros.

—Hay algo que no cuadra.

—¿Cómo qué?

—No lo sé exactamente. Los he visto en cuanto entraron en la tienda. Actuaban de forma extraña incluso entonces.

—¿En qué sentido?

—Estaban calentando alguna cosa en el microondas, pero tuve la impresión de que en realidad no estaban aquí para picar algo. Era como si estuviesen matando el tiempo. Esperando algo. O a alguien.

—Mmmm.

—No sé..., he tenido malas vibraciones. —Se rio de sí mismo—. Me han puesto receloso, pero ni en un millón de años habría mirado dos veces a Ronnie Davison. Esto viene a demostrar lo equivocadas que pueden ser las primeras impresiones.

—¡Oh!, no estoy tan segura al respecto. Me fijé en ti cuando entraste en la tienda.

Levantó una ceja, inquisitivo.

La franqueza de su mirada resultaba tan excitante como turbadora. Sintió un cosquilleo en el estómago.

—Tiene una silueta imponente, Doc, sobre todo con el sombrero.

—¡Oh! Sí. Siempre he sido muy alto para mi edad.

El comentario tenía la intención de ser chistoso, y funcionó al menos para que Tiel recuperara su respiración.

Entonces dijo él:

—Gracias por acceder a mi solicitud de no aparecer en la grabación.

Aquella vez, la conciencia hizo algo más que punzarle. Fue como una aguja afilada, tremendamente difícil de ignorar. Murmuró una respuesta de cortesía y luego, impaciente por cambiar de tema, hizo un ademán en dirección a Sabra.

—¿Algún cambio?

—La hemorragia ha vuelto a aumentar. No tanto como antes. Tendría que volver a darle el pecho a la niña. Ha pasado casi una hora, pero no me gusta despertarla mientras descansa.

—Seguramente estarán viendo ya el vídeo. A lo mejor sale pronto hacia el hospital.

—Es fuerte, pero está agotada.

—Igual que Ronnie. Percibo señales de desintegración. Ojalá no hubiese visto tantos dramas sobre situaciones con rehenes... de ficción y reales. Cuanto más se prolonga un hecho como este, más excitable se pone todo el mundo. Explotan los nervios. El humor está que arde.

—Luego los tiros.

—Eso ni lo mencione. —Se estremeció—. Por un instante he temido que la preocupación de Ronnie respecto a posibles francotiradores fuera válida.

¿Y si Calloway me hubiera engañado? ¿Y si resultase que lo del vídeo era un plan en el que Kip, Gully y yo éramos simples peones?

Acomodándose un poco, preguntó él:

—¿Quién es ese Gully?

Describió su relación profesional.

—Es un personaje auténtico. Apuesto a que está mostrando las uñas ahí fuera —dijo, con una sonrisa.

—¿Y quién es Joe?

La inesperada pregunta acabó con la sonrisa.

—Nadie.

—Alguien. ¿Un novio?

—Un potencial.

—¿Un novio potencial?

Espoleada por su insistencia, estuvo a punto de decirle que se ocupase de sus propios asuntos y dejara de meter las narices en sus conversaciones privadas. Pero pensando en la grabación que tenía en su poder, se replanteó su reacción. Una buena manera de ganarse su confianza sería confiando en él.

—Joseph y yo salimos varias veces. Joseph iba en camino de ganarse el título oficial de «novio», pero olvidó mencionar que era el marido de otra mujer. El terrible descubrimiento es de esta misma tarde.

—Mmmm. ¿Enfadada?

—¿Usted qué cree? Furiosa.

—¿Lo lamenta?

—¿Por él? No, en absoluto. Lo lamento por haber sido tan ingenua. —Se aporreó la palma de una mano con el puño de la otra—. A partir de ahora, todas mis futuras citas tendrán que presentar formalmente tres referencias firmadas ante notario.

—¿Y su ex?

Dos puntos para Doc. Tenía un talento natural para mitigar al instante sus sonrisas con una pregunta repentina y que le daba qué pensar.

—¿Qué hay de él? ¿Lo tiene en mente?

—No.

—¿Está segura?

—Por supuesto que estoy segura.

—No queda nada...

—No.

Frunció el entrecejo, dubitativo.

—Cuando se lo he mencionado ha puesto usted una cara graciosa de verdad.

Por dentro estaba suplicándole que no la hiciese pasar por aquello. De la misma manera, contarle la historia le serviría para matar su curiosidad.

—John Malone. Un gran nombre de la televisión. Con una cara y una voz en consecuencia. Nos conocimos a través del trabajo y nos enamoramos como locos. Los primeros meses fueron una bendición. Luego, poco después de que nos casáramos, fue contratado por un canal como corresponsal en el extranjero.

—Ah. Ya entiendo.

—No, no lo entiende —replicó ella—. En absoluto. Los celos profesionales no entraban en juego. Era una oportunidad fantástica para John y estuve francamente a favor de la misma. La idea de vivir en el extranjero resultaba excitante. Me imaginaba viviendo en París o en Londres o en Roma. Pero se tenía que elegir entre América del Sur o Bosnia. Esto fue antes de que los americanos oyeran hablar por primera vez de Bosnia. Los combates allí estaban sólo empezando.

Sin pensarlo, tiró de un hilo suelto del dobladillo de la camiseta.

—Naturalmente, le animé para que se decantara por lo más seguro, Río. Adonde, casualmente, yo podía acompañarle. No me gustaba la idea de que mi pareja me dejara en los Estados Unidos para irse a una zona en guerra, sobre todo a una zona con fronteras tan indefinidas y en la que todo el mundo estaba aún decidiendo de qué bando estaba.

»Optó por la más emocionante de las dos. Quería estar donde estuviese la acción, donde tuviera la garantía de estar más tiempo en pantalla. Discutimos sobre el tema. Apasionadamente. Al final le dije: «De acuerdo, John, está bien. Ve. Deja que te maten».

Levantó la cabeza y se encontró directamente con los ojos de Doc.

—Y eso fue lo que hizo.

La expresión de él permanecía impasible.

Tiel continuó.

—Entró en una zona donde se suponía que los periodistas no podían entrar..., lo que no me sorprendió —añadió con una risa débil—. Era aventurero por naturaleza. Cayó por la bala de un francotirador. Repatriaron su cuerpo. Lo enterré apenas tres meses después de nuestro primer aniversario de bodas.

Pasado un rato, dijo Doc:

—Eso es duro. Lo siento.

—Sí, bueno...

Permanecieron en silencio mucho tiempo. Fue Tiel quien habló por fin.

—¿Y cómo le ha ido a usted?

—¿En cuanto a qué?

—A las relaciones.

—¿Concretamente...?

—Vamos, Doc. No se haga el tonto —le reprendió en voz baja—. Yo le he sido sincera.

—Eso ha sido decisión suya.

—Lo justo es lo justo. Compártalo conmigo.

—No hay nada que compartir.

—¿Sobre usted y las mujeres? —preguntó con incredulidad—. Eso no me lo creo.

—¿Qué quiere? ¿Nombres y fechas? ¿Empezando por cuándo, señorita McCoy? ¿Cuenta el instituto, o empiezo por la universidad?

—¿Qué le parece desde la muerte de su esposa?

—¿Qué le parece meterse en sus jodidos asuntos?

—De hecho, estamos hablando de sus *jodidos* asuntos.

—No, no *estamos*. Está *usted*.

—Después del lío de su esposa, creo que le debió de resultar difícil confiar en otra mujer.

La boca de él quedó confinada a una estrecha mueca de rabia, indicando con ello que le había tocado la fibra sensible.

—No sabe nada de...

Pero Tiel nunca llegó a saber de su boca qué era lo que no sabía, pues las palabras de Doc se vieron interrumpidas por un grito ensordecedor de Donna.

## Capítulo 12

La cinta de Kip se emitía simultáneamente en dos monitores de la camioneta y todos los allí congregados se apiñaban para verla. Uno de los agentes del FBI dirigía el panel de control y congelaba la imagen siempre que Calloway se lo pedía.

—¿Dónde está mi hija? No veo a Sabra.

Calloway detectó alcohol en el aliento de Dendy. Había estado saliendo de la camioneta regularmente, «para respirar un poco de aire fresco». Pero, al parecer, había estado tomando algo más que oxígeno.

—Paciencia, señor Dendy. Estamos ansiosos por verlo todo. Necesito saber dónde está posicionada la gente. En cuanto tenga una visión general, volveremos a pasar la cinta y la pararemos en los segmentos que merezcan un estudio más detallado.

—A lo mejor Sabra ha intentado enviarme un mensaje privado. Algún tipo de señal.

—A lo mejor —fue la evasiva respuesta del agente.

Escuchó los comentarios de presentación de Tiel McCoy con la nariz a menos de un palmo de distancia del monitor en color. Cabía admitir que la chica sabía mantener la compostura. Estaba serena. Su aspecto no era el ideal porque iba vestida con una camiseta con la bandera de Texas, pero aparecía tranquila y hablaba como si estuviera en un estudio de televisión, sana y salva detrás de una mesa de despacho.

—Ese hijo de puta —soltó Dendy en cuanto Ronnie apareció en pantalla.

—Si no puede mantener la boca cerrada, señor Dendy, estaré más que feliz de podérsela cerrar yo mismo. —Cole Davison profirió la amenaza en voz baja, aunque con toda su fuerza.

—Caballeros —dijo Calloway.

Nadie más habló mientras Ronnie ofrecía su discurso. Pero el silencio se hizo aún más pesado cuando la cámara pasó a captar la escena de Sabra y la recién nacida. Las imágenes eran conmovedoras, desgarradoras. El diálogo

era turbador. Ninguna nueva madre con su bebé en brazos amenazaría con quitarse la vida.

Nadie dijo nada durante los segundos posteriores a la conclusión de la cinta. Finalmente, Gully tuvo la valentía de pronunciar en voz alta lo que todos los demás estaban pensando.

—Supongo que esto responde a la pregunta de quién es el responsable de todo esto.

Calloway levantó la mano, desanimando cualquier otro comentario editorial no solicitado sobre la culpabilidad de Russell Dendy. Se volvió hacia Cole Davison.

—¿Qué me dice de Ronnie? ¿Qué le ha parecido?

—Agotado. Asustado.

—¿Colocado?

—No, señor —respondió rápidamente Davison—. Ya se lo he dicho, es un buen chico. No va de drogas. A lo mejor una cerveza de vez en cuando. No pasa de ahí.

—Mi hija no es ninguna drogadicta —observó Dendy.

Calloway siguió centrado en Davison.

—¿Ha visto alguna cosa inusual que pudiera alertarnos de un estado de ánimo inestable?

—Mi hijo de dieciocho años está hablando de suicidarse, señor Calloway. Creo que esto viene a resumir su estado de ánimo.

Pese a que Calloway comprendía a aquel hombre a la perfección —él también tenía hijos adolescentes—, siguió presionándole para obtener más información.

—Usted lo conoce, señor Davison. ¿Cree que está marcándose un farol? ¿Le parece sincero? ¿Cree que lo haría?

El hombre luchó por encontrar una respuesta. Luego bajó la cabeza, abatido.

—No, no creo. La verdad es que no. Pero...

—¿Pero? —Calloway resaltó la conjunción—. ¿Pero qué? ¿Ha mostrado alguna vez Ronnie tendencias suicidas?

—Nunca.

—¿Rabietas violentas? ¿Un carácter incontrolable?

—No —respondió brevemente. Sin embargo, parecía incómodo con su respuesta anterior. Nervioso, miró a Calloway y a los demás, y luego volvió a fijarse en el agente—. Bien, sólo una vez. Fue un incidente aislado. Y no era más que un niño.

Calloway gruñó para sus adentros. Estaba muy seguro de no querer escuchar detalles sobre la única vez que Ronnie Davison había errado.

—Tal vez no sea relevante, seguramente no lo es, pero sería mejor que me lo contara.

Después de un prolongado e incómodo silencio, Davison empezó.

—Ronnie estaba pasando sus vacaciones de verano conmigo. Hacía poco tiempo que su madre y yo nos habíamos divorciado. Ronnie tenía problemas para adaptarse a la situación de separación. Bueno, al caso —dijo, cambiando inconscientemente el peso del cuerpo de un pie al otro—, se encaprichó de una perra que vivía unas manzanas más allá. Me explicó que su propietario era muy malo con ella, que no siempre le daba de comer, que nunca la bañaba. Cosas de ese tipo.

»Yo conocía al propietario. Era un cabrón, estaba casi siempre borracho, de modo que sabía que Ronnie me contaba la verdad. Pero no era asunto nuestro. Le dije a Ronnie que se alejara de la perra. Pero, como he dicho, había establecido un verdadero vínculo con la pobre criatura. Supongo que necesitaba compañía. O a lo mejor le gustaba el animal porque era tan miserable como él se sentía aquel verano. No lo sé. No soy psicólogo infantil.

Dendy le interrumpió.

—¿Vamos a alguna parte con esta triste historia?

Calloway le lanzó una mirada y a punto estuvo de decirle que se callase antes de volverse hacia el otro hombre.

—¿Qué pasó, Cole?

—Un día, Ronnie desató a la perra y la trajo a casa. Le dije que la devolviera de inmediato al patio del vecino. Se puso a llorar y se negó a hacerlo. Dijo que antes prefería verla muerta que viviendo de aquella manera. Le regañé y fui a buscar mis llaves con la intención de ir a devolver a la perra con la furgoneta.

»Pero cuando volví a la cocina, Ronnie se había ido, y también la perra. Para abreviar el relato, los busqué toda la noche. Vecinos y amigos anduvieron también buscándolo. A primera hora de la mañana siguiente, un rancharo los vio a él y a la perra escondidos detrás de su granero y llamó al *sheriff*.

»Cuando llegamos al granero, llamé a Ronnie y le dije que era hora de devolver la perra a su propietario y volver a casa. Él me dijo que no pensaba abandonar a la perra, que no pensaba dejar que la maltrataran de aquella manera.

Se interrumpió y se quedó con la mirada fija en el borde de su sombrero mientras lo acariciaba lentamente con los dedos.

—Cuando dimos la vuelta al granero, él estaba llorando con todas sus fuerzas. Estaba acariciando a la perra que estaba allí tendida, a su lado. Muerta. La había golpeado en la cabeza con una piedra y la había matado.

Cuando levantó los ojos para mirar a Calloway, los tenía rojos e inundados de lágrimas.

—Señor Calloway, le pregunté a mi hijo cómo podía haber hecho una cosa tan terrible. Me dijo que lo había hecho porque quería mucho a la perra. —Su potente pecho se estremeció mientras respiraba hondo—. Siento haberme enrollado tanto. Pero me ha preguntado si pensaba que podría hacer lo que dice que hará. Es la mejor forma que sé de responderle.

Calloway reprimió el poco profesional impulso de presionarle el hombro a aquel hombre en señal de comprensión. Dijo, muy tenso:

—Gracias por su aportación.

—De modo que es un caso mental —murmuró Dendy—. Tal y como venía yo siempre diciendo.

Pese a que el comentario de Dendy era innecesariamente cruel, Calloway no estaba en completo desacuerdo con la observación. Aquel incidente durante la infancia de Ronnie corría peligrosamente en paralelo con las circunstancias actuales. La historia de Cole Davison añadía un factor más a la situación, y no era un factor precisamente positivo. De hecho, ninguno de los factores había sido positivo desde el inicio de aquel incidente. Ninguno.

Se volvió hacia Gully.

—¿Y la señorita McCoy? ¿Ha visto alguna cosa que sugiera que se encuentre coaccionada? ¿Que esté intentando transmitir más de lo que dice? ¿Algún doble significado en sus palabras?

—No, que yo pueda decir. Y he interrogado a Kip en profundidad.

El agente del FBI se volvió hacia el cámara.

—¿Es todo tal y como nos han dicho? ¿No hay nadie herido?

—No, señor. El agente del FBI está atado con cinta adhesiva, pero no para de hablar, por lo que me imagino que está bien. —Miró a Dendy con aprensión, como recordando lo que les sucede a los portadores de malas noticias—. Pero la chica...

—¿Sabra? ¿Qué le pasa?

—Hay por allí muchos pañales desechables llenos de sangre. Empapados y tirados a un lado. Pero recuerdo que cuando los vi, me dije: «¡Por Dios!».

Dendy ahogó una exclamación de asco.

Calloway continuó con Kip.

—¿Se ha dado cuenta de alguna cosa fuera de lo normal en el comportamiento de su compañera o en su forma de decir las cosas?

—Tiel era la misma de siempre. Bien, excepto por su aspecto. Pero estaba fresca como una lechuga.

Finalmente, el agente se volvió hacia Dendy, que se había evitado la salida y bebía abiertamente de una petaca de bolsillo plateada.

—Ha mencionado la posibilidad de que Sabra le enviara un mensaje secreto. ¿Ha visto o ha oído alguna cosa que lo sugiera?

—¿Cómo quiere que se lo diga si sólo he visto la cinta una vez?

El hecho de que el tirano empresario se sintiese incómodo y que diese una respuesta indirecta era de por sí revelador. Dendy se veía por fin enfrentado a la horrible verdad: su mala gestión de los sucesos iniciales había incitado a Sabra y a Ronnie a tomar medidas desesperadas y la situación se había puesto terriblemente fea.

—Rebobina —le ordenó Calloway al agente responsable del panel de control—. Veamos de nuevo la cinta. Cualquiera que vea algo especial que lo diga. —La grabación volvió a empezar.

—Tiel eligió ese lugar para que pudiéramos ver a la gente que tenía detrás —observó Gully.

—Esa es la nevera con el cristal roto por el disparo —dijo uno de los otros agentes, señalando un punto de la pantalla.

—Páralo aquí.

Inclinándose hacia delante, Calloway se centró no en la reportera, sino en el grupo de gente que había detrás.

—La mujer que se apoya en el mostrador debe de ser la cajera.

Dijo el *sheriff* Montez:

—Esa es Donna, sí. Ese peinado no se presta a confusiones.

—Y ese es el agente Cain, ¿no es eso, Kip? —Calloway señaló un par de piernas, que se veían sólo de rodillas abajo.

—Sí. Está sentado con la espalda apoyada contra el mostrador.

—La cinta adhesiva plateada resalta bien sobre los pantalones negros, ¿verdad?

El pequeño comentario jocosos de Gully pasó desapercibido. Calloway estaba estudiando a la pareja de ancianos sentada en el suelo cerca de Cain.

—¿Y esos ancianos? ¿Están bien?

—Por lo que puedo decir, no se pierden detalle.

—¿Y los otros dos hombres?

—Mexicanos. Oí que uno le decía al otro algo en español, pero hablaba muy bajo y, de todos modos, no lo habría entendido.

—¡Oh!, Dios. —Calloway saltó de su asiento de una manera tan precipitada, que la silla salió corriendo hacia atrás.

—¿Qué?

Los otros agentes, respondiendo a la alarma aparente de su superior, empujaron a los demás hacia un lado y se apiñaron junto a él.

—Este. —Calloway dio golpecitos en la pantalla—. Miradlo bien y decidme si os suena. ¿Podríamos acercarlo más?

Con la ayuda de la tecnología disponible, el agente que gobernaba los controles pudo aislar la cara del mexicano. Podía agrandar la imagen, pero con ello sacrificaba la calidad y el enfoque. Los agentes miraron fijamente la imagen granulada y entonces uno de ellos volvió la cabeza y exclamó:

—¡Ah, *mierda!*

—¿Qué? —preguntó Dendy.

Davison inquirió también:

—¿Qué sucede?

Calloway los apartó a un lado y empezó a dar órdenes a sus subordinados.

—Llama a la oficina. Que todo el mundo se movilice. Informad por todas partes... Montez, sus hombres podrán ayudarnos.

—Por supuesto. ¿Pero ayudar en qué? —El *sheriff* se encogió de hombros—. Me he perdido del todo.

—Reúna todos sus hombres. Notifíquelo también a los condados vecinos. Que se pongan a buscar un camión abandonado. Un vagón de tren. Una caravana.

—¿Un camión? ¿Una caravana? ¿Qué demonios sucede? —Dendy tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la confusión que las electrizantes órdenes de Calloway habían generado en la atestada camioneta—. ¿Y qué pasa con mi hija?

—Sabra, todos, corren más peligro del que suponíamos.

Como para subrayar las inquietantes palabras de Calloway, se escuchó entonces el inconfundible sonido de un tiroteo.

El grito horripilante de Donna puso en pie a Tiel.

—¿Qué pasa ahora?

Ronnie apuntaba con la pistola y gritaba:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Voy a disparar!

Dos, el más alto de los mexicanos, había cargado contra él. Ronnie lo había detenido a punta de pistola.

—¿Dónde está el otro? —gritó frenéticamente—. ¿Dónde está tu compañero?

Sabra gritó:

—¡No! ¡No!

Tiel se volvió a tiempo de ver cómo Juan arrancaba a Katherine de los brazos de Sabra. Apretó con fuerza, con demasiada fuerza, a la recién nacida contra su pecho. El bebé empezó a llorar, pero Sabra gritaba como sólo una madre cuyo hijo está en peligro puede gritar. Intentaba ponerse en pie clavando las uñas en la pernera de los pantalones de Juan, como si pretendiese escalar por ellos.

—¡Sabra! —gritó Ronnie—. ¿Qué sucede?

—¡Ha cogido a la niña! ¡Dame a mi bebé! ¡No le hagas daño!

Tiel se abalanzó, pero Juan extendió la mano y le dio de lleno en el esternón, obligándola a retroceder.

Tiel gritó de dolor y miedo por la recién nacida.

Doc gritó protestando sin palabras y Tiel pensó que debía de tener miedo de cargar contra Juan por temor a lo que aquel pudiera hacerle a la pequeña como venganza.

—¡Dile que le devuelva al bebé! —Ronnie sujetaba la pistola entre ambas manos, apuntaba directamente al pecho de Dos y gritaba con toda la fuerza que sus pulmones le daban, como si el volumen pudiera conquistar la barrera del idioma—. ¡Dile a tu amigo que le dé al bebé o te mato!

Tal vez con la intención de ver lo angustiada que era la amenaza de Ronnie, Juan cometió el error de mirar en dirección a la parte frontal del establecimiento donde ambos estaban.

Doc aprovechó aquella décima de segundo para dar la estocada.

Pero el mexicano reaccionó al instante. Ejecutó un golpe ensayado en dirección a la barbilla que acabó haciendo mella en el estómago de Doc. Doc se dobló por la mitad y se derrumbó en el suelo, delante del congelador.

—¡Dile que le devuelva al bebé! —repitió Ronnie, con un chillido cortante como el hielo.

Donna gimoteaba:

—Moriremos todos.

Tiel le suplicaba a Juan que no le hiciese daño a Katherine.

—No le haga daño. Ella no es ninguna amenaza. Devuelva al bebé a su madre. Por favor. No haga esto, por favor.

Sabra no podía hacer prácticamente nada. Pese a ello, el instinto maternal la había llevado a ponerse en pie.

Estaba tan débil que apenas se sujetaba. Balanceándose ligeramente, con el brazo extendido, le imploró al hombre que le devolviese a su hija.

Juan y Dos se gritaban entre ellos, intentando comunicarse por encima de las demás voces, incluyendo las de Vern y Gladys, la cual no paraba de maldecir. Donna aullaba.

El agente Cain vociferaba acusaciones contra Ronnie, diciéndole que si se hubiese rendido antes nada de aquello habría sucedido, que si aquello terminaba en tragedia la culpa sería sólo suya.

El tiroteo dejó mudo a todo el mundo.

Tiel, que había estado intentando convencer a Juan, fue testigo de su mueca de dolor cuando la bala le dio. De modo reflejo, el hombre se lanzó hacia delante y se llevó la mano al muslo. Habría dejado caer a Katherine si Tiel no hubiese estado allí para cogerla.

Abrazando al bebé, dio media vuelta preguntándose cómo había conseguido Ronnie un disparo tan claro y exacto, un disparo tan bien colocado que había incapacitado a Juan dejando ileso al bebé.

Pero Ronnie seguía con la punta de la pistola apuntada en dirección al pecho de Dos y parecía tan sorprendido como los demás ante aquel disparo.

El tirador había sido Doc. Estaba tendido de espaldas al suelo y con un pequeño revolver en la mano. Tiel reconoció el arma del agente Cain, la pistola que había enviado de un puntapié debajo del congelador y que había olvidado por completo. Gracias a Dios que Doc se acordaba de ella.

Doc aprovechó el momento de silencio.

—Gladys, venga aquí.

La anciana rodeó corriendo el expositor de aperitivos.

—¿Lo ha matado?

—No.

—Muy mal.

—Coja el bebé para que Tiel pueda atender a Sabra. Yo me ocuparé de él —dijo, refiriéndose a Juan—. Ronnie, relájate. Todo está controlado. No es necesario que cunda el pánico.

—¿Está bien el bebé?

—Sí, está bien. —Gladys acercó a la pequeña hasta Ronnie para que pudiese comprobarlo él mismo—. Está muy enfadada y no la culpo por ello. —Miró de reojo a Juan, que estaba sentado en el suelo y con la mano posada en el muslo, y bufó con desdén.

Con varios golpes de pistola, Ronnie devolvió a Dos al lugar donde estaba. Su expresión era más malvada y agitada que antes.

Doc colocó el revolver de Cain en lo alto de un estante de comida, lejos del alcance de Juan, y se arrodilló para cortarle con unas tijeras la pernera de los pantalones.

—Vivirá —dijo lacónicamente después de evaluar los daños y taponando con gasas la herida—. Ha tenido suerte de que la bala pasase de largo la arteria femoral.

Los ojos de Juan brillaban de rencor.

—¿Doc? —Tiel había acostado de nuevo a Sabra, pero el suelo a su alrededor estaba resbaladizo y manchado de sangre fresca. La chica tenía un color blanco fantasmagórico.

—Lo sé —dijo Doc discretamente, captando la alarma tácita de Tiel—. Estoy seguro de que el corte del perineo se ha vuelto a abrir. Póngala lo más cómoda posible. Voy enseguida.

Había vendado apresuradamente la herida de Juan e improvisado un torniquete con otra de las camisetas de recuerdo. Con un dolor evidentemente insoportable, Juan sudaba con profusión y apretaba con fuerza sus blancos dientes. Pero a su favor cabe decir que no gritó cuando Doc, sin remilgos y sin delicadeza alguna, lo obligó a ponerse en pie y lo sostuvo mientras avanzaba a la pata coja.

Cuando pasaron junto a Cain, el agente abordó al herido.

—Estás loco. Podrías habernos matado a todos. ¿En qué estabas...?

Con más velocidad que una serpiente de cascabel al ataque, Juan, con el pie correspondiente a su pierna herida, le dio un maligno puntapié a Cain en la cabeza. Pagó un precio elevado por aquel repentino movimiento. Gruñó de dolor. Incluso así, la bota había conectado sólidamente con el hueso y el sonido fue casi tan fuerte como el del disparo. Cain se quedó en silencio e inconsciente al mismo instante. La barbilla descendió a la altura del pecho.

Doc empujó a Juan al suelo y lo colocó junto a la nevera, bien apartado de su compatriota.

—No irá a ninguna parte. Pero aunque sea sólo por seguridad, átale las manos, Ronnie. Las tuyas también —añadió, señalando a Dos.

Ronnie ordenó a Vern que uniera las manos y los pies de los dos hombres con cinta adhesiva, como ya había hecho con Cain. Estuvo apuntándolos con la pistola mientras el anciano llevaba a cabo su tarea. Juan estaba demasiado preocupado por su pierna herida como para desperdiciar energía con improperios, pero Dos no tenía esas limitaciones. Continuó con una letanía de

lo que se suponía debían de ser vulgaridades en español hasta que Ronnie amenazó con amordazarle si no callaba.

El teléfono sonaba sin que nadie lo respondiese y permaneció ignorado durante un buen rato. Tiel, que se había puesto un par de guantes con una presteza que la había dejado sorprendida, trabajaba frenéticamente para sustituir el pañal empapado en sangre de Sabra cuando el teléfono dejó de repente de sonar y escuchó a Ronnie que gritaba «¡Ahora no, estamos ocupados!», antes de colgar el auricular de un golpe. Luego dijo:

—¿Cómo está Sabra?

Tiel le habló por encima del hombro:

—No está bien. —Se sintió muy aliviada al ver que Doc regresaba—. ¿Qué sucede?

—Juan le ha dado un puntapié a Cain en la cabeza. Está inconsciente.

—Nunca pensé que le daría las gracias a ese hombre por algo.

—Vern está atándolos. Me alegro de que estén... contenidos.

Se dio cuenta de la intensidad del rostro de Doc y supo que el estado cada vez peor de Sabra no era el único motivo de ello.

—¿Porque son balas perdidas? La verdad es que no tenían nada que perder intentando hacerse con el control de la situación.

—Cierto. ¿Pero qué ganaban con ello?

¿Representaba realmente Ronnie Davison una amenaza para *hombres* de apariencia tan dura como ellos? Después de reflexionarlo, dijo Tiel:

—Nada que se me ocurra.

—Nada que se le *ocurra*. Eso es lo que me preocupa. Hay algo más —continuó, bajando la voz—. Fuera hay hombres con rifles que han tomado posiciones. Seguramente un equipo de fuerzas especiales.

—¡Oh!, no.

—Los he visto situándose y poniéndose a cubierto.

—¿Los ha visto Ronnie?

—No creo. Ese disparo debe de haber puesto nervioso a todo el mundo. Seguramente estarán pensando lo peor. Podrían irrumpir en el edificio, intentar entrar por el tejado o algo por el estilo.

—Ronnie se espantaría.

—Ahí es donde voy a parar.

El teléfono volvió a sonar.

—Ronnie, responde —le gritó Doc—. Explícales lo que ha sucedido.

—No hasta que sepa que Sabra está bien.

Aunque Tiel no era ni mucho menos una experta en medicina, el estado de Sabra le parecía crítico. Pero, igual que Doc, no quería a Ronnie más nervioso de lo que ya lo estaba.

—¿Dónde está Katherine? —preguntó débilmente la chica.

Doc, que había hecho lo posible por detener la hemorragia, se quitó el guante y le retiró el pelo de la frente.

—Gladys se encarga de ella. La ha acunado hasta dormirla. Me parece que esta niña es tan valiente como su madre.

Incluso una sonrisa parecía costarle un tremendo esfuerzo.

—No saldremos de aquí, ¿verdad?

—No digas eso, Sabra —le susurró con energía Tiel, observando la cara de Doc mientras leía el indicador de la tensión arterial—. No lo pienses siquiera.

—Papá no cederá. Y yo tampoco. Y tampoco Ronnie. De todos modos, ahora no puede hacerlo. Si lo hiciese, lo meterían en la cárcel.

Dividió una mirada vidriosa y ojerosa entre Tiel y Doc.

—Díganle a Ronnie que venga. Quiero hablar con él. Ahora. No quiero esperar más.

Aunque no mencionó en concreto su pacto de suicidio, el significado estaba claro. Tiel sentía una fuerte tensión en el pecho provocada por la ansiedad y la desesperación.

—No podemos permitir que lo hagas, Sabra. Sabes que está mal. No es la respuesta.

—Ayúdenos, por favor. Es lo que queremos.

Entonces, por su propia voluntad y sin ella quererlo, sus ojos se cerraron. Estaba demasiado débil para volver a abrirlos y se quedó adormilada.

Tiel miró a Doc.

—Es malo, ¿verdad?

—Mucho. La tensión arterial está cayendo. El pulso se acelera. Va a desangrarse.

Con una grave mirada clavada en el pálido e inmóvil rostro de la chica, se lo pensó un momento y dijo:

—Voy a explicarle lo que pienso hacer.

Se puso en pie, cogió la pistola que había dejado en la estantería, rodeó el expositor de aperitivos y se acercó a Ronnie, que esperaba que lo pusieran al día sobre el estado de Sabra.

## Capítulo 13

—¿Por qué no responden al teléfono? —Los acontecimientos habían reducido el característico rugido de Dendy a un agudo chillido. Estaba fuera de sí.

De hecho, los disparos habían sumido en un estado próximo al pánico a todos los reunidos en la camioneta. Cole Davison había salido corriendo, sólo para regresar instantes después y gritarle a Calloway por haber movilizad el equipo de fuerzas especiales.

—¡Lo prometió! Dijo que Ronnie saldría ileso. Si lo presiona, si piensa que está sitiándolo, podría... podría hacer algo como lo que ya hizo.

—Cálmese, señor Davison. Estoy tomando las medidas de precaución que considero adecuadas. —Calloway se llevó el auricular del teléfono al oído, pero su llamada al supermercado seguía sin obtener respuesta—. ¿Ve alguien algo?

—Movimiento —vociferó uno de los agentes. A través de unos cascos comunicaba con otro agente apostado en el exterior y que vigilaba con prismáticos—. Imposible descifrar quién está haciendo qué.

—Mantenme informado.

—Sí, señor. ¿Va a contarle al chico lo de Huerta?

—¿Quién es ese? —quería saber Dendy.

—Luis Huerta. Uno de nuestros «diez más buscados». —Y, dirigiéndose al otro agente, dijo Calloway—. No, no voy a decírselo. Cundiría el pánico entre ellos, incluyendo a Huerta. Es capaz de casi todo.

Ronnie respondió el teléfono.

—¡Ahora no, estamos ocupados!

Calloway maldijo profusamente cuando el tono de marcar sustituyó la voz angustiada de Ronnie. Marcó de nuevo de inmediato.

—¿Que uno de los mexicanos de ahí dentro está en la lista de los diez más buscados por el FBI? —Cole Davison estaba cada vez más confuso—. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Contrabando de mexicanos en la frontera, con la promesa de proporcionarles visados de permiso de trabajo y buenos puestos, para luego

venderlos como esclavos. El verano pasado, la patrulla fronteriza recibió un chivatazo de una entrada y estaba siguiéndole la pista. Huerta y dos de sus esbirros, al darse cuenta de que estaban a punto de ser atrapados, abandonaron el camión en el desierto de Nuevo México y se dispersaron como cucarachas que son. Todos escaparon.

»Pasaron tres días hasta que se descubrió el furgón. Habían encerrado en él a cuarenta y cinco personas, hombres, mujeres y niños. El calor en el interior del furgón debió de alcanzar los noventa grados o más. Huerta está buscado por cuarenta y cinco casos de asesinato y otros crímenes diversos. Ha estado escondido en algún rincón de México durante casi un año. Las autoridades de allí cooperan y quieren hacerse con él tanto como nosotros, pero es un astuto cabrón. Sólo existe una cosa capaz de hacer que se arriesgue. El dinero. Mucho dinero. De modo que si ha vuelto a aparecer por aquí, es porque me imagino que en algún lugar cercano hay un cargamento de gente a la espera de ser vendido.

Davison parecía estar a punto de devolver su última comida.

—¿Quién es el hombre que va con él?

—Uno de sus guardaespaldas, estoy seguro. Son hombres peligrosos, despiadados, y comercian con seres humanos. Lo que me sorprende es por qué no están armados. O, si lo están, por qué no han salido de ahí dando tiros hasta ahora.

El pecho de Dendy subía y bajaba, emitiendo un sonido gorjeante que parecía un sollozo.

—Escuche, Calloway, he estado pensando.

Aunque Calloway seguía con el auricular pegado al oído, prestó a Russell Dendy toda su atención. Sospechaba que Dendy estaba tenso. Llevaba toda la tarde bebiendo de su petaca. Parecía tremendamente contrariado, a punto de perder el control de sus emociones. Había dejado de ser un pesado beligerante.

—Le escucho, señor Dendy.

—Limítese a sacarlos de allí sanos y salvos. Eso es lo que ahora importa. Dígale a Sabra que puede quedarse con el bebé, que no interferiré en eso. Esa cinta de mi hija... —Se pasó la mano por unos ojos llorosos—. Me ha calado muy hondo. Ya no me importa nada, sólo quiero ver a mi hija sana y salva y fuera de ahí.

—Ese también es mi objetivo, señor Dendy —le garantizó Calloway.

—Acceda a lo que pida el chico.

—Negociaré para él el mejor trato que pueda. Pero primero tengo que conseguir que hable conmigo.

El teléfono seguía sonando.

—¿Ronnie?

El joven no se dio cuenta de que Doc estaba en posesión de la pistola. Era evidente que con toda la confusión Ronnie se había olvidado del arma que le habían quitado a Cain. Doc levantó la mano y, al ver el arma, el joven se encogió. Donna soltó un grito de miedo antes de llevarse las dos manos a la boca.

Pero Doc cogió la pistola por el cañón recortado y se la tendió a Ronnie por la parte de la empuñadura.

—Esta es la fe que tengo en ti de que tomes la decisión correcta.

Ronnie, con un aspecto terriblemente joven, inseguro y vulnerable, cogió el arma y la guardó en la cintura de sus vaqueros.

—Ya conoce mi decisión, Doc.

—¿El suicidio? Eso no es una decisión. Es escaquearse por cagarse de miedo.

El chico pestañeó, sorprendido ante un lenguaje tan grosero que, de todos modos, sirvió para hacer tambalear su postura, lo que Tiel supuso que era la intención de Doc.

—No quiero hablar del tema. Sabra y yo nos hemos hecho a la idea.

—Responde al teléfono —le animó Doc, con un tono de voz tranquilo y persuasivo—. Explícales lo que ha sucedido. Han oído disparos. No saben qué demonios sucede, pero seguramente piensan lo peor. Disipa sus temores, Ronnie. De lo contrario, en cualquier momento irrumpirá por aquí un equipo de las fuerzas especiales y alguien acabará ensangrentado, posiblemente muerto.

—¿Qué equipo de las fuerzas especiales? Está mintiendo.

—¿Mentiría después de entregarte una pistola cargada? Creo que no. Mientras estabas distraído atando a esos mexicanos he visto a hombres tomando posiciones. El equipo de las fuerzas especiales está ahí fuera, esperando una señal de Calloway. No le des motivos para ponerlos en acción.

Ronnie miró nervioso a través de la luna del escaparate, pero no vio nada excepto el número creciente de vehículos que se habían reunido en la zona de aparcamiento y que creaban un atasco en la carretera.

—Déjame responder el teléfono, Ronnie —sugirió Tiel, adelantándose con el objetivo de aprovecharse de su indecisión—. Veamos qué dicen del vídeo. Su reacción podría ser muy positiva. A lo mejor están llamando porque acceden a todas tus condiciones.

—Está bien —murmuró el chico, indicándole que cogiera el teléfono.

Para ella fue una bendición responder a aquel sonido infernal.

—Tiel al habla —dijo en cuanto descolgó el auricular.

—¿Quién ha hecho esos disparos, señorita McCoy? ¿Qué sucede ahí?

La brusquedad de Calloway transmitía la preocupación que el hombre sentía. No queriendo mantenerlo en suspense, le explicó lo más sucintamente posible cómo había acabado disparándose la pistola de Cain.

—Ha sido espantoso durante un par de minutos, pero la situación vuelve a estar controlada. Los dos hombres que han provocado la gresca están contenidos —dijo, utilizando la terminología eufemística de Doc.

—¿Se refiere a los dos mexicanos?

—Correcto.

—¿Están seguros?

—De nuevo correcto.

—¿Y dónde está ahora la pistola del agente Cain?

—Doc se la ha dado a Ronnie.

—¿Perdón?

—Como señal de confianza, señor Calloway —dijo ella, irritada, en defensa de Doc.

El agente del FBI suspiró largamente.

—Eso es mucha confianza, señorita McCoy.

—Era lo que se tenía que hacer. Tendría que estar aquí para entenderlo.

—Al parecer, sí —dijo secamente.

Mientras hablaba con Calloway, escuchaba por el otro oído a Doc, que seguía intentando convencer a Ronnie de que se rindiese. Le oía decir: «Ahora eres padre. Eres responsable de tu familia. El estado de Sabra es crítico y ya no puedo hacer más por ella».

Calloway preguntó:

—¿No cree que el chico supone un peligro?

—En absoluto.

—¿Corre peligro alguno de los rehenes?

—En este momento no. Pero no puedo predecir lo que pasará si esos tipos con chaleco antibalas asaltan esto.

—No pretendo dar la orden.

—¿Entonces por qué están aquí? —Calloway permanecía sin hablar y Tiel tuvo la incómoda e inconfundible sensación de que le ocultaba algo, algo importante—. Señor Calloway, ¿hay algo que debería saber...?

—Hemos tenido un cambio de actitud.

—¿Lo dejan y se van? —En aquel momento era su más profundo deseo. Calloway ignoró su impertinencia.

—El vídeo ha sido efectivo. Se alegrará de saber que ha conseguido exactamente lo que usted esperaba. El señor Dendy ha acabado conmoviéndose con las palabras de su hija y está dispuesto a hacer concesiones. Quiere que todo esto acabe pacíficamente y sin daños. Igual que todos. ¿Cuál es el estado de ánimo actual de Ronnie?

—Doc está trabajando con él.

—¿Qué tal responde?

—Favorablemente, creo.

—Bien. Eso es bueno.

Parecía aliviado y, una vez más, Tiel tuvo la impresión de que el agente federal le ocultaba algo que ella no sabía.

—¿Cree que aceptará una rendición total?

—Ya ha especificado las condiciones bajo las que se rendiría, señor Calloway.

—Dendy aceptará que esto ha sido una huida y no un secuestro. Naturalmente, el resto de cargos seguiría ahí.

—Y se les debe permitir quedarse con la niña.

—Dendy lo ha dicho hace unos minutos. Si Davison está de acuerdo con estos términos, tendrá mi garantía personal de que no se utilizará ningún tipo de fuerza.

—Voy a transmitir el mensaje y le digo algo.

—Estaré esperando.

Colgó. Ronnie y Doc se volvieron hacia ella. De hecho, todo el mundo escuchaba con atención. Era como si el papel de mediadora hubiera recaído en ella. Y a ella no le gustaba especialmente. ¿Y si resultaba que, pese a las buenas intenciones de todos, algo acababa saliendo terriblemente mal? Si aquella situación terminaba en desastre se sentiría responsable del trágico resultado durante el resto de su vida.

Las prioridades de Tiel habían cambiado en el transcurso de las últimas horas. Había sido un cambio gradual, y hasta aquel momento ni siquiera se había dado cuenta de que se había producido. El reportaje se había convertido en un tema secundario. ¿En qué momento había pasado a un segundo plano?

¿Cuando vio la sangre de Sabra en sus manos enguantadas? ¿Cuando Juan amenazó la frágil vida de Katherine?

La gente que constituía aquel reportaje había pasado a ser para ella mucho más importante que el reportaje en sí. Producir un relato exclusivo de aquel drama, con el que podía ganar premios y asegurarse un puesto, ya no era un objetivo tan vital como antes. Lo que ahora deseaba era una resolución que celebrar, no que lamentar. Si fallaba...

No podía hacerlo, así de simple.

—La acusación de secuestro ha sido retirada —le explicó a Ronnie, que escuchaba expectante—. Tendrás que afrontar otros cargos criminales. El señor Dendy ha accedido a que Sabra se quede con el bebé. Si estás de acuerdo con estos términos y te rindes, el señor Calloway te da su garantía personal de que no se utilizará ningún tipo de fuerza.

—Es un buen trato, Ronnie —dijo Doc—. Acéptalo.

—Yo...

—No, no lo hagas.

Sabra habló casi como un lamento. De un modo u otro, había conseguido ponerse en pie. Estaba apoyada contra el cajón congelador para mantenerse derecha. Tenía los ojos hundidos y su figura carecía de color. Parecía como si un maquillador de teatro se hubiera aplicado para conseguir el aspecto de un personaje saliendo del ataúd.

—Es una trampa, Ronnie. Una de las trampas de mi padre.

Doc corrió hacia ella para ayudarla.

—No lo creo, Sabra. Tu padre ha respondido al mensaje que le has enviado a través del vídeo.

Se aferró a Doc agradecida, pero sus adormilados ojos imploraban a Ronnie.

—Si me quieres, no accedas a esto. No saldré de aquí hasta que sepa que estaré contigo para siempre.

—¿Y tu bebé, Sabra? —preguntó Tiel—. Piensa en la pequeña.

—La coge usted.

—¿Qué?

—La saca fuera. La entrega a alguien que se haga cargo de ella. Independientemente de lo que a nosotros nos suceda, a Ronnie y a mí, es importante que sepa que Katherine estará bien.

Tiel miró a Doc con la esperanza de que fuese su fuente de inspiración, pero su expresión era desalentadora. Parecía sentirse tan inútil como ella.

—Eso es, entonces —declaró Ronnie con firmeza—. Eso es lo que haremos. Le permitiremos que saque de aquí a Katherine. Pero nosotros no saldremos hasta que nos dejen irnos. Libres y sin cargos. Sin compromiso.

—Nunca accederán a eso —dijo Tiel, desesperada—. Es una demanda irrazonable.

—Has cometido un atraco a mano armada —añadió Doc—. Tienes que rendir cuentas de eso, Ronnie. Aunque gracias a las circunstancias atenuantes, tienes buenas probabilidades de evitar el castigo. Huir sería lo peor que podrías hacer. Eso no solucionaría nada.

Tiel miró a Doc de reojo, preguntándose si estaría escuchando su propio consejo. La advertencia en cuanto a huir era también aplicable a él y a sus circunstancias tres años atrás. Pero Doc no se percató de su mirada porque tenía toda la atención centrada en Ronnie, que discutía su opinión.

—Sabra y yo juramos que nunca nos separaríamos a la fuerza. Pasase lo que pasase, nos prometimos permanecer juntos. Y lo dijimos en serio.

—Tu padre...

—No pienso hablar de ello —dijo el joven. Y volviéndose hacia Tiel, le pidió si podía sacar a Katherine de la tienda y transmitir ese mensaje.

—¿Y los demás? ¿Los liberarás?

El chico miró a los demás rehenes.

—A los dos mexicanos no. Y tampoco a él —dijo, refiriéndose al agente Cain. Había recuperado el conocimiento pero parecía seguir atontado por el puntapié en la cabeza que le había dado Juan.

—Los ancianos y ella. Pueden irse.

Cuando señaló a Donna, esta unió aquellas manos que parecían garras bajo la barbilla y dijo:

—Gracias, Señor.

—No quiero irme —anunció Gladys. Seguía con el bebé dormido en brazos—. Quiero ver qué sucede.

—Mejor que hagamos lo que nos dice —dijo Vern, dándole golpecitos en el hombro—. Podemos esperar a los demás fuera. —Ayudó a Gladys a incorporarse—. Antes de que nos vayamos, estoy seguro de que Sabra querrá despedirse de Katherine.

La anciana acercó a la niña a Sabra, que seguía apoyándose en Doc.

—¿Notifico tu decisión a Calloway? —le preguntó Tiel a Ronnie.

El chico miraba a Sabra y a su hija.

—Media hora.

—¿Qué?

—Es el tiempo límite que les doy para que me comuniquen su decisión. Si no nos dejan marchar en media hora, llevaremos... llevaremos a cabo nuestro plan —dijo con voz poco clara.

—Ronnie, por favor.

—Eso es, señorita McCoy. Puede explicárselo.

Calloway respondió a su llamada antes de que el teléfono acabara su primer tono.

—Salgo con el bebé. Tenga personal médico esperando. Traigo a tres rehenes conmigo.

—¿Sólo tres?

—Tres.

—¿Y el resto?

—Se lo explicaré cuando llegue ahí.

Colgó.

Cuando Tiel se acercó a Sabra, la joven estaba llorando.

—Adiós, dulce Katherine. Mi niña preciosa. Mamá te quiere. Mucho.

Estaba inclinada sobre la niña, oliendo su aroma, tocándola por todas partes. Besó varias veces la carita de Katherine y luego hundió la suya en la camisa de Doc y sollozó.

Tiel le cogió la niña a Gladys, que había estado sujetándola porque Sabra no tenía ni fuerzas para hacerlo. Tiel llevó a Katherine hasta Ronnie. Cuando el joven miró al bebé, se le llenaron los ojos de lágrimas. Su labio inferior temblaba de forma incontrolada. Intentaba con todas sus fuerzas ser duro, pero fracasaba sin poder remediarlo.

—Gracias por todo lo que ha hecho —le dijo a Tiel—. Sé que a Sabra le ha gustado tenerla a su lado.

Los ojos de Tiel eran suplicantes.

—No puedo creer que vayas a hacerlo, Ronnie. Me niego a creer que seas capaz de apretar este gatillo y de acabar con la vida de Sabra y con la tuya.

El chico eligió no responder y besar la frente de la pequeña.

—Adiós, Katherine. Te quiero. —Entonces, con movimientos espasmódicos y bruscos, se colocó detrás del mostrador para accionar el mecanismo eléctrico que abría la puerta.

Tiel dejó que los demás pasaran delante. Antes de cruzar la puerta, miró a Doc por encima del hombro. Había colocado de nuevo a Sabra en el suelo, pero levantó la cabeza como si la mirada de Tiel le hubiese llamado. Sus ojos conectaron durante sólo una milésima de segundo pero, innegablemente, fue un espacio de tiempo y un contacto con mucho significado.

Ella cruzó entonces la puerta y oyó que se cerraba de nuevo a sus espaldas.

El personal sanitario emergió de la oscuridad. Era evidente que habían sido asignados por parejas y con antelación a cada uno de los rehenes. Vern, Gladys y Donna se vieron rodeados y bombardeados a preguntas, que Gladys respondió en un tono decididamente quejumbroso.

Un hombre y una mujer vestidos con batas de quirófano idénticas se materializaron delante de Tiel. La mujer extendió los brazos para coger a Katherine, pero Tiel no se la entregó aún.

—¿Quién es usted?

—La doctora Emily Garrett. —Se presentó como jefa de la unidad de neonatos de un hospital de Midland—. Y este es el doctor Landry Giles, jefe de obstetricia.

Tiel agradeció las presentaciones y dijo:

—Independientemente de cualquier cosa que hayan oído que indique lo contrario, los padres no desean dar a la niña en adopción.

La expresión de la doctora Garrett fue tan inalterable y cándida como Tiel podía esperar.

—Lo comprendo perfectamente. Estaremos esperando la llegada de la madre.

Tiel besó la cabecita de Katherine. Tenía un vínculo con aquella niña que seguramente nunca tendría con cualquier otro ser humano: había sido testigo de su nacimiento, de su primera respiración, había oído su primer llanto. Incluso así, la profundidad de sus emociones la cogió por sorpresa.

—Cuídenla mucho.

—Tiene mi palabra.

La doctora Garrett cogió al bebé y corrió con él en brazos hacia el helicóptero que estaba esperándolos, cuyas aspas giraban ya y levantaban un fuerte vendaval. El doctor Giles tuvo que gritar para hacerse oír por encima de aquel estrépito.

—¿Cómo está la madre?

—No está bien. —Tiel le ofreció una versión resumida del parto y el nacimiento, luego describió el estado actual de Sabra—. Lo que más preocupa a Doc es la pérdida de sangre y la infección. Sabra está cada vez más débil. Su tensión arterial está cayendo, ha dicho. Con lo que le he contado, ¿cree que podría aconsejarle hacer alguna cosa en concreto?

—Llevarla al hospital.

—Estamos trabajando en ello —dijo ella con tristeza.

El hombre que se aproximaba con paso firme y decidido no podía ser otro que Calloway. Era alto y delgado, pero incluso en mangas de camisa desprendía un aire de autoridad.

—Bill Calloway —dijo, confirmando su identidad tan pronto como llegó donde estaban Tiel y el doctor Giles. Se dieron la mano.

Gully llegó cojeando con sus piernas curvadas.

—Por Dios, niña, si después de esta noche no muero de un infarto, es que voy a vivir eternamente.

Ella le abrazó.

—Nos sobrevivirás a todos.

Al margen del cada vez más numeroso grupo, se percató de la presencia de un hombre corpulento vestido con una camisa blanca de vaquero con cierres nacarados. Sujetaba en las manos un sombrero de vaquero similar al de Doc. Antes de que pudiera presentarse, se encontró toscamente arrastrada hacia un lado.

—Señorita McCoy, quiero hablar con usted.

Reconoció de inmediato a Russell Dendy.

—¿Cómo está mi hija?

—Se está muriendo.

Aunque la afirmación parecía innecesariamente dura, Tiel no albergaba ni un mínimo de compasión por el millonario. Además, si lo que pretendía era hacer mella en aquel punto muerto, debía darle fuerte.

Kip estaba al fondo, capturando con su cámara aquella reunión llena de suspense. La luz de la cámara resultaba cegadora. Por primera vez en su carrera, Tiel sintió aversión por aquella luz y la invasión de la intimidad que representaba.

Su tajante respuesta a la pregunta tomó momentáneamente a Dendy por sorpresa, lo que permitió a Calloway presentarle a otro hombre.

—Cole Davison, Tiel McCoy. —El parecido entre Ronnie y su padre era inequívoco.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó ansioso.

—Decidido, señor Davison. —Antes de proseguir, miró a ambos hombres por separado—. Estos jóvenes hablan en serio. Hicieron un juramento y pretenden mantenerlo. Ahora que ya saben que Katherine está a salvo y recibiendo atención médica, no hay nada que les detenga para llevar a cabo su pacto de suicidio. —Utilizó aquellas palabras expresamente para subrayar la gravedad y la urgencia de la situación.

Calloway mantuvo su distancia profesional y fue el primero en tomar la palabra.

—El *sheriff* Montez dice que ese tal Doc es un hombre alto y musculoso. ¿No podría doblregar a Ronnie y hacerse con el arma?

—¿Y arriesgarse a tener otro herido? —cuestionó ella, de forma retórica—. Hace poco rato dos de los hombres intentaron utilizar la fuerza. Y acabó con derramamiento de sangre. Creo que puedo descartar esta idea en nombre de Doc. Está intentando convencer a Ronnie para que esto termine de forma pacífica. Si de pronto intentara saltar sobre el chico, perdería todo lo que pudiera haber ganado con él.

Calloway se pasó la mano por su escaso cabello mientras observaba cómo se elevaba el helicóptero con la doctora Garrett y la recién nacida.

—¿Corren algún riesgo los rehenes? —preguntó.

—No creo. Aunque entre Ronnie y el agente Cain o los mexicanos no queda nada de amor.

Todos intercambiaron una mirada de incomodidad, pero antes de que Tiel pudiera preguntar qué auguraba, dijo Calloway:

—En resumen, Ronnie y Sabra ponen a cambio su propia vida.

—Exactamente, señor Calloway. Me han enviado para decirle que dispone de media hora para darles una respuesta.

—¿Sobre qué?

—Clemencia, y libertad para seguir su propio camino.

—Eso es imposible.

—Entonces tendrá en sus manos la responsabilidad de la muerte de dos niños.

—Usted es una persona razonable, señorita McCoy. Sabe que no puedo hacer este tipo de pacto de silencio con un supuesto criminal.

Tiel se sintió inundada por la desesperación y la derrota.

—Lo sé, y, sinceramente, comprendo su postura, señor Calloway. Soy sólo la mensajera. Le digo lo que Ronnie me ha dicho. Intuyo que habla en serio y que hará lo que dice. Aunque él esté marcándose un farol, Sabra no.

Miró directamente a Dendy.

—Si no puede tener a Ronnie, vivir libremente con él, está dispuesta a quitarse la vida. Si es que antes no muere desangrada. —Y dirigiéndose de nuevo a Calloway, añadió—: Desgraciadamente para usted, mi intuición no es la que cuenta. La decisión no es mía, sino suya.

—No lo es del todo —declaró Dendy—. Yo también tengo algo que decir en todo esto. Calloway, por el amor de Dios, prométele cualquier cosa al

chico. Simplemente saque a mi hija de ahí.

Calloway consultó el reloj.

—Media hora —dijo rápidamente—. Poco tiempo, y tengo que realizar algunas llamadas. —Se volvieron al unísono hacia la camioneta estacionada en el aparcamiento del establecimiento.

Gully fue el primero en darse cuenta de que Tiel no seguía el paso de todos ellos. Se volvió y la miró con curiosidad.

—¿Tiel?

Caminaba en dirección contraria.

—Regreso allí.

—¿No lo dirás en serio? —Gully habló por boca de todos, que la miraban con pura consternación.

—No puedo abandonar a Sabra.

—Pero...

Ella negó enérgicamente con la cabeza, hasta terminar con las protestas de Gully. Mientras desandaba sus pasos y ampliaba la distancia entre ellos, dijo:

—Estaremos esperando su decisión, señor Calloway.

## Capítulo 14

Tiel se quedó frente a la puerta del establecimiento durante un buen minuto y medio antes de que se escuchara el pestillo. Cuando volvió a entrar, Ronnie la miró con cautela.

Disipó enseguida sus sospechas.

—No llevo ningún arma escondida, Ronnie.

—¿Qué ha dicho Calloway?

—Se lo está pensando. Ha dicho que tenía que hacer algunas llamadas.

—¿A quién? ¿Para qué?

—Me imagino que no tiene autoridad para garantizarte la clemencia.

Ronnie se mordió el labio inferior, que estaba ya en carne viva.

—Está bien. ¿Pero por qué ha regresado?

—Para hacerte saber que Katherine está en buenas manos. —Le explicó que la había dejado con la doctora Emily Garrett.

—Cuénteselo a Sabra. Le gustará saberlo.

La joven madre tenía los ojos entrecerrados. Respiraba de forma superficial. Tiel no estaba segura de que estuviera totalmente consciente y escuchándola, pero después de describirle a la especialista en neonatos, Sabra susurró:

—¿Es agradable?

—Mucho. Ya lo verás cuando la conozcas. —Tiel miró de reojo a Doc, que estaba tomándole la tensión arterial a Sabra con las cejas casi juntas, formando una mueca que Tiel empezaba ya a reconocer—. Ahí fuera hay otro médico muy agradable que está esperando ocuparse de ti. Se llama doctor Giles. No tendrás miedo a volar en helicóptero, ¿verdad?

—Lo hice una vez. Con mi padre. Estuvo bien.

—El doctor Giles te espera fuera para trasladarte enseguida al hospital de Midland. Katherine se alegrará de verte cuando llegues. Seguramente estará hambrienta.

Sabra sonrió y luego cerró los ojos.

Por acuerdo tácito, Tiel y Doc se retiraron a sus ya conocidos puestos. Sentados en el suelo, con la espalda apoyada en el cajón congelador, las piernas estiradas, observando cómo el minuterero del reloj iba acercándose al límite de tiempo impuesto por Ronnie, era el momento ideal para que Doc formulara la pregunta que Tiel esperaba de él.

—¿Por qué ha vuelto?

Incluso asumiendo que se lo preguntaría, no tenía una respuesta clara preparada.

Pasaron unos momentos. Vio que una barba incipiente empezaba a ensombrecerle la mandíbula, pues debían de haber transcurrido ya veinticuatro horas desde su último afeitado. Las arrugas en torno a sus ojos parecían más definidas que antes, un signo inequívoco de cansancio. Su ropa, igual que la de ella, estaba sucia y manchada de sangre.

Se dio cuenta de que la sangre era un agente cohesivo. No era necesariamente la mezcla de la sangre de dos personas lo que formaba un vínculo irrevocable y casi místico entre ellas. Podía ser sangre derramada por cualquiera lo que unía a la gente.

Basta con pensar en los supervivientes de accidentes aéreos, choques de tren, desastres naturales y ataques terroristas, que han desarrollado amistades duraderas debido al trauma que compartieron. Los veteranos de una misma guerra que hablan entre ellos un idioma incomprensible para aquellos que no estuvieron allí ni experimentaron horrores similares. La sangre derramada en la explosión de Oklahoma City, en los tiroteos de la escuela pública, y en otros sucesos impensables que han unido a desconocidos de manera tan sólida que son relaciones que nunca se cortarán.

Los supervivientes compartían un territorio común. Su conexión era especial y única, a veces mal interpretada e incomprensida, pero casi siempre inexplicable para aquellos que no habían experimentado miedos idénticos.

Tiel tardaba tanto en responder que Doc repitió la pregunta:

—¿Por qué ha vuelto?

—Por Sabra —respondió ella—. Yo era la única mujer que quedaba. He pensado que podría necesitarme. Y...

Él levantó las rodillas, apoyó en ellas sus antebrazos y la miró, esperando impaciente que completara su frase.

—Y odio empezar las cosas y no terminarlas. Yo estaba aquí cuando todo empezó, de modo que pensé que debería quedarme hasta que todo estuviera acabado.

No era tan sencillo como eso. Los motivos de su regreso eran más complejos, pero estaba confusa sobre cómo explicar a Doc unas motivaciones tan diversas que ni siquiera ella tenía claras. ¿Por qué no estaba allí fuera realizando un reportaje en directo, aprovechando el profundo conocimiento que tenía de la historia? ¿Por qué no estaba poniendo voz a las dramáticas imágenes que Kip estaba registrando con su cámara?

—¿Qué estaba haciendo aquí?

La pregunta de Doc la despertó de sus ensoñaciones.

—¿En Rojo Flats? —Se echó a reír—. Estaba de vacaciones. —Le explicó que iba camino de Nuevo México cuando escuchó en la radio la noticia del supuesto secuestro—. Llamé a Gully, quien me asignó el trabajo de entrevistar a Cole Davison. Me perdí de camino a Hera. Me detuve aquí para ir al lavabo y llamar a Gully para que me indicase las direcciones.

—¿Así que estaba hablando con él cuando yo entré?

La mirada de Tiel se hizo más punzante, su expresión inquisitiva.

Él se encogió levemente de hombros.

—Me di cuenta de que estaba allí detrás, hablando por teléfono.

—¿Sí? ¡Oh! —Sus miradas conectaron y no se retiraron, y a ella le costó un esfuerzo hacerlo—. Bueno, pues acabé mi llamada y estaba comprando alguna cosa que picar para el viaje cuando... resulta que entran precisamente Ronnie y Sabra.

—Esto ya es de por sí un reportaje.

—No podía creer mi buena suerte. —Sonrió tímidamente—. Cuidado con lo que deseas...

—Voy con cuidado. —Después de chocar con ella los cinco, añadió en voz baja—: Ahora.

Aquella vez fue ella quien le esperó a él, dándole la oportunidad bien de exponer sus pensamientos, bien de dejar correr el tema. Doc debía de sentir la misma presión implícita provocada por el silencio de Tiel que ella había sentido antes por el de él, pues bajó los hombros, como si sobre ellos cargara sus pesadas reflexiones.

—Después de descubrir lo del romance de Shari, quería que... —Titubeó y empezó de nuevo—. Estaba tan cabreado que quería que...

—Sufriese.

—Sí.

El prolongado suspiro con el que envolvió aquella palabra puso de manifiesto el alivio que le suponía quitarse por fin de encima aquella confesión. Las confidencias no resultaban fáciles para un hombre que, como

él, había tenido que afrontar a diario situaciones de vida o muerte. Para tener el coraje y la tenacidad para batallar contra un enemigo tan omnipotente como el cáncer, era obvio que Bradley Stanwick tenía una dosis generosa de complejo de deidad. La vulnerabilidad, cualquier signo de debilidad, era incompatible con ese rasgo de personalidad. No, más que incompatible. Intolerable.

Tiel se sintió adulada ante aquella confesión de debilidad, ante el hecho de que le hubiese revelado aunque sólo fuese un destello de aquel aspecto de sí mismo tan humano. Se imaginaba que las experiencias traumáticas eran buenas para eso. Como si de una confesión en el lecho de muerte se tratara, Doc debía de estar pensando que aquella era la última oportunidad que tenía para quitarse de encima el sentimiento de culpa con el que había cargado desde la enfermedad terminal de su esposa.

—El cáncer no fue un castigo por su adulterio —dijo ella con delicadeza—. Y es evidente que no formó parte de tu venganza.

—Lo sé. Lo sé, racional y razonablemente. Pero era lo que yo pensaba cuando ella estaba en lo peor de la enfermedad..., y créame, aquello fue un verdadero infierno. Pensaba que lo había deseado inconscientemente.

—De modo que ahora te castigas imponiéndote esta prohibición de ejercer tu profesión.

Él se la devolvió.

—¿Y tú no?

—¿Qué?

—¿No te estás castigando porque mataron a tu esposo? Estás haciendo el trabajo de dos personas para cubrir la pérdida para el periodismo que supuso su muerte.

—¡Eso es ridículo!

—¿Lo es?

—Sí. Trabajo duro porque me gusta.

—Pero nunca trabajas lo suficiente, ¿verdad?

Se calló una respuesta rabiosa. Nunca se había parado a examinar el elemento psicológico que había detrás de su ambición. Nunca se había *permitido* examinarlo. Pero ahora, enfrentada a aquella hipótesis, no le quedaba otro remedio que admitir que tenía su mérito.

Siempre había tenido ambición. Había nacido con una personalidad fuerte, siempre había sido tremendamente competente.

Pero no hasta los extremos de aquellos últimos años. Perseguía sus objetivos con ánimo de venganza y llevaba muy mal los fracasos. Trabajaba

hasta excluir de su vida todo lo demás. No era que su carrera profesional dominara por encima de los demás aspectos de su vida; es que *era* su vida. ¿Sería su loco y singular deseo de éxito un castigo que se había impuesto por aquellas pocas palabras mal dichas en un momento de rabia? ¿Sería el sentimiento de culpa lo que lo propulsaba todo?

Se quedaron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos y preocupaciones, enfrentándose con los demonios personales que acababan de verse obligados a reconocer.

—¿Qué parte de Nuevo México?

—¿Qué? —Tiel se volvió hacia Doc—. ¡Oh!, ¿que cuál era mi destino? Angel Fire.

—Me suena. Pero nunca he estado.

—Aire puro de montaña y riachuelos transparentes. Alamos. Ahora deben de estar verdes, no dorados, pero me han dicho que es bonito.

—¿Te han dicho? ¿Tampoco has ido nunca?

Ella negó con la cabeza.

—Una amiga iba a prestarme su casa para toda la semana.

—A estas alturas ya estarías allí, bien escondida. Es una pena que llamas a Gully.

—No lo sé, Doc. —Miró de reojo a Sabra, luego a él. Con atención. Absorbiendo cada matiz de su duro rostro. Sumergiéndose en las profundidades de sus ojos—. No me habría perdido esto por nada del mundo.

La necesidad de tocarle era casi irresistible. Se resistió, pero no interrumpió el contacto visual. Se prolongó durante mucho rato, mientras el corazón le retumbaba con fuerza contra sus costillas y sus sentidos canturreaban con aquella dulce y vivaz conciencia de su presencia.

Cuando el teléfono sonó, dio un auténtico brinco.

Se puso torpemente en pie y Doc la siguió.

Ronnie cogió el auricular.

—¿Señor Calloway?

Permaneció a la escucha durante lo que a Tiel le pareció una eternidad. Reprimió de nuevo el impulso de tocar a Doc. Deseaba darle la mano y apretársela con fuerza, como se supone que hace la gente cuando espera oír noticias que pueden cambiarle la vida.

Finalmente, Ronnie se volvió hacia ellos y se puso el auricular contra el pecho.

—Calloway dice que ha conseguido que el fiscal del distrito de Tarrant County, y el de como quiera que se llame este condado, más un juez, más él

mismo, más los respectivos padres, accedan a reunirse y alcancen un acuerdo para acabar con este tema. Dice que si admito mis actos y me someto a asesoramiento psicológico a lo mejor consigo la libertad condicional y no tengo que ir a la cárcel. A lo mejor.

Tiel casi se desmaya de alivio. De su garganta surgió una pequeña carcajada.

—¡Eso es estupendo!

—Es un buen trato, Ronnie. Si fuera tú, accedería —le dijo Doc.

—¿Te parece bien, Sabra?

Viendo que no respondía, Doc casi tumba a Tiel de un golpe al pasar por su lado para ir corriendo a arrodillarse junto a la chica.

—Está inconsciente.

—¡Oh, Dios! —exclamó Ronnie—. ¿Está muerta?

—No, pero necesita ayuda, pronto. Rápidamente.

Tiel dejó a Sabra al cuidado de Doc y avanzó hacia Ronnie. Temía que en su estado de desesperación pudiera disparar la pistola contra sí mismo.

—Dile a Calloway que estás de acuerdo con las condiciones. Voy a quitarles la cinta adhesiva —dijo, señalando en dirección a Cain, Juan y Dos—. ¿De acuerdo?

Ronnie se había quedado paralizado al ver que Doc cogía en brazos a Sabra. La sangre impregnó de inmediato su ropa.

—Dios mío, ¿qué he hecho?

—Guárdate el arrepentimiento para luego, Ronnie —dijo Doc, con un tono muy severo—. Dile a Calloway que salimos.

El aturdido joven empezó a murmurar contra el auricular. Tiel se hizo enseguida con las tijeras que habían utilizado antes y se arrodilló al lado de Cain. Cortó la cinta que lo inmovilizaba por los tobillos.

—¿Y las manos? —Hablaban mal. Seguramente había sufrido un par de conmociones.

—Cuando esté fuera. —Seguía sin estar segura de que no quisiese hacerse el héroe.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Está metida en la mierda hasta el cuello, señora.

—Lo normal —le dijo con sarcasmo Tiel. Avanzó hacia los mexicanos.

Juan soportaba estoicamente su herida, pero Tiel percibió el rencor que emanaba de él como el calor de un horno. Manteniendo el máximo de distancia posible entre él y ella, Tiel cortó la cinta aislante que le rodeaba los tobillos. Le costó lo suyo, Vern había hecho un trabajo excelente.

Sentía incluso más aversión si cabe por el hombre al que había apodado Dos. Sus oscuros ojos la repasaron con descarada malicia y con una connotación intencionadamente denigrante y sexual que la hizo sentirse aún más necesitada de una ducha de lo que lo estaba.

Terminada su tarea, dijo:

—Pasa tú primero, Doc —e hizo un gesto en dirección a la puerta—. ¿Te parece bien, Ronnie?

—Sí, sí. Lleve a Sabra enseguida con alguien que pueda ayudarla, Doc.

Tiel avanzó hacia la puerta y se la abrió. Sabra parecía en sus brazos una muñeca de trapo rota. Parecía muerta. Ronnie le acarició el cabello cariñosamente, la mejilla. Viendo que no respondía, empezó a gemir.

—Tranquilo, Ronnie, está viva —le garantizó Doc—. Se pondrá bien.

—Ese es el doctor Giles —le dijo Tiel a Doc cuando pasó por su lado con la chica.

—Entendido.

En un abrir y cerrar de ojos había salido y corría por el aparcamiento llevando en brazos a la chica inconsciente.

—La siguiente es usted —le dijo Ronnie a Tiel.

Ella negó con la cabeza.

—Me quedo contigo. Saldremos juntos.

—¿No confía en ellos? —preguntó con un tono de voz agudo provocado por el miedo—. ¿Piensa que Calloway intentará alguna cosa?

—No confío en *ellos*. —Movi6 la cabeza en dirección a los tres rehenes restantes—. Que salgan ellos primero.

Ronnie lo reflexionó, sólo por un instante.

—De acuerdo. Usted. Cain. Salga.

El derrotado agente del FBI se escabulló entre los dos. Seguía con las manos atadas, por lo que Tiel sujetó una vez más la puerta. Más dañino que los dos porrazos en la cabeza era el golpe que había sufrido su orgullo. Sin duda alguna, temía enfrentarse a sus colegas, sobre todo a Calloway.

Antes de empujar a Juan y a Dos hacia la puerta, Ronnie esperó a que Cain fuera engullido por la multitud de personal sanitario y agentes.

—Ahora vosotros.

Después de haber intentado escapar por dos veces, ahora parecía que no querían marcharse. Avanzaron arrastrando los pies, murmurando entre ellos en español.

—Vamos —dijo Tiel, indicándoles impaciente que cruzaran la puerta. Se moría de ganas de saber cómo estaba Sabra.

Juan pasó primero, cojeando ostensiblemente. Una vez en el umbral, dudó, sus ojos clavados en diversos puntos del aparcamiento. Tiel se dio cuenta de que Dos iba prácticamente pegado a Juan, su cuerpo enganchado al trasero del otro como si pretendiese utilizarlo a modo de escudo. Cruzaron la puerta.

Tiel se había vuelto para hablar con Ronnie cuando, de pronto, la parte delantera del establecimiento se vio bañada por una luz cegadora. Como escarabajos negros, los miembros del equipo de fuerzas especiales salieron corriendo de cualquier escondite concebible. Su cantidad la llenó de asombro. Cuando había salido para negociar con Calloway no había visto ni la tercera parte de los que en realidad eran.

Ronnie maldijo entre dientes y se escondió detrás del mostrador. Tiel gritó, pero de rabia, no de miedo. Estaba demasiado furiosa como para tener miedo.

Curiosamente, sin embargo, los agentes tácticos rodearon a Juan y a Dos, ordenándoles que se tendieran en el suelo bocabajo. A Juan, herido, no le quedó otra alternativa que obedecer. Se derrumbó, prácticamente.

Ignorando las advertencias que le lanzaban a gritos, Dos emprendió una huida mortal, pero fue casi de inmediato reducido y aplacado contra el suelo. Todo había acabado antes de que a Tiel le diera tiempo de asimilar lo sucedido. Los dos hombres estaban esposados y eran retirados del lugar por los agentes de las fuerzas especiales.

Las luces desaparecieron tan repentinamente como habían aparecido.

—¿Ronnie? —Gritaban su nombre por un megáfono—. ¿Ronnie? ¿Señorita McCoy? —Era Calloway—. No se asusten. Han estado en compañía de hombres muy peligrosos. Los vimos en la grabación y los reconocimos. Están buscados por las autoridades aquí y en México. Por eso estaban tan impacientes por poder huir. Pero los tenemos ya bajo nuestra custodia. Pueden salir sin peligro.

Lejos de tranquilizarse con aquella información, Tiel estaba furiosa. ¡Cómo se atrevían a no avisarla de aquel peligro potencial! Pero no era el momento de descargar su rabia. Ya lo haría más tarde con Calloway y compañía.

Con toda la compostura que fue capaz de reunir, le dijo a Ronnie:

—Ya lo has oído. Todo está bien. Las luces, las fuerzas especiales, no tenían nada que ver contigo. Salgamos de aquí.

El chico seguía asustado y dudoso. En cualquier caso, no se movió de detrás del mostrador.

«Dios, por favor, no permitas que ahora cometa yo un error imperdonable», suplicó Tiel. No podía forzarle en exceso, pero sí lo suficiente para que reaccionara.

—Creo que lo mejor es que dejes aquí las armas, ¿no crees? Déjalas sobre el mostrador. Luego puedes salir con las manos en alto y así sabrán que de verdad quieres solucionar las cosas. —No se movía—. ¿De acuerdo?

Ronnie parecía cansado, agotado, derrotado. «No, no, derrotado no», se corrigió ella. Si consideraba todo aquello como una derrota no saldría de allí. Tomaría la que le pareciese la salida más fácil.

—Has hecho algo terriblemente valiente, Ronnie —dijo, tratando de conversar con él—. Plantarle cara a Russell Dendy. Al FBI. Has ganado. Lo que siempre quisisteis tú y Sabra era un público, alguien que os escuchara y se portase con justicia con vosotros. Y acabas de conseguir que accedan a ello. Es un buen logro.

La observaba con la mirada perdida. Ella sonrió, esperando no parecer tan falsa e inexpresiva como se sentía.

—Deja aquí las armas y salgamos. Te daré la mano, si quieres.

—No. No. Saldré por mis propios medios. —Dejó las dos pistolas sobre el mostrador y Tiel exhaló el suspiro de alivio que había estado reteniendo cuando lo vio secarse las manos húmedas en la pernera del pantalón.

—Adelante. La sigo.

Ella dudó, preocupada por las pistolas que seguían al alcance del chico. ¿Sería un truco su aparente sumisión?

—Muy bien. Voy. ¿Vienes?

Él se pasó la lengua por los labios cortados.

—Sí.

Nerviosa, se volvió hacia la puerta, la abrió y la cruzó. Vio que el cielo ya no era negro, sino que había adoptado un matiz gris oscuro contra el que se recortaban las siluetas de los vehículos y la gente. El aire era ya caliente y seco. Corría una ligera brisa, cargada de arena que le raspaba la piel al chocar contra ella.

Dio unos cuantos pasos antes de mirar atrás. Ronnie tenía la mano en la puerta, listo para empujarla y abrirla. No había señales de armas en sus manos. «No hagas nada malo ahora, Ronnie. Eres libre para irte a casa».

Delante, esperándola, vio a Calloway. Al señor Davison. A Gully. Al *sheriff* Montez.

Y a Doc. Estaba allí. Un poco apartado de los demás. Alto. Ancho de hombros. El cabello despeinado por el viento.

Vio de reojo cómo los hombres del equipo de las fuerzas especiales empujaban a Dos hacia el interior de una furgoneta fuertemente custodiada. La puerta se cerró de un portazo y la camioneta salió a toda velocidad del aparcamiento con un rechinar de neumáticos. Juan estaba tendido en una camilla y lo asistía el personal sanitario.

Lo había ya pasado de largo cuando volvió a fijar su atención en él. Había empezado a pelear contra el enfermero que intentaba insertarle una aguja intravenosa en la parte superior de la mano esposada. Como un loco en una camisa de fuerza, agitaba el cuerpo, la cabeza, los brazos. Movía la boca, formando palabras, y se preguntó por qué aquello le resultaba tan sorprendente.

Entonces se dio cuenta de que estaba gritando en inglés.

Pero él no hablaba inglés, pensó estúpidamente. Sólo español.

Más aún, aquellas palabras no tenían sentido porque gritaba con toda la fuerza que sus pulmones le permitían:

—¡Tiene un rifle! ¡Allí! ¡Alguien! ¡Oh, Dios, no!

Tiel registró aquellas palabras una décima de segundo antes de que Juan saltase de la camilla, aterrizase horizontalmente sobre el asfalto y se levantara volando. Se abalanzó sobre el hombre, atizándole en el pecho un golpe con el hombro y mandándolo al suelo.

Pero no antes de que Russell Dendy disparara con un rifle de caza.

Tiel oyó un estrépito de cristales rotos y se volvió enseguida para ver cómo la puerta del establecimiento caía hecha añicos sobre la figura de Ronnie derrumbándose en el suelo. No llegó a recordar si después de aquello gritó o no. No llegó a recordar cómo recorrió a toda velocidad la distancia que la separaba de la puerta de la tienda, o cómo cayó arrodillada a pesar de los cristales.

Lo que sí recordó era que Juan gritaba, para salvar su vida:

—¡Martínez, agente secreto del Tesoro! ¡Martínez, agente del Tesoro, en servicio secreto!

## Capítulo 15

El desinfectante que la enfermera le aplicaba en las manos y en las rodillas escocía. Los cristales rotos habían traspasado el tejido de los pantalones, que habían sido cortados por encima de las rodillas.

Tiel no se había dado cuenta de los cortes hasta que la enfermera empezó a retirar las esquirlas de cristal con unas pinzas diminutas. Sólo entonces habían empezado a dolerle. Pero el dolor carecía de importancia. Le interesaba más lo que sucedía a su alrededor que lo que pasaba en las heridas superficiales que había sufrido.

Sentada en una camilla —se había negado a entrar en la ambulancia—, intentaba ver más allá de la mujer que estaba ocupándose de ella. Era una escena caótica. Bajo el pálido resplandor del amanecer, las luces de una docena de vehículos de policía y ambulancias creaban un vertiginoso calidoscopio de brillos centelleantes y coloristas. El personal médico (los que no habían corrido en ayuda de Ronnie) se ocupaba de ella, del agente del Tesoro Martínez y de Cain.

Se había negado el acceso a la zona a los medios de comunicación, pero los helicópteros de la prensa zumbaban en el aire como insectos monstruosos. Estacionado en una altiplanicie que dominaba el valle conocido como Rojo Flats, se encontraba un convoy de vehículos de la televisión. Las antenas para transmitir vía satélite que coronaban sus techos reflejaban la luz del sol naciente.

Normalmente, aquella habría sido el tipo de escena en el que Tiel McCoy florecía. Estaría en su elemento. Pero cuando miró por la lente de la videocámara para realizar su reportaje en directo, la conocida subida de adrenalina no estaba allí.

Había intentado provocar su habitual nivel de entusiasmo, pero sabía que no lo tenía y sólo esperaba que el público que la veía no se diera cuenta de ello, o que si se daba cuenta, atribuyera su falta de brío a la dura experiencia por la que había pasado.

El reportaje tenía un telón de fondo dramático. Había tenido que hablar a gritos al micrófono mientras el helicóptero de cuidados intensivos se elevaba para transportar a Ronnie Davison al centro hospitalario más cercano, donde le esperaba un equipo para tratar la herida de bala que había recibido en el pecho. El terrible viento generado por las aspas en rotación le hacía entrar arena en los ojos. Atribuyó a aquella arena sus poco profesionales lágrimas.

Tan pronto como finalizó su improvisado resumen de los acontecimientos sucedidos a lo largo de las últimas seis horas, devolvió lánguidamente el micrófono inalámbrico a Kip, quien le dio un beso en la mejilla y le dijo «Estupendo», antes de salir corriendo para filmar más secuencias, aprovechando el acceso que tenía a la escena gracias a su relación con Tiel.

Sólo después de concluir aquel trabajo había consentido que le examinaran las manos y las rodillas ensangrentadas. Ahora, hablando con la enfermera, dijo:

—Tiene que saber alguna cosa.

—Lo siento, señorita McCoy. No sé nada.

—O no quiere contármelo.

La mujer le lanzó una mirada esquiva.

—No sé nada. —Tapó la botella de desinfectante—. Debería ir al hospital y dejar que alguien le examinara con más atención estas manos. Podría haber esquiras de cristal...

—No hay nada. Estoy bien. —Saltó de la camilla. Las rodillas le dolían cada vez más por los diversos cortes, pero ocultó a la enfermera su mueca de dolor—. Gracias.

—Tiel, ¿estás bien? —Gully se acercaba corriendo y resoplando—. Esos desgraciados no me dejaban pasar hasta que te hubiesen revisado las manos y las rodillas. El vídeo ha quedado estupendo, pequeña. Lo mejor que has hecho en tu vida. Si eso no te da el puesto en *Nine Live*, entonces es que la vida no es justa y abandono el negocio de la televisión.

—¿Tienes noticias sobre el estado de Ronnie?

—Nada de nada.

—¿Y de Sabra?

—Nada. Nada desde que el vaquero la entregó a ese tal doctor Giles y se largaron en el helicóptero.

—Hablando de Doc, ¿está por aquí?

Gully no la escuchó. Movía la cabeza y murmuraba:

—Ojalá hubieran dejado a Dendy en mis manos. Con un par de minutos me bastaba para que ese tipo odiara estar vivo.

—Me imagino que lo habrán arrestado.

—El *sheriff* ha enviado a tres comisarios —los tipos con pinta más ruin que he visto nunca— para que le metan de culo en la cárcel.

Pese a que lo había visto con sus propios ojos, seguía resultándole imposible creer que Dendy hubiera disparado contra Ronnie Davison. Le expresó su malestar a Gully.

—No comprendo cómo ha podido pasar.

—Nadie le prestaba atención. Le había montado un buen espectáculo a Calloway. Llorando, suplicándole. Había admitido que la cosa se le había ido de las manos. Nos indujo a creer que había comprendido que había actuado mal, que todo estaba perdonado y que lo único que quería era que Sabra estuviese a salvo. El mentiroso cabrón.

Las emociones reprimidas de Tiel salieron entonces a la superficie y se puso a llorar.

—Es culpa mía, Gully. Le prometí a Ronnie que no le pasaría nada si salía, que si se rendía saldría ileso de esta.

—Eso es lo que todos le prometimos, señorita McCoy.

Se volvió al oír una voz familiar y sus lágrimas se secaron al instante.

—Estoy muy enfadada con usted, agente Calloway.

—Tal y como su colega acaba de explicarle, me creí el acto de arrepentimiento de Dendy. Nadia sabía que llevaba con él una escopeta de caza.

—No sólo eso. Podría haberme avisado sobre ese personaje de Huerta cuando salí con el bebé.

—¿Y qué habría hecho de haber sabido quién era?

¿Qué habría hecho? No lo sabía, pero ahora aquello le parecía irrelevante. Le preguntó:

—¿Sabía que Martínez era un agente del Tesoro?

Calloway parecía muy disgustado.

—No. Suponíamos que era uno de los esbirros de Huerta.

Al recordar cómo aquel hombre, herido y esposado, se había abalanzado sobre Dendy, Tiel observó:

—Hizo algo terriblemente valiente. No sólo no destapó su identidad, sino que además arriesgó su vida. Si alguno de los demás oficiales hubiese reaccionado con más rapidez... —Se estremeció al pensar en el cuerpo de aquel hombre abatido por las balas de las armas de sus colegas.

—Ya lo he pensado —admitió apesadumbrado Calloway—. Le gustaría hablar con usted.

—¿Conmigo?

—¿Se encuentra bien para hacerlo?

Calloway la condujo a otra ambulancia, poniéndole por el camino al corriente de la situación de Martínez.

—La bala le atravesó directamente la pierna sin hacer mella en ningún hueso o arteria. Esta noche ha estado de suerte por dos veces. —La ayudó a subir a la ambulancia por la parte trasera.

El aposito temporal que Doc le había colocado a Martínez en el muslo había sido sustituido por un vendaje de gasa estéril. La camiseta ensangrentada estaba amontonada junto a otra pila de material de desecho. A Tiel se le encogió el corazón al ver aquello. Recordó las manos de Doc preparando el simple vendaje para la herida que él mismo había infligido.

Martínez estaba conectado a una vía intravenosa y además le estaban realizando una transfusión. Pero su mirada era clara y transparente.

—Señorita McCoy.

—Agente Martínez. Es usted muy bueno en su trabajo. Nos había engañado a todos.

El hombre sonrió, mostrando la hilera perfecta de dientes blancos que ella ya había visto antes.

—Ese es el objetivo de nuestro operativo secreto. Gracias a Dios también engañé a Huerta. Entré en su organización el pasado verano. Anoche cruzó la frontera un camión cargado de gente.

—Ha sido interceptado hace una hora —les informó Calloway—. Como es habitual, las condiciones en su interior eran deplorables. De hecho, la gente que estaba encerrada allí dentro se sintió agradecida de que nos hiciésemos cargo de ellos. Lo consideraron como un rescate.

—Huerta y yo íbamos de camino para cerrar la venta con un granjero de Kansas. Huerta tenía que ser arrestado tan pronto como la transacción estuviese terminada. Nos detuvimos aquí para comer algo.

Se encogió de hombros, como queriendo decir que ya conocían el resto.

—Me alegro de que no entráramos en esa tienda armados. Habíamos dejado las armas en el coche..., algo que nunca sucede. Fue cosa del destino, o de la intervención divina, da lo mismo. Si Huerta hubiese ido armado, las cosas se habrían puesto muy feas enseguida.

—¿Corre riesgo de sufrir represalias?

Volvió a sonreír.

—Confío en que el departamento me haga desaparecer. Si alguna vez vuelven ustedes a verme, es probable que no me reconozcan.

—Comprendo. Una pregunta más. ¿Por qué trató de hacerse con el bebé?

—Huerta quería abalanzarse sobre Ronnie, abatirlo. Me presté como voluntario para distraer a los demás haciéndome con el bebé. De hecho, tenía miedo de que le hiciese alguna cosa a la niña. Era la única forma que se me ocurrió de protegerla.

Tiel se estremeció al pensar en lo que podría haber pasado.

—Parecía especialmente hostil hacia Cain.

—Me reconoció —exclamó Martínez—. Hace un par de años habíamos trabajado juntos en un caso. No tuvo el sentido común de mantener la boca cerrada. Estuvo a punto de delatarme varias veces. Tuve que silenciarlo. —Y mirando a Calloway, añadió—: Creo que necesita un curso de refresco en Quantico.

Tiel ocultó su sonrisa.

—Tenemos que darle las gracias por sus diversos actos de valentía, señor Martínez. Siento que saliera herido de todo esto.

—Ese tipo, Doc, hizo lo que tenía que hacer. Si la situación hubiese sido al contrario, yo habría hecho lo mismo. Me gustaría decirle que no le guardo rencor.

—Ya se ha marchado —dijo Calloway.

Ocultando su decepción y a pesar de los pequeños cortes, Tiel le estrechó la mano a Martínez y le deseó una pronta recuperación. Luego bajó de la ambulancia. Gully la esperaba fuera fumando un cigarrillo.

Cuando la ambulancia arrancó, se les unieron Gladys y Vern.

Al parecer habían vuelto a su furgoneta, pues se habían cambiado de ropa, olían a jabón y tenían un aspecto ágil y espabilado, como si acabaran de regresar de una estancia de dos semanas en un balneario. Tiel los abrazó.

—No podíamos irnos sin darle nuestra dirección y tener su promesa de que seguiremos en contacto. —Gladys le entregó una hojita de papel en la que había escrito una dirección de Florida.

—Se lo prometo. ¿Van a seguir con su luna de miel desde aquí?

—Después de una parada en Luisiana para ver a mi hijo y a mis nietos —dijo Vern.

—Que son sin lugar a dudas los cinco cabroncetes más tozudos del mundo.

—Calla, Gladys.

—Sólo estoy contándolo tal y como es, Vern. Son unos traviesos, y lo sabes. —Entonces, su tono cambió. Se secó las lágrimas que de pronto habían

aparecido en sus ojos—. Sólo espero que estos dos jóvenes superen esto. Estaré preocupadísima hasta que sepa que están bien.

—Y yo. —Tiel le apretó la mano a Gladys.

—Hemos tenido que dar nuestra declaración al *sheriff* —dijo Vern—, luego a los agentes del FBI. Les dijimos que no pudo evitar darle a Cain con el bote de chile por ser tan idiota.

Gully rio con disimulo. Calloway se puso tenso, pero dejó pasar la pulla sin comentarios.

—Donna está acaparando las cámaras de televisión —dijo Gladys, algo picada—. Si la oyera contarlo, parece la heroína.

Vern hurgó en el interior de su bolsa y extrajo una pequeña cinta de vídeo que depositó en la mano de Tiel.

—No se olvide de esto —susurró.

De hecho, se había olvidado de la cinta de la videocámara.

—Nos colamos en la tienda para ir a buscarla —dijo Gladys.

—Gracias. Por todo. —Tiel volvió a emocionarse cuando se despidieron y se dirigieron a su camioneta.

—¿Luna de miel? —preguntó Gully en cuanto se hubieron alejado.

—Fueron estupendos. Voy a echarles de menos.

Él la miró sorprendido.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque actúas de una forma un poco rara.

—He estado toda la noche despierta. —Enderezando la espalda y adoptando la compostura que asumía cuando las cámaras estaban a punto de rodar, se volvió hacia Calloway—. Me imagino que debe de tener muchas preguntas para mí.

En la furgoneta, Calloway la obsequió con café y burritos donados por las damas de la iglesia baptista. Tardó cerca de una hora en recabar de ella toda la información que necesitaba.

—Creo que es todo por ahora, señorita McCoy, aunque probablemente tendremos algunas preguntas más de seguimiento.

—Comprendo.

—Y no me sorprendería si los respectivos jueces del distrito le pidiesen comparecer cuando acordemos discutir los cargos contra Ronnie Davison.

—Si es que lo acuerdan —dijo ella en voz baja.

El agente del FBI apartó la vista y Tiel comprendió que cargaba con un gran sentimiento de culpa por todo lo sucedido. Quizá incluso más que ella.

Admitió haber sido engañado por la actuación de Russell Dendy. No se había dado cuenta de que Dendy entraba de nuevo en el helicóptero privado en el que había llegado y salía de él con una escopeta de caza. De haber sucedido lo impensable y de haber muerto Ronnie, Calloway habría sido en gran parte responsable de ello.

—¿Ha recibido noticias sobre el estado de Ronnie?

—No —respondió Calloway—. Todo lo que sé es que cuando lo trasladamos al helicóptero estaba con vida. No he sabido nada más. La pequeña está bien. Sabra ha ingresado en muy malas condiciones, que es mejor de lo que me esperaba. Ha recibido varias unidades de sangre. Su madre está con ella.

—No he visto al señor Cole Davison.

—Permitieron que acompañara a Ronnie en el helicóptero. Estaba... bueno, ya puede imaginárselo.

Permanecieron un momento en silencio, insensibles a la actividad de los demás agentes, que estaban ocupados con la «limpieza». Finalmente, Calloway le indicó que se levantara de su asiento y la escoltó fuera, donde la mañana brillaba ya con todo su esplendor.

—Adiós, señor Calloway.

—¿Señorita McCoy? —había empezado ya a caminar para irse, pero se volvió. El agente especial Calloway parecía bastante incómodo por lo que estaba a punto de decir—. Ha sido una experiencia terrible para usted, estoy seguro. Pero me alegro de que tuviéramos allí dentro a alguien tan sensato como usted. Ha ayudado a mantener la cordura y ha actuado con un aplomo notable.

—Yo no soy en absoluto destacable, señor Calloway. Mandona, tal vez sí —dijo con una débil sonrisa—. De no haber sido por Doc... —Ladeó la cabeza, inquisitivamente. ¿Le ha dado su declaración?

—Se la ha tomado el *sheriff* Montez.

Hizo un ademán en dirección al *sheriff*, a quien ella no había visto y que estaba en la sombra, apoyado contra la camioneta. Se tocó el sombrero de ala ancha a modo de saludo y se aproximó a ella sin prisas, aunque ignorando su pregunta no expresada sobre Doc.

—Nuestro alcalde se ha ofrecido a hospedarla en el motel de la ciudad. No es el Ritz —le advirtió riendo entre dientes—. Pero puede quedarse en él todo el tiempo que precise.

—Gracias, pero voy a regresar a Dallas.

—No, enseguida no. —Gully acababa de unirse a ellos, y junto a él estaba Kip—. Vamos a regresar en helicóptero y entregaremos esta cinta a edición para que puedan empezar el montaje.

—Iré yo también y mandaré a alguien a recoger mi coche.

Gully empezó a negar con la cabeza antes de que Tiel terminara de hablar.

—Sólo hay espacio para dos pasajeros, y tengo que regresar. No quiero ni pensar lo que ese extravagante con anillos en la ceja habrá hecho con mi sala de prensa. Tú aceptarás el amable ofrecimiento del alcalde. Enviaremos luego el helicóptero a recogerte, junto con un alumno en prácticas para que conduzca de nuevo tu coche hasta Dallas. Además, apestas. Una ducha no te iría mal.

—La verdad es que sabes cómo quitarle el encanto a una situación cuando te lo propones, Gully.

Parecía que todo estaba solucionado, y ella estaba demasiado agotada como para oponer mucha resistencia. Concretaron el momento y el lugar para coger luego el helicóptero y el *sheriff* Montez prometió llevarla más tarde allí. Gully y Kip se despidieron y se apresuraron hacia el helicóptero con el anagrama de su canal pintado en los laterales que estaba ya esperándoles.

Calloway le tendió la mano.

—Buena suerte, señorita McCoy.

—Igualmente. —Se estrecharon la mano, pero antes de que él la retirara, ella le detuvo—. Ha dicho que se alegraba de que yo estuviera allá dentro —dijo, moviendo la cabeza en dirección a la tienda—. Yo me alegro de que usted estuviese aquí fuera, señor Calloway. —Y lo decía en serio. Habían tenido mucha suerte de tenerlo a él como agente al cargo de una misión tan delicada como la que habían vivido. Otro tal vez no la habría gestionado con la sensibilidad que él había demostrado.

El indirecto cumplido le puso en una situación embarazosa.

—Gracias —dijo rápidamente, luego se volvió para entrar de nuevo en la camioneta.

El *sheriff* Montez retiró sus maletas del coche y las colocó en el asiento trasero de su coche patrulla. Tiel protestó al ver que pretendía hacerle de chófer.

—Puedo conducir, *sheriff*.

—No es necesario. Está tan fatigada que me temo que se quedaría dormida al volante. Si le preocupa el coche, enviaré un agente a por él. Lo dejaremos aparcado delante de nuestra oficina para poder vigilarlo.

Sorprendentemente, agradeció el cambio que suponía poder renunciar al control de la situación y no tener que tomar decisiones comprometedoras.

—Gracias.

El viaje hasta el motel fue muy corto. Había seis habitaciones a ambos lados de un pasillo techado entre los edificios que proporcionaba una estrecha franja de sombra. Las puertas estaban pintadas del color naranja característico de la Universidad de Texas.

—No es necesario que se registre. Es la única hospedada. —Montez abandonó el volante y dio la vuelta al vehículo para ayudarla.

Tenía la llave de la habitación y abrió con ella la puerta. El aire acondicionado estaba ya conectado. La unidad, situada junto a la ventana, zumbaba con fuerza y alguna de sus piezas interiores emitía un sonido metálico intermitente, pero no eran más que ruidos conocidos. En la única mesita de la habitación alguien había colocado un jarrón con girasoles y una cesta llena de fruta fresca y productos de bollería envueltos en plástico de color rosa.

—Las damas católicas no iban a verse superadas por las baptistas —le explicó el *sheriff*.

—Han sido todos muy amables.

—Y qué menos, señorita McCoy. De no haber sido por usted, todo podría haber ido mucho peor. Ninguno de nosotros quiere ver el nombre de Rojo Flats en el mapa dando título a una masacre. —Se tocó el ala del sombrero al retirarse y antes de cerrar la puerta a sus espaldas, dijo—: Cualquier cosa que quiera, llame a la oficina. Por lo demás, nadie la molestará. Descanse. Vendré a por usted más tarde.

Normalmente, lo primero que hacía Tiel cuando entraba en la habitación de un hotel era encender el televisor. Era una adicta a las noticias. Mirase o no la pantalla, siempre la tenía sintonizada en un canal de noticias de veinticuatro horas. Se quedaba dormida frente a él, se despertaba con él.

Pero ahora, de camino al minúsculo baño cargada con su neceser, pasó por delante del televisor sin siquiera percatarse de su presencia. El espacio de la ducha apenas permitía moverse en ella, pero el agua estaba caliente y era abundante. Debajo del chorro humeante, dejó que le empapara bien la cabeza antes de lavársela. Se enjabonó con placer con su jabón de importación y de venta exclusiva en Neiman's. Se depiló las piernas con la cuchilla, evitando las heridas de las rodillas. Utilizó el secador sólo para quitar la primera humedad del cabello y luego se inclinó sobre el lavabo para lavarse los dientes.

Todo resultaba maravilloso.

¿Pero por qué se sentía tan mal?

Acababa de obtener el reportaje más importante de su carrera. *Nine Live* era suyo. Así lo había dicho Gully. Tendría que sentirse feliz como un cascabel. Pero tenía en cambio la sensación de que todos sus miembros le pesaban una tonelada. ¿Dónde estaba aquel cosquilleo que aportaba un buen reportaje? Se sentía tan apática como una botella de champán abierta tres días atrás.

Falta de sueño. Eso era. En cuanto hubiese dormido unas horas estaría otra vez bien. Habría recuperado su antigua personalidad. Habría recargado las pilas y estaría lista.

De nuevo en la habitación, buscó en su maleta una camiseta de tirantes y unas bragas, se las puso, conectó la alarma del despertador y abrió la cama. Las sábanas tenían un aspecto cálido y acogedor. Le pasó por la cabeza que igual las manchaba con la sangre de las rodillas y las manos, pero no le importaba.

Cuando oyó que llamaban a la puerta lo confundió con un nuevo sonido del mecanismo del aire acondicionado. Pero cuando llamaron de nuevo, se dirigió a la puerta y la abrió.

## Capítulo 16

Pasó, cerró la puerta a sus espaldas, se quitó las gafas de sol y el sombrero y los dejó en la mesa junto a la cesta de golosinas sin tocar que habían preparado las damas de la iglesia católica.

Olía a sol y a jabón; estaba recién afeitado. Iba vestido con unos pantalones vaqueros Levi's limpios aunque muy gastados y una camisa sencilla de color blanco, un cinturón de cuero con tachuelas y botas de vaquero.

Ni una manada de potros mesteños habría impedido que Tiel se arrojara en sus brazos. O quizá fuera él quien la atrajo hacia sí. No llegó nunca a recordar quién hizo el primer movimiento. De todos modos, quién lo iniciara carecía de importancia.

Lo único que importaba era que él la acaparó con un abrazo. El cuerpo de ella se fundió con el suyo y se abrazaron con fuerza. Las lágrimas empezaron a brotar sin parar, para ser absorbidas por el tejido de la camisa. La cubrió por la nuca con la mano y recostó la cara de ella contra su pecho para amortiguar los sollozos que se sucedían en breves y sonoras ráfagas.

—¿Ha muerto? ¿Estás aquí para decirme que Ronnie ha muerto?

—No, no es por eso. No tengo noticias de Ronnie.

—Supongo que eso es bueno.

—Supongo.

—No podía creerlo, Doc. Ese sonido. Ese sonido horrible y ensordecedor. Luego verlo tendido en el suelo tan quieto, entre tantos cristales y tanta sangre. Más sangre.

—Shh.

Oía palabras de consuelo susurradas en la raíz de su pelo, en la sien. Luego las palabras cesaron y fue sólo su respiración, sus labios, arrastrándose por su frente, acariciándole los húmedos párpados. Tiel levantó la cabeza y lo miró con ojos llorosos. Levantó la mano para acariciarle la cara y emitió un pequeño sonido de deseo, del que él se hizo eco.

Un instante después, los labios de él se habían posado sobre los suyos. Insistentes y hambrientos, separaron los de ella. Sus lenguas flirtearon, se acariciaron, hasta que dominó la de él. Reclamaba y exploraba su boca. Las manos de Tiel se cruzaron en la nuca de Doc. Hundió los dedos entre su cabello y se rindió a su beso, que era simbólica y manifiestamente sexual.

Sus sentidos se aceleraron como si un potente estimulante los impulsara. Sus receptores sensitivos parecían afinados al máximo. Nunca se había sentido más viva, aunque también tenía cierto miedo. Como un niño en su primera fiesta de carnaval, estaba deslumbrada y ofuscada ante aquella acometida sensual, embelesada con ella, superada por ella, temerosa de ella y, aun así, ansiosa por experimentarla.

La hebilla del cinturón de él casi le pinchaba en el estómago, pero no era una sensación desagradable. El frío metal estaba caliente al contacto con la franja de piel desnuda comprendida entre el borde de la camiseta y la línea del biquini. Fuertes y confiadas, las manos se instalaron en su región lumbar y la atrajeron hacia él.

La besó por el cuello. Ella ladeó la cabeza y él acarició el lóbulo de la oreja con su respiración, con su lengua. Siguiendo la iniciativa de la cabeza, el cuerpo se volvió lentamente, permitiéndole así a él besar todo el cuello, su hombro. Levantándole el cabello, la besó en la nuca. La sensación de su boca le provocó unos escalofríos de placer que le recorrieron la espalda por completo.

Dándole ahora la espalda, se recostó contra su amplio pecho mientras las manos de él la acariciaban. Presionaron los pechos, los cubrieron, repasaron sus formas, antes de continuar camino por el tórax, que casi podían abarcar por completo. Se detuvieron al llegar a las caderas.

Vibrando de excitación, los movimientos de ella eran felinos, descarados, incitantes. Él respondió deslizando la mano por la parte delantera de sus braguitas hasta situarse profundamente entre sus muslos.

Cuando encontró el punto central, ella murmuró su nombre, volvió la cabeza y buscó sus labios.

Se besaron mientras los dedos de él seguían acariciando, separando, penetrando. Ella se puso de puntillas, con su cuerpo arqueado hacia el exterior, tensándose hacia su mano, hasta que sus omoplatos quedaron afianzados en la clavícula de él y su cabeza aplastándole el hombro.

Colocó su mano sobre la de él, animando sus dedos. Pero aquello no era aún bastante. Quería estar muy cerca de él. Todo lo cerca que pudiera estar... y todavía no lo estaba lo suficiente.

Se volvió de repente y se amoldó a su cuerpo. El sonido que emitía el pecho de él era suave, animal, excitante. Le dio una palmada en el trasero y la levantó hacia su cuerpo. Encajaron como dos piezas en un rompecabezas. Perfectamente. Cómodamente. Sobrecogida, Tiel levantó una pierna y la dejó reposar sobre la cadera de Doc. Y mientras se besaban apasionadamente, él empezó a acariciarle la parte inferior del muslo.

Entonces la llevó a la cama. Pese a que la distancia era de escasos metros, a Tiel le pareció que pasaba una eternidad hasta que lo sintió acostado sobre ella. Reajustó su cuerpo bajo su peso.

Él le pasó las manos entre su pelo para apartárselo de la cara. Sus ojos, prácticamente acuosos de deseo, parecían derramarse sobre la cara de ella.

—No sé qué te gusta. —Su voz era ronca. Incluso más de lo habitual. Deseó Tiel que fuera tangible para así sentirla abrasándole la piel como la arena que antes la había quemado.

Recorrió con un dedo la forma de su ceja, siguió el perfil de su nariz recta y estrecha, repasó el contorno de sus labios.

—Me gustas tú.

—¿Qué quieres que haga?

Por un terrible momento, creyó estar al borde de un nuevo ataque de llanto. La emoción le tensaba el pecho y le subía por la garganta, pero consiguió contenerla.

—Convénceme de que estoy viva, Doc.

Empezó quitándole la camiseta y llevando los labios a sus pechos. Los besó por turnos, pero suavemente, de manera provocativa, y continuó sorbiéndolos hasta que estuvieron preparados. Luego los lamió. Ver aquello resultaba tremendamente excitante. Ella se sentía cada vez más inquieta y caliente. Sentía una fuerte presión en la parte inferior de su cuerpo.

Entonces los labios se cerraron en torno al duro pezón. El sedoso calor, los movimientos tirantes de su boca, resultaban eróticos y potentes. Ella era incapaz de mantener quietas las caderas y las piernas, y cuando le rozó la entrepierna con la rodilla, y se quedó allí para tantear por encima aquella plenitud, él gruñó con una mezcla de placer y dolor.

De pronto saltó de la cama. Se desnudó rápidamente. Su pecho estaba cubierto por la cantidad justa de vello. Su piel era firme. Los músculos bien definidos, pero no de forma exageradamente grotesca. Su vientre era plano. Su pene sobresalía de forma agresiva en el punto de unión entre sus afiladas caderas y sus potentes muslos.

Tiel se sentó en el momento en que él puso una rodilla en la cama. Siguió con la punta de los dedos el sendero de vello sedoso que dividía en dos su vientre y los deslizó hacia donde el pelo se hacía más denso. La erección se sentía caliente, dura, viva; la textura era de terciopelo. Sin un atisbo de timidez, él le permitió que lo estudiara.

En ese momento lo enlazó por las caderas y lo atrajo hacia ella, de modo que su cabeza quedó apesada contra su pecho y el sexo de él entre sus pechos. Era una sensación deliciosa.

Pero, pasado un momento, gimió él:

—Tiel...

Delicadamente la recostó en la cama. Se inclinó sobre ella y le quitó el resto de ropa interior. Se detuvo un instante, sus ojos centrados en ella con sincero interés. Entonces la besó justo por encima de la línea del vello púbico. Fue un beso perezoso, sexi, húmedo, que la incitó a desearlo sin ningún reparo.

Se tendió sobre ella. Los muslos se separaron con toda naturalidad. Él deslizó sus brazos por debajo de la espalda de ella y la atrajo hacia él.

Y entonces la penetró.

Estaban enroscados el uno con el otro, desnudos, sin ni siquiera taparse con una sábana. El aire acondicionado lanzaba aire frío en la pequeña habitación, pero la piel de ambos irradiaba calor.

Tiel, de hecho, se sentía como si tuviese fiebre. Se había acomodado sobre él, la cabeza sobre su pecho, un brazo extendido sobre su cintura, la rodilla albergada en su entrepierna. Él respiraba de manera uniforme y con satisfacción, le acariciaba el cabello sin pensar.

—Creí que te había hecho daño.

—¿Daño? —murmuró ella.

—Has gritado.

Sí. Con la primera arremetida. Ahora lo recordaba. Volvió la cabeza y le acarició la nariz.

—Porque era muy bueno.

Él la abrazó con más fuerza.

—También para mí. Esa cosa que haces...

—¿Qué cosa?

—Esa cosa.

—No hago ninguna cosa.

Él abrió los ojos y sonrió.

—Sí que la haces.

—¿Sí?

—Hmm. Y es estupenda.

Se sonrojó y volvió a colocar la mejilla sobre su pecho.

—Pues bueno, gracias.

—El gusto ha sido mío.

—Estoy agotada.

—También yo.

—Pero no quiero dormir.

—Tampoco yo.

Pasaron unos momentos, un rato de dulce reflexión. Finalmente, Tiel se apoyó en su esternón y lo miró.

—¿Doc?

—Hmm.

—¿Te has dormido? ¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—¿Qué estamos haciendo?

Él abrió un único ojo para mirarla.

—¿Quieres la nomenclatura científica, la fraseología educada o bastará con la jerga del siglo XXI?

Frunció el entrecejo ante aquella broma.

—Me refiero...

—Ya sé a qué te refieres. —Abrió el segundo ojo y ladeó la cabeza sobre la almohada para poder mirarla mejor—. Justo lo que has dicho antes, Tiel. Estamos convenciéndonos mutuamente de que estamos vivos. No es para nada excepcional que la gente quiera sexo después de una experiencia que pone la vida en peligro. O después de cualquier tipo de recordatorio de su mortalidad, un funeral, por ejemplo. El sexo es la afirmación definitiva de que estamos vivos.

—¿De verdad? Pues entonces es la afirmación más condenadamente fantástica del instinto de supervivencia que he experimentado en mi vida. —Él rio entre dientes. Pero Tiel se quedó en silencio, introspectiva. Sopló levemente el vello del pecho que le rozaba los labios—. ¿Ha sido sólo eso?

Él le puso un dedo debajo de la barbilla y la levantó hasta que ella volvió a mirarle.

—Cualquier cosa entre nosotros sería complicada, Tiel.

—¿Sigues enamorado de Shari?

—Adoro los buenos recuerdos que tengo de ella. Pero odio también los dolorosos. Aunque si pretendes sugerirme que estoy obsesionado por un

fantasma, permíteme que te garantice que no. Mi relación con ella —buena, mala o indiferente— no me impediría tener otra.

—¿Te volverías a casar?

—Me gustaría. Si amase a la mujer, querría construir una vida juntos, y para mí eso significa matrimonio. —Pasado un momento, fue él quien preguntó—. ¿Y tus recuerdos de John Malone?

—Como los tuyos, agridulces. Nuestro romance fue casi de cuento de hadas. Casados seguramente demasiado pronto, pasiones encendidas, todo antes de conocernos realmente bien el uno al otro. De no haber muerto, ¿quién sabe? Nuestras trayectorias profesionales habrían acabado llevándonos por direcciones diferentes e irreconciliables.

—Por lo tanto, perdurará en tu memoria como el martirizado príncipe encantador.

—No, Doc. Mi memoria tampoco se aferra a fantasmas perfectos.

—¿Y qué me dices de ese Joe?

—Que Joe está casado —le recordó.

—¿Y si no lo estuviese?

Pensó un momento en Joseph Marcus, luego sacudió la cabeza.

—Seguramente habríamos tenido algo durante un tiempo y luego se habría esfumado. Era una diversión, no un tema de corazón. Nada serio, te lo aseguro. Apenas puedo recordarle.

Se apoyó haciendo palanca y le acarició el pecho.

—Tú, por otro lado... Te recordaré. Eres exactamente tal y como me imaginaba que serías.

—¿Me habías imaginado desnudo?

—Lo confieso.

—¿Cuándo?

—Cuando entraste en la tienda, creo. En el fondo pensé: «Caray. Es apetecible».

—¿Soy apetecible?

—Muy apetecible.

—Bueno, muchas gracias, señora —dijo, arrastrando exageradamente la voz. Y clavando la mirada en sus pechos, añadió—: Tú también eres apetitosa.

—¡Oh!, apuesto a que eso se lo dices a todas las chicas que se te suben encima.

Sonriendo, cogió un mechón de pelo y lo acarició entre los dedos. Poco a poco su sonrisa fue relajándose y cuando habló, lo hizo en un tono más serio.

—Hemos pasado muchas cosas juntos, Tiel. Un nacimiento. Casi una muerte. Horas tensas de no saber cómo iba a acabar todo. Un trauma así provoca algo entre la gente. Los une.

Sus palabras se hacían eco de los pensamientos que ella había tenido anteriormente. Pero no resultaba muy adulador que atribuyera su atracción únicamente a un trauma, o que pudiera mitigar el deseo carnal con una explicación tan pragmática y científica.

¿Y si anoche se hubiesen conocido en una fiesta? No habría saltado la chispa, no habría habido calor y ahora no estarían juntos en la cama. Básicamente estaba diciendo eso. Si esto no significaba para él nada más que la ilustración de un fenómeno psicológico, no tenía sentido prolongar la inevitable despedida.

«Felicidades, Doc. Eres mi primer y seguramente mi último, rollo de una noche. Rollo de una *mañana*».

Se movió con la intención de levantarse, pero él utilizó su movimiento para colocarla completamente encima suyo, vientre contra vientre y las piernas de ella entre las suyas.

—Pese al peligro que corríamos todos los que estábamos dentro de aquella tienda, tenía fantasías regulares e increíblemente intensas sobre esto.

Ella encontró la voz suficiente para decir:

—¿Sobre esto?

Sus manos le acariciaban la espalda, el trasero y, hasta donde llegaban, entre sus muslos.

—Sobre ti.

Se apoyó en los codos para besarla. Al principio, el beso fue lento y metódico, su lengua tanteó la boca de ella mientras sus manos seguían deslizándose por su espalda, desde los hombros hasta las caderas.

Ella se sentía como si estuviese ronroneando. Lo estaba, de hecho. Cuando él notó la vibración, el beso se intensificó. Sus manos la asieron por las nalgas y la presionaron con fuerza contra su erección. Provocativamente, Tiel se acunó con ella. Doc murmuró una palabrota, haciéndola sonar erótica. Deslizó las manos por los muslos y los separó.

Estaba de nuevo en su interior, una presión plena, pesada, deseada. Llenando algo más que su cuerpo. Llenando una necesidad no reconocida que había sentido durante mucho tiempo. Proporcionándole algo más que su propio placer. Proporcionándole una sensación de plenitud y objetivo que ni su mejor trabajo era capaz de proporcionarle.

Se movieron siguiendo un ritmo perfecto. Ella no podía alcanzar las profundidades de él que le habría gustado y él debía de sentir lo mismo. Porque cuando alcanzó el clímax, la aferró contra él de forma posesiva, sus dedos clavándose en su carne. Ella enterró la cara en el hueco creado debajo de su hombro y mordió su piel.

Fue un orgasmo largo, lento, dulce. Y las repercusiones fueron igualmente largas, lentas y dulces.

Tiel estaba tan relajada, tan llena, que tenía la sensación de haberse fundido y haber pasado a formar parte de él. No podía distinguir su piel de la de él. No quería hacerlo. Ni siquiera se movió cuando él tiró de la sábana y la colcha para taparlos. Se quedó allí dormida, con él cobijado aún en su calor, con un oído en su corazón.

—¿Tiel?

—¿Hmm?

—Es tu alarma.

Murmuró alguna cosa y hundió más sus manos en el calor de las axilas de él.

—Tienes que levantarte. El helicóptero viene a recogerte, ¿te acuerdas?

Sí se acordaba. Pero no quería hacerlo. Quería quedarse exactamente donde estaba durante los próximos diez años como mínimo. Le llevaría ese tiempo recuperar el sueño que había perdido la noche anterior. Le llevaría ese tiempo hartarse de Doc.

—Vamos. En pie. —Le dio un cariñoso cachete en el trasero—. Ponte presentable antes de que llegue el *sheriff* Montez.

Gruñendo, rodó por la cama para separarse de él. Y, con un bostezo, preguntó:

—¿Cómo sabes que hemos quedado así?

—Me lo dijo él. Así supe dónde encontrarte. —Lo miró confusa y continuó—: Sí, sabía que yo quería saberlo. ¿Es eso lo que querías oír?

—Sí.

—Somos amigos. Jugamos al póquer de vez en cuando. Él conoce mi historia, el porqué me trasladé aquí, pero es bueno guardando secretos.

—Incluso al FBI.

—Pidió ser él quien me tomase la declaración y Calloway accedió. Hizo todo lo que tenía que hacer. —Una de sus piernas asomó por un lado de la cama—. ¿Te importa si utilizo primero el baño? Seré rápido.

—Como si estuvieras en tu casa.

Mientras se agachaba para recoger sus calzoncillos, la sorprendió estirando los brazos, la espalda arqueada, desperezándose. Él se sentó en el borde de la cama, sus ojos fijos en sus pechos. Acarició el pezón.

—A lo mejor no quiero que subas a ese helicóptero.

—Pídemelo y a lo mejor no lo hago.

—Lo harías.

Suspirando, retiró la mano.

—Sí. —Se levantó y entró en el baño.

—A lo mejor —susurró Tiel para sus adentros—, podría convencerte de que vinieses conmigo.

Buscó un sujetador y unas bragas en la maleta, se los puso, y a punto estaba de ponerse los pantalones cuando intuyó que Doc la observaba.

Se volvió, preparada con una sonrisa sugerente y un comentario picante sobre los mirones. Pero la expresión de él no invitaba. De hecho, estaba llena de rabia.

Desconcertada, abrió la boca para preguntar qué pasaba cuando él extendió la mano. Allí estaba la grabadora. Había permanecido en el bolsillo de sus pantalones, que había dejado junto con el resto de la ropa sucia sobre la tapa del inodoro. Él había cambiado la ropa de lugar y había encontrado la grabadora.

La expresión de ella debió de ser una revelación involuntaria letal de su culpabilidad pues, con un malicioso golpe de pulgar, Doc pulsó la tecla «Play» y su voz cortó aquel silencio: «Por ejemplo, el hospital se derrumbó bajo el peso de la mala publicidad. La mala publicidad generada y alimentada por gente como usted».

Con el mismo estilo, detuvo la cinta y arrojó la grabadora sobre la cama.

—Cógela. —Y, mirando con el ceño fruncido la revuelta ropa de cama, añadió—: Te lo has ganado.

—Doc, escucha. Yo...

—Has conseguido lo que buscabas. Un buen reportaje. —La empujó hacia un lado, cogió sus vaqueros y se los enfundó, rabioso.

—¿Puedes dejar de lado por un momento tu justa indignación y escucharme?

Doc agitó la mano en dirección al comprometedor aparato.

—Ya he oído suficiente. ¿Pudiste grabarlo todo? ¿Todos los jugosos detalles de mi vida personal? Me sorprende que te hayas demorado tanto. Te habría creído capaz de salir volando hacia Dallas en caso necesario para poder empezar a montar todo el material que has conseguido sobre mí.

Se abrochó la cremallera del pantalón y recogió la camisa del suelo.

—¡Oh!, no, espera. Primero querías que te follase. Después de que ese tal Joe o como se llame acabara en fiasco, necesitabas reforzar tu ego.

El insulto dolía y ella reaccionó contraatacando.

—¿Quién entró en la habitación de quién? Yo no te seguí la pista. Fuiste tú quien vino aquí, ¿lo recuerdas?

Doc maldijo porque no encontraba uno de los calcetines. Y metió el pie en la bota sin él.

—No es culpa mía que seas un buen reportaje —le gritó ella.

—No quiero ser un reportaje. Nunca lo quise.

—Pues lo siento, Doc. Lo eres. Simplemente, lo eres. En su día un personaje destacado, hoy un héroe. Anoche salvaste vidas. ¿Crees que todo eso pasará inadvertido? Esos chicos y sus padres hablarán sobre «Doc». Igual que los demás rehenes. Cualquier periodista que se merezca el sueldo que le pagan reclamará la verdad desnuda. Ni siquiera tu amigo Montez será capaz de protegerte de la publicidad. Habrías sido noticia pasase lo que pasase. Pero ya que «Doc» es el solitario doctor Bradley Stanwick, vas a ser una gran noticia. Una noticia enorme.

Él hizo un nuevo gesto en dirección a la grabadora.

—Pero tú las tendrás todas, ¿no? ¿Hay otra grabadora debajo de la cama? ¿Esperabas conseguir una excitante conversación de almohada?

—Vete al infierno.

—No apostaré por ti.

—Estaba haciendo mi trabajo.

—Y yo pensaba que estaba hablando confidencialmente. Pero lo utilizarás, ¿verdad? ¿Todo lo que pensé que estaba confiándote?

—¡Tienes razón y lo haré!

Su mandíbula se torció de rabia. La miró unos segundos y luego se encaminó hacia la puerta. Tiel se le acercó, lo agarró por el brazo y le obligó a volverse.

—Podría ser lo mejor que te pasara.

Tiró del brazo para liberarse de ella.

—No lo veo así.

—Podría obligarte a encarar el hecho de que te equivocaste huyendo. Ayer... anoche —dijo, tartamudeando ante la prisa por querer clarificar las cosas antes de que él se marchara—. Le dijiste a Ronnie que no podía huir de sus problemas. Que huir de ellos no era solución. ¿Y no es eso exactamente lo que tú hiciste? Te trasladaste aquí y enterraste la cabeza en la arena de Texas,

negándote a aceptar lo que sabes que es cierto. Que eres un médico de talento. Que podías marcar la diferencia. Que *estabas* marcando la diferencia. Estabas dando un indulto a pacientes y familiares que se enfrentaban a una pena de muerte. Dios sabe lo que podrías hacer en el futuro. Pero debido a tu orgullo, y a tu rabia, y a tu desilusión con tus colegas, lo abandonaste. Te quitaste de encima lo bueno y lo malo. Si esta historia vuelve a ponerte en el candelerero, si existe una posibilidad de que motivara tu regreso a la medicina, prefiero que me zurzan antes que pedir perdón por ello.

Él le dio la espalda y abrió la puerta.

—¿Doc? —gritó ella.

Pero lo único que él dijo fue:

—Te esperan fuera.

## Capítulo 17

El cubículo de Tiel en la sala de redacción se había convertido en una zona de desastre. Lo era normalmente, pero ahora lo era más de lo habitual. Había recibido centenares de notas, tarjetas y cartas de colegas y telespectadores, felicitándola por su excelente reportaje sobre la historia Davison-Dendy y alabándola por el papel heroico que había desempeñado en ella. Aún le quedaban muchas por abrir. Las había apilado en unos inestables montones.

No quedaban superficies libres para acomodar los innumerables ramos de flores que habían ido llegando a lo largo de la semana anterior, de modo que los había repartido por despachos y salas de reuniones de todo el edificio.

Vem y Gladys le habían enviado por correo un pastel de queso que habría dado de comer a un batallón. El personal de la redacción se había puesto las botas y aún quedaba más de la mitad.

Como era de esperar, Tiel se había convertido en el centro de atención, y no sólo a nivel local. Había sido entrevistada por periodistas de cadenas nacionales, incluyendo la CNN y Bloomberg. Gracias al atractivo elementó humano, la historia de amor, el nacimiento del bebé y el dramático desenlace, la historia había despertado el interés de las audiencias televisivas de todo el mundo.

Un distribuidor de coches de la ciudad le había hecho una propuesta para aparecer en sus anuncios y ella había declinado la oferta. Revistas femeninas estaban proponiéndole artículos de colaboración sobre cualquier cosa, desde sus secretos para el éxito hasta la decoración de su casa. Sin haber sido nombrada oficialmente, era la Mujer de la Semana.

Y nunca se había sentido más miserable.

Estaba realizando un intento inútil de limpiar la mesa cuando llegó Gully.

—Hola, pequeña.

—He llevado lo que quedaba de pastel de queso a la cafetería y lo he dejado allí para que la gente se sirva libremente.

—Me he comido el último pedazo.

—Tus arterias nunca me perdonarán.

—¿Te he dicho que hiciste un trabajo estupendo?  
—Siempre es agradable oírlo.  
—Hiciste un trabajo estupendo.  
—Gracias. Pero me ha dejado agotada. Estoy cansada.  
—Lo pareces. De hecho, pareces una mierda aplastada. —Ella le miró con malicia por encima del hombro—. Sólo digo lo que veo.  
—¿No te explicó nunca tu madre que hay cosas que es mejor no decir?  
—¿Qué te pasa?  
—Ya te lo he dicho, Gully, estoy...  
—Tú no estás sólo cansada. Conozco el cansancio, y esto no es cansancio. Deberías estar encendida como un árbol de Navidad. Esta no es tu personalidad normal, hiperactiva, llena de energía. ¿Se trata de Linda Harper? ¿Estás de morros porque estuvo allí primero y te robó un poco de tanto estruendo?  
—No. —De manera metódica abrió un nuevo sobre y leyó la nota de felicitación que contenía. «Me encantan tus reportajes en televisión. Eres mi modelo a imitar. Cuando sea mayor me gustaría ser como tú. Me encanta además tu pelo».  
—No puedo creerme —dijo Gully— que no reconocieses a ese Doc como al doctor Bradley Stanwick.  
—Mmm.  
Gully continuó, sin amilanarse ante su aparente desinterés.  
—Deja que te lo diga de otra manera. *No creo* que no le reconocieses como el doctor Bradley Stanwick.  
El cambio en el tono de voz de Gully era inconfundible, y no había manera de evitar abordarlo. Dejó en la mesa la nota de la chica que se había identificado como Kimberly, una estudiante de quinto curso, y giró lentamente la silla para situarse frente a Gully.  
Él la miró durante un largo momento. Los ojos de Tiel no vacilaban. Tampoco transmitían nada.  
Finalmente, Gully se pasó la mano por la cara, tirando de su decaída piel hasta convertirla casi en una máscara de goma de Halloween.  
—Imagino que tenías tus razones para proteger su identidad.  
—Me pidió que no la revelara.  
—¡Oh! —Se dio en la frente con la palma de la mano—. ¡Claro! ¿Pero qué me pasa? Uno de los protagonistas de la historia dijo «No quiero salir en televisión» y entonces, naturalmente, tú omitiste ese importante elemento.

—No ha representado ningún coste para el reportaje, Gully. — Malhumorada, se levantó y empezó a reunir sus objetos personales para guardarlos en el bolso y marcharse—. Lo hizo Linda, así que ¿de qué te quejas?

—¿Que de qué me quejo? ¿Es que me has oído quejarme?

—Parecía como si estuvieras quejándote.

—Simplemente siento curiosidad por saber por qué mi reportera aventajada me ha fallado.

—No ha sido así.

—¡Has fallado! Y mucho. Quiero saber por qué.

Ella se volvió y se enfrentó a él.

—Porque se... —Dejó de gritar, recuperó la calma, respiró hondo y acabó con un tono mucho más suave—. Complicó.

—Se complicó.

—Se complicó. —Le rodeó para coger la chaqueta, la descolgó del perchero y se la puso, evitando su mirada incisiva—. Es algo parecido a lo de Garganta Profunda.

—No tiene nada que ver con Garganta Profunda, que era una fuente de información. Bradley Stanwick era un jugador en activo. Un protagonista. Objeto de caza legal.

—Una distinción que en algún momento deberíamos debatir. En otro momento. Cuando no esté a punto de largarme de vacaciones.

—¿Aún piensas irte? —Salió corriendo tras ella en cuanto Tiel abandonó su cubículo y empezó a abrirse camino por la sala de redacción en dirección a la parte trasera del edificio.

—Necesito más que nunca alejarme un tiempo de aquí. Fuiste tú quien aprobó mi solicitud para tomarme unos días libres.

—Lo sé —dijo quejosamente—. Pero me lo he pensado dos veces. ¿Sabes qué estaba pensando? Estaba pensando que deberías producir un programa piloto de *Nine Live*. Este «médico del cáncer-vaquero» sería un primer invitado dinamita. Consigue que hable sobre la investigación en torno a la muerte de su esposa. ¿Cuál es su punto de vista sobre la eutanasia? ¿Le practicó a ella la eutanasia?

—Estaba motivado para hacerlo, pero no lo hizo.

—¿Lo ves? Ya tenemos en marcha un diálogo provocador. Podrías seguir con su participación en aquel incidente que viviste. ¡Sería estupendo! Podríamos pasar el programa piloto a los de arriba. Tal vez emitirlo como

reportaje especial una noche después de las noticias. Sería tu billete para el puesto de presentadora de *Nine Live*.

—No te hagas ilusiones, Gully. —Empujó la pesada puerta de salida que daba al aparcamiento de empleados. El pavimento estaba caliente como las brasas.

—¿Pero qué dices? —La siguió al exterior—. Esto es lo que siempre quisiste, Tiel. Para lo que has trabajado. Mejor que lo aproveches, o podrían quitártelo. Podrían darle el programa a Linda, sobre todo si se enteran de que supiste en todo momento lo de Stanwick. Pospón el viaje hasta que todo esto esté cerrado.

—Y entonces no me podré marchar porque tendré todas las reuniones de producción. —Negó con la cabeza—. No, Gully, me voy.

—No te entiendo. ¿Estás con el síndrome premenstrual o qué?

Sonrió, negándose a tomárselo a mal.

—Estoy cansada del baile, Gully. Estoy agotada de intentar conseguir constantemente un puesto y de toda la paranoia que ello conlleva. La directiva sabe perfectamente lo que soy capaz de hacer. Son conscientes de mi popularidad entre el público, y saben que ahora es más alta que nunca. Conocen mi trabajo desde hace años, mis índices de audiencia, y tienen mis premios para recordarles que soy la mejor elección para ese puesto.

Abrió la puerta del coche y echó dentro el bolso.

—Diles que mientras no estoy seguiré en contacto con mi agente. Voy a convertir *Nine Live* en una condición de mi contrato. Si no tengo el programa, no renuevo. Y durante esta semana he recibido al menos un centenar de ofertas que respaldan mi decisión.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Gully, que seguía asombrado.

—Te quiero, Gully. Adoro mi trabajo. Pero es *trabajo*; ha dejado de ser mi vida.

De camino a la ciudad hizo una parada, en un contenedor de basura situado detrás de un supermercado. Tiró dos cosas. Una era una cinta de voz grabada. La otra una cinta de vídeo de dos horas de duración filmada con la videocámara de Gladys y Vern.

Tiel maldijo al ver el sedal de la caña completamente enredado.

—¡Maldita sea!

—¿Pican?

Pensando que estaba sola, dio un brinco y se volvió rápidamente. Le flaquearon las rodillas al verlo. Estaba apoyado en el tronco de un árbol, su alta y esbelta figura vestida de vaquero en armonía con el accidentado paisaje.

—No tenía idea de que sabías pescar —observó.

¿Había hecho todo aquel camino para hablar de pesca?

—Es evidente que no sé. —Sostenía en la mano la caña con el sedal enredado y ponía mala cara—. Pero ya que se supone que esto es lo que se hace cuando al lado de la casita de vacaciones corre un riachuelo transparente... Doc, ¿qué haces aquí?

—Hay buenas noticias de Ronnie.

Ronnie Davison había pasado de estado crítico a estable. Si seguía mejorando, en pocos días volvería a casa.

—Muy buenas noticias. Y también sobre Sabra. Ya está de regreso en Fort Worth. Anoche hablé con ella por teléfono. Ella y su madre van a ir a recoger a Katherine. Ronnie tendrá derecho a visitarla sin limitación de tiempo, pero han decidido retrasar la boda un par de años. Independientemente de cuál sea el resultado de sus enredos legales, han acordado esperar y ver si su relación supera la prueba del tiempo.

—Unos chicos muy inteligentes. Si todo va bien, acabará sucediendo.

—Eso es lo que piensan.

—Y Dendy estará contento de no tener sobre él un cargo por asesinato.

—No, pero docenas de testigos presenciaron su intento. Espero que le caiga encima una gorda.

—Secundo la idea. Casi se lleva por delante varias vidas.

La conversación decayó después de eso. El silencio se vio llenado por el gorjeo de los pájaros y el incesante y simpático borboteo del riachuelo. Cuando Tiel creyó que la presión que sentía en su interior acabaría reventándola, volvió a preguntar:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Recibí un pastel de queso de Vern y Gladys.

—Yo también.

—Enorme.

—Descomunal.

Sintiéndose como una tonta con aquella caña en las manos, la dejó en el suelo, aunque al instante deseó no haberlo hecho. Ahora no tenía nada que hacer con las manos, que de repente le parecían demasiado grandes y prominentes. Las deslizó en los bolsillos traseros de sus pantalones vaqueros.

—Bonito lugar, ¿no?

—Pues sí.

—¿Cuándo has llegado?

—Hará una hora.

—¡Oh!

Entonces, desesperada:

—¿Qué haces aquí, Doc?

—He venido a darte las gracias.

Ella bajó la cabeza y dejó la vista clavada en los pies. Sus zapatillas deportivas estaban llenas del barro de la orilla.

—No. No me des las gracias. No podía utilizar la grabación. Tenía también un vídeo. De la videocámara de Gladys. La calidad de la cinta no era muy buena, pero ningún otro reportero del mundo la tenía.

Respiró hondo, lo miró y volvió a bajar la vista.

—Pero salías en la cinta. Estabas reconocible. Y no quería explotarte después... después de lo que sucedió en el motel. Aquello fue personal. No podía explotarte sin explotar también con ello parte de mí. De modo que las tiré. Nadie las ha visto ni las ha oído.

—Bueno, pero no venía a darte las gracias por eso.

Levantó de pronto la cabeza.

—¿Qué?

—Vi tus reportajes sobre todo aquello, y fueron estupendos. Lo digo en serio. Periodismo excelente. Te mereces todos los elogios que has recibido. Y agradezco que mantuvieras al margen nuestra conversación privada. Tenías razón en cuanto a lo de la exposición al público. Tenía que suceder, con o sin tu ayuda. Ahora lo entiendo.

Por una vez en su vida, Tiel no tenía nada que decir.

—El motivo por el que he venido a darte las gracias es por haberme obligado a verme a mí mismo desde otra perspectiva. A mi vida. Cómo la he desperdiciado. Después de la muerte de Shari y de todo lo que siguió, necesitaba soledad, tiempo y espacio para reflexionar las cosas, para reconsiderarlas. Esto consumió... unos seis meses. El resto del tiempo he estado haciendo exactamente lo que tú dijiste, esconderme. Castigarme. Tomar la salida del cobarde.

La presión que empezaba a generarse en el interior de Tiel no era de tensión, sino de emoción. Quizá de amor. De acuerdo, de amor. Quería acercarse a él, abrazarle, pero quería también oír lo que tuviera que decir. Más aún, él necesitaba decirlo.

—Regreso. He pasado la última semana en Dallas hablando con algunos médicos e investigadores, con gente nueva que comparte mi enfoque agresivo de la lucha contra esta cosa, médicos que están cansados de tener que pasar por interminables comités y consejos legales para obtener la aprobación de un nuevo tratamiento cuando el paciente está sufriendo y todas las demás alternativas se han agotado. Nos gustaría arrancar la medicina de manos de los abogados y los burócratas y devolverla a los médicos. De modo que hemos formado un grupo, estamos aunando nuestros recursos y especialidades... —La miró—. ¿Estás llorando?

—Es el sol, que me da en los ojos.

—¡Oh! Bueno. Eso es lo que he venido a decirte.

Económicamente, eficientemente, de la manera más formal que le fue posible, se secó las lágrimas de los ojos.

—Pero no tenías por qué viajar hasta aquí. Podrías haberme enviado un correo electrónico, o llamarme.

—Eso también habría sido cobardía. Necesitaba decírtelo en persona, cara a cara.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Fui a tus oficinas. Hablé con Gully, quien me pidió también que te transmitiese un mensaje. —Con un pequeño movimiento de la cabeza, ella le indicó que estaba escuchándole—. Dijo: «Dile que no soy estúpido. Que he comprendido lo que quería decir con “se complicó”». ¿Tiene algún sentido?

Ella se echó a reír.

—Sí.

—¿Te importaría explicármelo?

—Quizá más tarde. Si te quedas.

—Si no te importa mi compañía.

—Creo que podré tolerarla.

Él le devolvió su ancha sonrisa, pero su expresión volvió a ponerse seria.

—Ambos nos tomamos el trabajo con mucha intensidad, Tiel.

—Lo que creo forma parte de nuestra mutua atracción...

—No será fácil.

—Nada que merezca la pena lo es.

—No sabemos adónde nos llevará todo esto.

—Pero sabemos adonde esperamos que nos lleve. Sabemos también que no nos llevará a ninguna parte si no lo intentamos.

—Quise a mi mujer, Tiel, y el amor puede doler.

—No ser amado duele aún más. A lo mejor encontramos una manera de querernos sin que duela.

—Dios, tengo ganas de acariciarte.

—Doc... —murmuró ella. Entonces se echó a reír—. ¿Bradley? ¿Brad? ¿Cómo te llamo?

—Con un simple «ven aquí» bastará por el momento.

Y entonces él cerró la distancia que los separaba.